



Jesús Ruiz Mantilla
Yo, Farinelli, el capón



YO, FARINELLI, EL CAPÓN

JESÚS RUIZ MANTILLA



© Věra Zátopková

JESÚS RUIZ MANTILLA

(Santander, 1965) es escritor y periodista. Ha ejercido su oficio en el diario *El País*, desde 1992. Allí es cronista musical desde mediados de los noventa y ha pertenecido a los equipos de la sección de Cultura, el suplemento de cine *El Espectador*, *El País Semanal* o *Babelia*, publicaciones donde escribe asiduamente. En 1997 apareció su primera novela *Los ojos no ven*, una intriga con el mundo de Salvador Dalí de fondo, seguida de *Preludio*, la historia del pianista León de Vega, obsesionado con la obra de Chopin. Con *Gordo* consiguió el premio Sent Sovi, de literatura gastronómica, una obra a la que siguieron *Yo, Farinelli, el capón*, el ensayo *Placer contra placer* y las novelas *Ahogada en llamas* y *La cáscara amarga*, que componen dos partes de una trilogía sobre el siglo XX radicada en Santander y Cantabria. En 2015 Galaxia Gutenberg publicó *Contar la música*, libro.

En el invierno de 1780, Farinelli, el castrato más famoso de su tiempo, decide dejar constancia con la pluma y sobre el papel de todo cuanto ha aprendido, de todo cuanto ha vivido, de todo cuanto ha amado. A sus 75 años, retirado en su villa de Bolonia, rememora sus inicios, sus maestros, sus amores y desamores, y sobre todo sus horas de gloria en los teatros de Europa entera,

cuando la gente desfallecía de emoción ante el simple sonido de su voz.

Pero donde colmó todos sus sueños fue en España, donde llegó de la mano de la reina Isabel de Farnesio para curar la melancolía que había anulado la voluntad del rey Felipe V. Llegó para unos meses, se quedó 20 años.

En esta fascinante recreación de la vida de Farinelli, Jesús Ruiz Mantilla hace revivir ante los ojos del lector la Europa del barroco, desde Nápoles, Roma y Venecia hasta Viena, Londres y Madrid, recreando las cortes del Príncipe Luis de Gales, de Luis XV de Francia, del emperador Carlos VI de Austria o de Felipe V, el primer Borbón que reinó en España. Y narra la relación de Farinelli con Mozart, Haendel, Gluck y otros grandes de su tiempo.

Farinelli sabía que el arte de los castrati estaba condenado a desaparecer. Lo que no podía saber es que más de doscientos años después, sus arias resonarían en cada vez más teatros del mundo. Ni que sobre su vida se filmarían películas y se escribirían libros como el que el lector tiene en sus manos. Un libro que es antes que nada un canto de amor a la música y a esos suspiros momentáneos de la belleza más absoluta.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: marzo 2017

© Jesús Ruiz Mantilla, 2017
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017
Imagen de portada: c Vicky Martin / Arcangel Images, 2017

Conversión a formato digital: gama, sl
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-88-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Lourdes Manzano y Jaime Valcárcel,
amigos del alma, hoy vecinos.
A mi madre, por la vida.
A Marta, Paula y Cristina,
por soportar los desvelos mientras lo escribía
A Vera, que canta nuestras.*

PRIMERA PARTE

EUROPA

1

Yo, Farinelli, súbdito y criado de Su Majestad el rey de España, a quien debo honores, fortuna y favor, doy gracias a Dios, a estas alturas de mi existencia todavía fértiles en conocimiento y razón, por todo lo que me ha deparado en vida.

Acaba de entrar el año del Señor de 1780, que jamás, ni por asomo, ni por delirio ni por clarividencia, soñé alcanzar. Escribo estas líneas cuando he cumplido ya setenta y cinco años, con la esperanza de poder aumentar una cuenta que no depende de mí. Aquí, desde este humilde escritorio del despacho que ocupo en mi villa de Bolonia, la amable y docta ciudad que me ha acogido en los últimos años de mi vida, quiero dejar constancia con la pluma y sobre el papel de todo cuanto he amado. También de lo que aprendí y de aquellos momentos en los que, entonces sin ser muy consciente y hoy completamente convencido de ello por el acicate de la memoria, pude inhalar el suspiro momentáneo de la belleza más absoluta.

Yo, Farinelli, también conocido como Farinello, el *castrato*, de quien dicen que fue el más famoso de su tiempo, represento y representé el terco devenir de una especie, de una estirpe que entregó siempre su vida a proporcionar placer a los oídos y las almas ajenas. Dicen que llegué a ser quien más gloria conquistó en una época que no durará muchos años más. Sencillamente, espero que la razón se imponga siempre a los fanatismos, aunque éstos traten de perseguir una idea de lo sublime.

Si además del gusto he logrado seducir la sensibilidad de algunos corazones o, al menos, reparar sus males proporcionándoles un aliento de bondad, un empuje que diera sentido momentáneo a sus vidas, me doy más que por satisfecho. Comprendo, o más bien me resigno a aceptar, que el coste

de mis sufrimientos fue para bien. Sobre todo cuando intuyo, con esta naturalidad con la que suelo predecir venturas y desventuras por venir, que el arte de los *castrati* llegará a su fin. Un desafío a la naturaleza de Dios tan evidente no puede perdurar eternamente, aunque sirva para honrarlo.

Fui famoso, fui rico, fui ambicioso. Fui alabado, halagado, premiado. Vi gente desfallecer, caer a mis pies por una emoción que les partía la voluntad con el simple sonido de mi voz. En ningún teatro donde mi gloria prevaleciera, osó nadie negarme ningún favor ni se atrevió empresario alguno a poner en duda mis demandas. Bien es cierto que jamás llegué a los límites de mis contrincantes Sinesino o Caffarelli, las criaturas más caprichosas y volubles a los desatinos que dio en conocer nuestro planeta tierra. Pero ése es un apartado sobre el que prefiero detenerme más adelante.

Si algo considero milagroso, y doy gracias a Dios por ello más que por cualquier otro don, es que aquellos ambientes y esos mundos donde todo Satanás anda dispuesto a regalarte sus artes y cualquier macaco te presta sus monerías no me hicieran perder la cabeza y el juicio, como pasó con casi todos los demás artistas de mi condición.

Triunfé en una Venecia desafortunada por el amor al teatro. Recorrí Italia y casi Europa entera, al menos aquella en la que el arte de la ópera resultaba primordial. También partí al encuentro de grandes maestros. Quise conocer a Haendel en Inglaterra, donde además acabé ganándome la gloria de uno de los públicos más exigentes del mundo en un país donde se aprecia de verdad un canto y un sentido musical del que muchos de sus talentos carecen. Pero colmé todos mis sueños en España, adonde el destino me condujo de la mano de la reina, mi señora, doña Isabel de Farnesio, para que el arte curara las terribles sombras de melancolía que habían anulado la voluntad del rey, mi señor, Felipe V.

Parece que la música consiguió curarle desde el momento en que escuchó mi voz. Aunque ahora, frente a este espejo blanco de papel y tinta, confieso que mis cuerdas se encontraban en preocupante decadencia. No estaba ya en condiciones de ganarme el aplauso de todos los teatros del continente, como había ocurrido hasta entonces. Pero resultaba todavía un instrumento convincente y con inmediatos resultados curativos, por lo que demostró aquel trance. Así que para el rey, mi señor, fui mejor médico que artista aunque él

creyera lo contrario o situara ambas destrezas en la misma balanza. Las vendas que brotaban de mi garganta sirvieron para que recuperara el ánimo y prosiguiera su irrenunciable deber de regir los destinos del mundo. Porque si bien en esta época enrevesada -que acabará pronto por tocar a su fin que ha rizado demasiado el rizo de los desmanes, las injusticias, las intrigas con esa recurrente tendencia al exceso en que ha caído- mandan los cánones marcados desde Francia por su abuelo, Luis XIV, a quien han dado en llamar Rey Sol, el dominio de España todavía impone su vigencia sobre los mapas.

Hoy, desde este humilde refugio en Bolonia, adonde vine a retirarme hace casi veinte años, todo lo contemplo con sana distancia. Me he dedicado día tras día a disfrutar de un tiempo que me he empeñado en hacer correr más lento. Ante todo a reflexionar acerca de lo que ha sido mi vida y, entre otras cosas, acerca de los acontecimientos de los que fui testigo en la corte de España: primero con mi señor Felipe V y después junto a su dignísimo sucesor, Fernando VI, y su maravillosa y sensible esposa, la reina Bárbara de Braganza. Ella se reveló como todo un prodigio para las artes y la música en el reino, aunque esos esfuerzos y gastos que la pobre prestara en su día al desarrollo de lo más sublime hayan quedado después en nada.

Dejé la corte por orden de Su Majestad Carlos III, que ordenó mi salida inmediata de Madrid. Quizá tomara la decisión mal aconsejado ante el persistente recelo de sus colaboradores más inmediatos y los deseos de venganza de su madre, una resurrecta reina Isabel. A él, quiero dejar constancia de lo siguiente para la posteridad: no le guardo ningún rencor y sí el mismo agradecimiento y lealtad que procuré a sus antecesores. Su Majestad ha conservado para mí una más que generosa asignación real de la que todavía disfruto y con la que me enorgullezco del lazo que me unirá hasta el fin con la corte más gloriosa de cuantas pisé. Con ese dinero nunca ha faltado ni va a faltar cobijo y comida para todo español que dé con sus huesos en Bolonia. Aquí, cualquiera de sus paisanos aconseja a los forasteros de ese reino que se acerquen a visitarme. Saben que, por el simple hecho de su condición, en mi casa no se les escatimará nada.

Tan español me siento que tengo por gusto denominarme a mí mismo Farinelli, «el capón». Así que yo, Farinelli o Farinello, el capón, observo estos días los restos de mi vida con la humildad y la falta de boato con que

me los devolverán en su justo término al concluir mi paso por este mundo. Con el prisma lleno de esos coloridos matices que el cristal del tiempo filtra para borrar lo que es demasiado accesorio y entre los cuales encontramos nuestras más íntimas verdades. Nadie puede nublar ese juicio supremo que viene a ser el de los hombres cabales ante su pasado, el de las almas auténticamente libres, que deciden culminar sus días con la mirada limpia sobre todo lo que tocaron y con los ojos convenientemente enfocados hacia quienes se cruzaron en su camino.

Cuando queda poco por delante y la espalda, además de atormentarnos, nos dibuja demasiados vericuetos; cuando has perdido gran parte de la dentadura y no puedes saborear los manjares que te hicieron estallar el paladar en las mejores mesas, sin que con esto llegue a menoscabar esa pasta fresca que me deleita en la ciudad donde he decidido morir; el día en que sin los anteojos andas perdido por una casa llena de criados que evitan ser vistos para que no los reprendas, algo a lo que yo apenas acostumbro salvo si les sorprendo en tareas impropias, cuesta ir habituándose a que las horas del esplendor desaparecieron para siempre. Ahora sé que nada volverá a lo que creíamos se repetiría y menos aún a aquello que no supimos disfrutar con buen tino. Se acabaron también las segundas oportunidades. Y aquella música...

Con mi cuello de gallo a punto de visitar el matadero y mis andares torpes. Con el escaso y ridículo cabello que descansa ahogado bajo mi peluca blanca. Con estas manos temblorosas y los lagrimales irrefrenables después de todas las muertes de mis seres más queridos. Con estas toses que me desloman el cuerpo en cada ataque. Amenazado por la artritis y algunos asomos de gota. Sosteniendo a duras penas toda esta carga que representa ya el cuerpo que me mantiene cautivo y no quiero mirar más en el espejo, cuesta hacerse a la idea de que en una época fuera llamado en toda la Europa más esplendorosa «el divino Farinelli».

Yo, que posé junto a la reina, doña Bárbara, y el rey en algunos de sus retratos; yo, que inspiré los pinceles de Amigoni, de Flipart, de Giaquinto cuando me trazó con las vestimentas de la orden de Calatrava después de que mis señores los reyes tuvieron a bien concedérmela... Yo, Farinelli, el capón, ahora no me reconozco y evito el riesgo de aparecerme entre las sombras y

los reflejos del agua. No estoy dispuesto a soportar los caprichos de una casualidad mortífera que me obligue a caer frente a un espectro soberbio de mí mismo. Yo, que fui el amo del mundo, que con mi voz pude iluminar la maltrecha razón de quien debía encargarse de regir los destinos de un imperio, prefiero hacer examen de conciencia y mirar hacia dentro para encontrar, entre los requiebros de mis tripas y los laberintos de mi alma, algún resquicio de sentido a lo que ha sido mi larga, próspera y, hasta ahora, indestructible existencia.

2

Puede que la razón de esta fortaleza por la que cada día tengo que dar gracias al Señor venga de mi infancia. Nací en Andria, en el sur, un pueblecito del reino de Nápoles que no está muy lejos de Bari. Allí vine al mundo el 24 de enero de 1705, bajo el nombre de Carlo Maria Michelangelo Nicola Broschi, hijo de Salvatore Broschi y Caterina Barrese. Era el último de tres hermanos: mi adorado Riccardo -todavía hoy le lloro- y Dorotea.

Todos nos criamos gracias al aire puro de una comarca demasiado seca pero agrícola y mediterránea por cada uno de sus costados. Riccardo y yo hemos pasado el resto de nuestra vida extrañando el olor penetrante del trigo seco y la alquimia de la asombrosa brisa marina tan añorada en los días de verano. Esa que venía a aliviar el calor sofocante, con la bondad de quien imagina a unos ángeles extendiendo una sábana.

Llovía poco en Andria, por tanto desde que salí del territorio de mi infancia no ha pasado día con agua en que no recordara la fiesta que suponía aquel regalo ocasional de unas finísimas gotas de líquido sobre nuestro suelo. Se ablandaba así esa alfombra que te provocaba magulladuras en cualquier caída traicionera. Recuerdo cómo Riccardo y yo exponíamos la cara con los ojos cerrados para regarnos el rostro empapado con ese rarísimo milagro.

Pese a llevar impregnada en todos mis sentidos la llamada de la tierra, no provengo de una familia de campesinos. Aunque muchos han querido pensar que sí. El reino de Nápoles es el que más *castrati* ha regalado al mundo, con una mayoría proveniente de familias humildes y hambrientas. De hombres del campo con más de diez hijos que decidían operar a alguno de sus vástagos para resolverles el futuro, pues desde hace tiempo es la mismísima Roma la gran demandante de nuestros servicios.

Más bien, yo representaba lo contrario a la norma. Provengo de una familia noble y amante de la música. Desde nuestra más tierna infancia nos inocularon, sobre todo a Riccardo y a mí, el veneno del arte. Gracias a eso, mi hermano se convirtió en compositor y ha creado algunas de las páginas y las notas más bellas salidas de talento humano. Yo, su hermano pequeño, no he hecho más que devolverle con mi voz la gloria y la dicha que a mí y a quienes me escuchaban nos producía su música.

Mi padre tuvo el honor de ver aceptar al gran duque de Andria, Fabrizio Caraffa, ser mi padrino el día del bautizo en la iglesia de San Nicolás. Aunque éste envió en su nombre a Lucio Pincerna para representarle, fue cosa rara que accediera a ello. La razón pudo haber sido meramente la política: pese a la amistad que unía a nuestras familias desde hacía años, el desprecio constante al que fue sometido mi progenitor por parte de los gobernantes españoles, que por aquel entonces jamás lo admitían en sus círculos, hacía difícil a alguien de la posición del duque prestarse a tal gesto de reconocimiento y generosidad.

Fuimos nobles, cierto, y bien es verdad que jamás faltó alimento en nuestra mesa, ni tuvimos que privarnos de ropajes dignos ni instrumentos con los que perfeccionar un amor a la música, creciente y sin remisión. Pero tampoco nuestras posibilidades eran deslumbrantes para lo que se estilaba en la nobleza de la época. Nunca supimos con certeza a qué se debía el castigo que tenía que sufrir nuestro padre entre los caprichosos ánimos de los españoles. La razón puede remontarse a la época en que el antepasado de la familia, Pietro Broschi, fue gobernador de Scala y Ravello. Con seguridad, la pena no debía cargarse a nuestro abuelo Giulio Barrese, en su día tesorero de la región de Abruzzo.

Tampoco nos quitaba el sueño aquel desprecio que terminó cuando a mi padre lo nombraron gobernador de Maratea y Cisternino. Más bien al contrario: entre algunos paisanos éramos mejor vistos. Mi amor al canto, además, me permitía evadirme de las mezquindades de todo pelaje, y mi voz, que comenzó a deslumbrar a los míos cuando contaba tan sólo cuatro años, se fue convirtiendo en un arma de seducción constante para las personas que en un principio debían imponerme más respeto.

Enseguida me empezaron a pasear por salones de varios amigos en

Nápoles. Aunque éramos originarios de Andria, pasábamos gran parte de nuestros días en aquella ciudad, y además entré a cantar en catedrales e iglesias de las comarcas cercanas. Eran los tiempos en los que nuestra tierra se empezaba a conocer en el mundo, como dije antes, por la proliferación de los *castrati*. De ellos, sin saber que yo acabaría entre los de su casta, guardo memoria muy temprana. Existía hacia nosotros cierta naturalidad propicia en el ambiente, bendecida siempre por la Iglesia, que hacía aparecer a los miembros de la que sería mi futura especie como seres excepcionales.

No importaba el riesgo que comportara la operación: sólo la mitad de los que entraban en la casa, casi siempre siniestra, del castrador salían en condiciones normales. El caso es que de ser un método curativo para ciertas enfermedades, como las hernias, la epilepsia o la locura, la castración se convirtió en Nápoles en un paso decisivo hacia el futuro para muchos niños cuyo único tesoro residía en la voz. Fue la primera ciudad en la que en el siglo anterior al nuestro se permitió dicha solución para familias que contaran con más de cuatro hijos.

La Iglesia lo consentía todo con respecto a los *castrati*. Los demandaba con mucho ímpetu, así que la bendición de la práctica estaba completamente asegurada para casi todo el mundo. Habían prohibido la ópera en Roma en la primera década del siglo corriente para compensar la ira que Dios nos había demostrado con un terremoto, y tampoco estaba permitido que las mujeres hicieran teatro. Así que los *castrati* comenzábamos a disfrutar de nuestra edad dorada y eso había penetrado en todas las capas de una sociedad tan fracturada como enloquecida.

Tampoco se aseguraba que después de la intervención las facultades vocales permanecieran intactas, aunque, en aquellos años, jamás un elemento aleatorio resultaba suficientemente convincente para arrancar de su determinación a una familia que veía sus penas resueltas con una mera operación quirúrgica. Más tenían todos que perder si no la llevaban a cabo. Más se quedaba en el camino si no se hacía nada por conservar aquella voz de ángel que con un poco de suerte los podía librar de la miseria.

Mi caso no fue tal. Ni yo ni los míos necesitábamos nada para sobrevivir. Siempre he estado convencido de que, a mí, decidieron operarme por una razón más relativa al fanatismo artístico. No por justificaciones médicas

pertinentes.

Aunque así, con esta claridad, no llegué a confesárselo a mi primer biógrafo, Giovenale Sacchi. No es del todo cierto aquello que le dije. Nada tuvo que ver una mala caída de un caballo para que me castraran. Más bien creo que aquella excusa sirvió de pretexto a nuestro padre para cumplir un sueño de inmortalidad a través de mí. Siempre pesó en él la convicción de que aquello, si contaba con el coraje suficiente para llevarlo a cabo, no tendría otra consecuencia para mi destino final que la gloria.

Jamás le he guardado rencor. Ni en los días en que el ánimo se te puede venir abajo -hay veces, sobre todo en sueños, que he añorado ser un hombre corriente-, encauzo mis quejas hacia su memoria. Pero la verdad es que ni él ni yo quisimos nunca que me convirtiera en una persona normal. Yo, Farinelli, había nacido para otra cosa.

La voz es un don divino, un ajuste de cuentas del Señor con la mediocridad, y es nuestra obligación conservarla en sus mejores condiciones. Muchas veces en los últimos años, desde que vine a retirarme a Bolonia, pienso qué habría sido de mí de haber perdido la voz. ¿Me habría convertido en un secretario eficaz? ¿En un terrateniente sin ínfulas? ¿Habría echado a perder mi alabado carácter sereno y tendente al sentido común por culpa de una frustración insuperable?

Cuando eres niño y tu voz se impone en medio del oscuro vacío sonoro de las iglesias, las únicas que arropan la música y la convierten en una forma fiable de auténtica comunicación con Dios, no puedes concebir otra forma de vida. Cuando has hablado con el Señor gracias al poder de tu canto, no quieres depender de otros intermediarios. Sólo deseas conservar esa fuerza desafiante para cualquier ser humano. Esa habilidad exclusiva que sólo pueden desarrollar unos pocos elegidos.

Por eso no pasa día en que no dé gracias a mi padre por haber tomado aquella decisión. A nadie debiera sorprender que mi recuperación fuera rápida, que no cayera en aquella especie de locura en que se hundían los recién operados por el trauma sufrido, ni apenas soltara una lágrima en los días siguientes, cuando convalecía en mi casa rodeado de los míos, entregados a tratarme a cuerpo de rey, proporcionándome todos los caprichos que un niño pueda imaginar. Más cuando en su ánimo resultaba difícil que se

borrarán todas las dudas.

Me lo hicieron cuando tenía nueve años en casa del castrador que más garantías ofrecía en todo Nápoles. Fue una operación completamente clandestina. Por aquel entonces, las autoridades empezaban a poner algunas pegas, más empeñadas en conservar ciertas apariencias que otra cosa. No permitían que se practicara en mayores de siete años, por ejemplo, y si se iba a hacer a una edad más avanzada era el niño quien debía dar autorización. Yo no lo dudé jamás y que se retrasara hubiese supuesto el riesgo de perder una porción importante de claridad vocal.

Lo recuerdo casi todo perfectamente. Hasta que perdí el conocimiento cuando me introdujeron en una bañera de agua helada, uno de los métodos de anestesia más frecuentes. Podrían haber practicado mi castración de muchas maneras: por trituración de los testículos, frotándolos hasta disiparlos y retorciéndolos hasta el punto de dejar muerta la vena por la que circulan nuestras semillas. Pero no, en mi caso no fueron necesarias tales artes y todo se redujo a una pura y simple escisión, sin mucho secreto, un corte preciso que estaba llamado a colocarme en los altares.

Temía los demás métodos, de todas aquellas usanzas que había oído contar a niños de mi entorno, entre cuyas conversaciones ya pude adivinar otra de las cosas que se me iba a venir encima: la humillación que acarrearía mi nueva condición. Los castrados éramos la diana de todos los chistes malévolos en cualquier círculo.

Cuando llegué a la casa del castrador, a quien sólo vi en sombras y adiviné en sonidos al otro lado de la habitación de madera recia, me tranquilizó comprobar encima de la mesa los utensilios con los que llevarían a cabo los cortes. Relucían sobre una sábana blanca y llamaban la atención por sus contornos variados, más redondos o más punzantes según el caso o la necesidad quirúrgica. El hombre, desde la otra estancia, hacía remover el hielo de la bañera hasta convencerse de que la temperatura del agua iba a surtir algún efecto sobre el paciente, que era yo, y de quien no sospechaba hasta qué punto iba a dejarse hacer todo lo necesario.

Olía a alcohol y a gasa planchada, a carne putrefacta y sangre salpicada sobre las paredes. Nadie sonreía, ni siquiera la mujer que me hizo desnudarme y tumbarme sobre el catre perfectamente encajado en el suelo

con tornillos y patas de madera muy resistentes. Quiero decir que nadie sonreía de verdad. Porque aunque aquella mujer, que ofrecía cierto aspecto de bruja blanca con su pelo recogido en un tocado sencillo, esbozara un gesto amable para que no nos sintiéramos incómodos, las muecas no llegaban nunca a tornarse sonrisas.

Me acompañó únicamente mi padre, que observaba todo a su alrededor con la resignación de un animal acorralado. Por el ambiente, en primer lugar. Por el miedo que le inspiraba su ya casi ineludible decisión. Y, sobre todo, por el temor, aún mayor, a que el plan se arruinara y yo nunca se lo perdonara. Pero ahora sé que, aunque cada paso hubiese resultado estar dirigido por las artes del demonio y fracasáramos, nunca le habría considerado culpable de su determinación.

El castrador entró en la habitación y me saludó, amable. Llevaba un delantal blanco y limpio atado a la cintura que aumentaba su presencia de por sí desconcertante. Yo miraba hacia todos lados con los ojos inquietos. Era un niño más bien delgado, con ojos muy saltones, oscuros, perfectamente enmarcados entre paredes blancas y no como hoy, camuflados entre una nebulosa rojiza que delata lo que he soportado en vida. Me saludó y me palmeó las mejillas. Después reconoció mi cuerpo y preguntó varias cosas a mi padre: asuntos de enfermedades, males corrientes. A él no se le ocurrió nada que destacar. Al parecer fui un muchacho fuerte, con escasos achaques y ánimo más bien vital.

Aquel hombre se dirigió a mí con cortesía. No parecía un carnicero sin escrúpulos, que es como yo había imaginado siempre a los castradores, más bien destilaba una cercanía extraña, incluso extravagante, que lo convertía en un personaje teatral. Todo cuadraba con una escena napolitana, esa parte del mundo en que nada se parece a lo que uno puede calificar como normal. Lo observo y lo juzgo ahora con la distancia que me han proporcionado mis múltiples viajes, mis muchas vidas, pero un niño de nueve años no lo podía percibir así. Ni siquiera era consciente de lo que significaba ser napolitano.

Yo no atendía a las conversaciones que mantenían mi padre y él. Sólo respondía lo mejor que podía a sus preguntas. Enseguida quiso averiguar si me gustaba la música, y por el brillo de mi mirada al responder comprendió que era lo que más me apasionaba del mundo. Mi padre certificó la respuesta

y el castrador respondió: «Vamos a dejar que el universo entero pueda disfrutar de Carlo Broschi».

Aquello me animó todavía más y me ayudó a concentrarme en lo principal, pues corría el riesgo de ser arruinado en ese trance por los detalles que me distraían desde donde estaba tumbado. Lo principal era que en ese momento, en cuanto me trasladaran a la otra estancia para anestesiar me con el agua helada, iba a iniciar un viaje sin retorno y abandonar mi condición de humano mortal para convertirme en el divino Farinelli.

3

El despertar fue lento. Lo que debía hacerse se hizo. Cumplimos nuestra voluntad y me atrevo a decir, sin miedo a pecar de soberbia, que también respondimos al deseo de Dios Nuestro Señor. No porque yo pretenda penetrar en los designios de su santa voluntad, sino por lo que deduzco de las palabras del apóstol Mateo: «Hay eunucos que nacieron tales del vientre de su madre; hay eunucos que fueron castrados por los hombres y hay eunucos que se castraron a sí mismos por amor del reino de los cielos. Quien se sienta capaz de comprender, que comprenda».

Desde la humildad de este pliego de papel, con la lágrima que impregna la tinta sobre el mismo, yo, Farinelli, escribo y dejo constancia de que mi caso responde al último de los supuestos apuntados por el evangelista. Un eunuco que se castró a sí mismo por amor del reino de los cielos. Esa certeza nadie me la podrá arrancar y nunca ha flaqueado mi firme convencimiento en que hicimos lo correcto.

Aquel día perdí todos los paraísos que hasta entonces había conocido y gozado en compañía de los míos, pero empecé a ganar una gloria sin límites para la que debía estar preparado. Es curioso lo que me viene ahora, con una extraña lucidez paradójica, a la mente, pero fue precisamente el hecho de la castración lo que me convirtió en hombre. Todo cambió a partir de entonces. Atrás quedaron los recuerdos de una infancia sin temores en los alrededores de Nápoles y Bari, de una niñez protegida entre sedas, algodones, juguetes de madera, olores encontrados en los jardines de nuestra casa y sonidos que nos marcaron a todos para siempre con un cántico de felicidad, de juegos y sanas diferencias fraternales en las que mis hermanos y yo fijábamos nuestras propias reglas.

A Riccardo no le perdí entonces más que de manera temporal, porque la música nos unió físicamente hasta su muerte. Él me acompañó incluso hasta España, donde murió un mal día de 1756. Me alegro de que, en lo que a mí respecta, sólo se haya perdido lo peor, porque desde entonces hasta ahora, poco me habría visto brillar. En cambio él sí que podría haber vivido sus mejores años, porque la madurez de un compositor nos ofrece muchas veces sus mejores frutos y representa una época de superación asombrosa y constante, gracias a la sabiduría acumulada.

Por aquellos días, cuando yo contaba diez años y nos separamos de la familia definitivamente, él estudiaba en Santa Maria di Loreto, uno de los cuatro centros que proporcionaban fama a Nápoles por toda Europa como esa ciudad en la que se ofrece una exquisita enseñanza musical y que inventó el propio concepto de conservatorio como escuela artística. Yo podía haber caído en cualquiera de las aulas de estos centros, del que Santa Maria di Loreto era el decano pues había sido fundado el primero de todos, en 1537. Le siguieron el de la Pietà dei Turchini, abierto en 1584, el de los Poveri di Gesù Cristo, de 1589, o el de Sant'Onofrio, de 1600. Todos gozaban de fama y prestigio con estudios dedicados específicamente a los *castrati* convenientemente separados en dos clases, una para la cuerda de sopranos y otra para la de contraltos.

Yo contaba con el favor y el consentimiento de mis protectores, los Farina, una familia de magistrados muy influyente en la ciudad, para hacer lo que quisiera. Pero finalmente, quizá movidos por un impulso de sobreprotección, para evitar posibles humillaciones que hicieran decaer mi ánimo excesivamente pronto o que mi nueva condición me provocara una rebelión interna desaconsejable, todos optaron por encomendarme al maestro Nicolò Porpora.

La aparición de su figura en mi vida representa la personificación de la buena suerte. Llegó en el momento justo para cumplir todo el plan establecido. Yo, en cierto modo, era un joven abierto a mi propio futuro, pero demasiado inquieto por él. En muchas ocasiones, la ansiedad de lo que estaba por venir me colocaba fuera de mis límites. Me sentía aislado y en poco tiempo iba a padecer más la soledad, un abismo del que me salvó sin ninguna duda Porpora, mi maestro, el arquitecto de mis habilidades, la persona de

quien yo más he aprendido a poder ser Farinelli.

Tomé prestado mi nombre de los Farina. Espero haber sido capaz de devolverles la leyenda de mi nombre con el eterno agradecimiento a todo cuanto hicieron por mí. Aunque ellos, simplemente, cumplieron con una costumbre que se iba imponiendo cada vez más en Italia por aquella época: dejar la educación de un joven especialmente dotado en manos de un gran maestro.

Mis artes debieron de convencer a Porpora sin asomo de duda. La limpieza del agudo, la asombrosa capacidad para respirar y acumular aire que ya demostraba a aquella edad, lo convencieron de que detrás de esa aparente timidez del primer contacto podía esconderse un gran cantante, un artista por pulir de la piedra donde permanecía escondido, si seguimos la imagen del gran Michelangelo Buonarroti.

Porpora se comprometió a alojarme en su casa, alimentarme y vestirme, si era necesario, para acelerar lo máximo posible mi formación. Yo me veía a las puertas del sueño, aunque todavía confuso por un cambio de vida tan abrupto. Había perdido cuanto me había definido como un ser en el mundo hasta entonces: mi familia, mi casa, la protección de mi madre y mi hermana, la complicidad con mi hermano, el apoyo incondicional y diario de mi padre. Aquella seguridad, los escenarios que dominaba entonces, los bancos de las iglesias donde cantaba. Tenía por delante, en cambio, todo por ganar.

Aprendí rápido a mirar las cosas de otra manera. La neblina que a menudo cubría el Vesubio, siempre imponente en esa bendita bahía napolitana que jamás dejaré de añorar y que quisiera volver a ver antes de morir, me enseñó a apreciar la terca claridad de Andria. La presencia demasiado evidente del mar me inquietaba y la anarquía ordenada de Nápoles me sobrecogía un poco en sus calles de olores penetrantes y niños chillones.

Algo dentro de mí me decía en cambio que mi vida en la ciudad iba a resultar un paso fundamental para todo lo que tuviera que venir después. Así que pronto dejé de desconfiar de aquellas mujeres de tez demasiado oscura y de la brutalidad de los hombres que habitan los puertos. Solía pasear a menudo por la calle. Me ofrecía rápidamente para hacer cualquier recado de la casa. Ir a por medicinas, recoger encargos en el sastre o en las panaderías. No me importaba con tal de impregnarme de cierto aire napolitano, porque

sospechaba que la vitalidad de aquella villa abierta al mar iba a proporcionarme muchas armas para el camino que tendría que recorrer después.

Así ha sido con el tiempo. Nápoles, esa ciudad que cuenta con su propia ley, fue mi escuela de aprendizaje fundamental para la vida y sobre todo para la música. Las clases con el maestro Porpora gozaron de todo tipo de ventajas. Con él aprendí en cinco años lo que me hubiera costado el doble en un conservatorio. Su dedicación a mí fue plena y constante, pese a que era un compositor reconocido y a quien no le faltaba trabajo. Había estrenado su primera ópera, *Agrippina*, en Nápoles en 1708, y justo un año antes de que yo entrara a formarme con él había triunfado en Viena con *Arianna e Teseo*, que se estrenó con motivo del cumpleaños del emperador, entonces Carlos VI.

Yo le admiraba sobremanera pese a la dureza, la constancia y la disciplina que se empeñó en hacer formar parte de mi vida con tan sólo diez años. Son cosas que, en principio, poco tenían que ver con un niño, pero mucho menos con un niño napolitano. Disponía de un talento para la música y para enseñarla que se salía de lo normal. Sabía cómo conservar dentro el veneno y contagiaba un entusiasmo que podía hacerte desembocar en ese tipo de fanatismo del que resultaba difícil escapar.

En mis cinco años a su lado participé con él de dos de sus éxitos. Primero el del estreno de *Temistocle*, en Viena, el 1 de octubre de 1718, y después de *Faramondo*, que se representó por primera vez en Nápoles en noviembre de 1719. No recuerdo exactamente el día, sólo sé que el teatro se caía ante tamaña demostración de talento y ante tal explosión de sensibilidad musical. Con él aprendí todos los vericuetos del canto barroco, las trampas, cada uno de los laberintos y sus salidas.

Contaba con un método propio que nos enseñaba y que daba grandes resultados para abordar el estilo. Él disfrutaba con mi aguante. Presumía ante los visitantes de mi capacidad de sostener la respiración, que superaba a la de otros *castrati* conocidos. Ya entonces nuestra leyenda narraba que no respirábamos y que podíamos ofrecer una sucesión de más de diez notas en un solo suspiro. Yo iba más allá. Comenzaba con un sonido suave, casi un murmullo, y lo podía llevar después fuera de los límites. Transformarlo y hacerlo viajar en una carroza cuesta abajo con mi garganta. Era capaz de

pasar así más de un minuto, sin enrojecer, encadenando una cascada de sonidos y ornamentos que dejaban boquiabiertos a quienes se acercaban a escuchar.

Con esa materia prima de mi cuerpo, bien dispuesto a aceptar todo tipo de retos, Porpora quiso aprovechar mis posibilidades hasta rebasar todos los muros conocidos. Cuando quería provocarme soltaba algunos comentarios dañinos: «Parecéis un gallo descabezado», me decía. Cuando cumplía con su ley, sonreía, dejaba muerta su mano, que había ascendido y descendido varias veces al ritmo de la música salida del clave, y comentaba: «Los mataréis de un suspiro».

Porpora era un personaje de carácter, más acorde con una manera de ser del norte que del sur. Sus simpatías por el Imperio austriaco, que confieso llegó a transmitirme, le decantaron siempre por la corte vienesa, donde terminó ganándose la vida gracias a la música, como maestro y compositor. Creó casi cincuenta óperas, con una disciplina inquebrantable que ha sido el mejor ingrediente para lidiar con divos de temperamentos a dominar como los nuestros.

Yo admito haber conservado la cabeza y el ánimo en su sitio gracias a él. Resultó fundamental que estuviera ahí cuando me comunicaron la muerte de mi padre. Al pobre quiso llevárselo el Señor a la mala edad de treinta y seis años, demasiado joven. Sobre todo porque no pudo disfrutar de la dicha de verme triunfar por todo el mundo, pues Farinelli tampoco sería Farinelli si don Salvatore Broschi no hubiese tenido el arrojo y la visión de decidir mi castración. Pero una fiebre perra acabó con su vida antes de que pudiera vernos a Riccardo y a mí en lo alto de los escenarios, provocando el delirio a diestro y siniestro, gracias en gran parte a muchos de sus sacrificios.

La noticia me afectó mucho. Tenía doce años, llevábamos dos separados y el plan, diseñado para convertirme en inmortal, parecía haber perdido la mitad de su sentido. Pero yo decidí seguir adelante cargando su deseo en mi ánimo, tal como me aconsejó Porpora que hiciese. El músico se convirtió en esa época en el padre que yo había perdido. Además, su palpable juventud todavía contagiosa -había cumplido veintiséis años cuando me tomó a su cargo- me ataba aún más incluso a los deseos de triunfo.

Él los recuperó en mí tras una decaída de ánimo por la mala noticia de la

desaparición de mi padre. Un argumento me convenció bastante más que el resto: «Cuando uno posee en su interior los utensilios de una voz como la vuestra, debe saber que los tiene en depósito. Porque los auténticos dueños de ese tesoro son aquellos a quienes vais a regalar vuestro don: el público, que se apodera del aire de vuestros sonidos y tiene por eso la capacidad de convertirnos en inmortal o condenaros al desprecio».

Me lo dijo a riesgo de que no fuese capaz de entender lo que me estaba transmitiendo. Pero yo ya contaba con la madurez suficiente como para asimilar que no iba a ser nunca más dueño de mi vida, que ésta iba a quedar consagrada a la voluntad de quien me fuera a escuchar, que de ellos dependería el juicio de mi grandeza o la condena de mi desgracia, y que en esa jaula con diamantes iba a pasar el resto de mis días. Porpora murió hace doce años, en 1768. Sus últimos años fueron duros y cuando Metastasio me habló de sus penurias yo inmediatamente quise ponerles remedio. No sé si su gloria como compositor perdurará, porque el tiempo es ese sable que poda casi todo a su paso. Sigue vivo en mi memoria y en la de los que aún conservan en su oído las óperas que dejó escritas. A mí me duele no haber podido honrarlo con mi nombre de *castrato*. En lugar de Farinelli o Farinello, por justo reconocimiento a mis protectores, bien me podía haber llamado Porporino, pero se me adelantó por poco tiempo otro de sus alumnos, Antonio Uberti. Que Dios me perdone: no sabe este cantante de tres al cuarto, más cuando jamás llegó a ser nadie, el rencor infinito que le he guardado por ello.

4

Junto a Porpora comenzaron mis conquistas. Hacia 1720, cuando yo ya contaba quince años, en lugar de haberme adentrado en los éxtasis de los placeres carnales era un mozo que había renunciado plenamente a la tensa tiranía del sexo. Cuando hace poco se lo confesé a Giacomo Casanova, buen amigo mío que no ha muchos meses se dejó caer por Bolonia para visitarme en mi propia casa, no acababa de creerlo. Las mujeres, que han sido su gloria y su ruina, han proporcionado sentido a su vida, me decía. Yo no lo creo así, más bien pienso que es su propia alta estima la que le ha arrastrado a esa devoción por coleccionar cuerpos y suspiros femeninos.

Mi colección era de otra clase y no tenía fronteras de género ni de edad. Lo mismo hombres que mujeres, niños y ancianos se han desmayado con alguna de mis notas en público. Todos se han subyugado y la mayoría me ha perseguido por las ciudades en las que se anunciaba mi presencia.

Mi leyenda comenzó a fraguarse en Nápoles. Ahora, con la distancia que me da la edad y la experiencia edificante de haber recorrido buena parte del mundo, sé que Nápoles era la ciudad perfecta para tal cometido. La fe allí es cosa que adquiere dimensiones pegadas a la tierra y a los ojos, porque sus habitantes poseen la irrenunciable necesidad de convertir en carne todo lo que es espíritu.

Si san Genaro debe licuar sangre para hacerles creer, al sonido de mi voz poco le faltó para convertirse en milagro. Porpora sabía medir muy bien el efecto trascendental de las cosas. Era un gran cínico para las cuestiones religiosas. Nunca tratamos temas de fe más allá del lenguaje preconcebido que alienta muchos asuntos, pero estoy seguro de que jamás creyó en Dios ni en nada que habitara fuera de este mundo. Sin embargo, habría hecho una

gran carrera como cardenal por esa maestría con la que utilizaba el poder divino a la hora de sacar partido a sus tejemanejes.

Poco le faltó para convertirme en un ser tocado directamente por la Virgen María. Toda la ciudad conocía la siempre excesiva devoción que mi madre profesó a la santa *Madonna*, así que no fue difícil empezar a utilizar aquello como un arma. Rápidamente comenzaron a llamar a Porpora para que cantara en las fiestas mayores por todas las iglesias. Desde la catedral hasta el último barrio, todo el mundo acudía a escuchar al joven prodigio Farinelli.

A los pocos meses, mi fama empezó a extenderse por otras ciudades que demandaban a las autoridades eclesiásticas la presencia del prodigio divino para hacer ofrendas. Confiaban en mi voz para combatir la sequía o para obrar otros milagros, sin saber que mi maestro jamás estuvo sometido a ningún poder de la Iglesia y que disponía de su alumno por libre, sin atenerse al mandato de nadie.

Menos mal que fue así. De lo contrario no habría pasado de convertirme en un monaguillo con voz que, con un poco de fortuna, algún día llegaría a cantar en el Vaticano. Pero mi arte, pese a que comenzó a reverenciarse como don divino, era pura carne y estaba reservado para los caprichos de los mortales. Serían precisamente ellos quienes lo convertirían en inmortal, como toda la vida ha sucedido.

El entorno de lo que conocemos como Italia le importaba poco a Porpora. Sabía que era un paso tan fundamental como irrenunciable, y creía que la verdadera gloria vendría de Austria, a la que quiso siempre rendir homenaje. Por eso fue directamente al grano y para lanzar mi carrera preparó una serenata con motivo del cumpleaños del emperador: *Angelica e Medoro*, que se estrenó en casa de Antonio Caracciolo, príncipe de Torella.

Fue delante de toda la alta sociedad napolitana, reunida en su palacio. Yo salía de un retiro en casa de Porpora más bien monacal, consagrado en cuerpo y alma a la música y a mi formación, para lo que no necesitábamos grandes alharacas ni prendas demasiado incómodas que entorpeciesen nuestra dedicación diaria. Ésta apenas se interrumpía más que para comer y dormir bien, porque Porpora siempre insistió en que me tomara los descansos diarios pertinentes. Por la noche, no menos de diez horas de sueño, y después de cada almuerzo, un reposo de una hora.

Me sorprendió la actitud de aquella gente. Sus vestidos, los ropajes, el lujo exuberante que desprendían entre el tejido y los gestos, demasiado rimbombantes. El aroma de los perfumes mezclados con los licores que impregnaba las paredes y los ventanales me mareaba un poco y sobre todo me desconcertaba, tan acostumbrado como estaba yo a sentirme aliado del incienso de las iglesias. Pero lo que en un principio creí que iba a acabar en pura degeneración y arruinado por un público al que lo que menos le importaba era la música, terminó convirtiéndose, contra el palpito de mi titubeante instinto, en un momento mágico que jamás he borrado de mi recuerdo.

Todavía revivo en mi mente con cierta justicia el aleteo de los abanicos, los rostros excesivamente pálidos de las damas, sentadas en sillas doradas que quedaban cubiertas y anuladas en luminosidad por el movimiento de sus escotes. Gracias a Dios, eso jamás me ha hecho perder la debida concentración. Sí reconozco que en su día me llamó la atención. Aunque, bien es cierto, no a la altura de mi adorado Casanova.

Pronto, aquel y otros acontecimientos en algunos salones aristocráticos traspasaron las fronteras. No puedo más que mostrar agradecimiento por varios comentarios que se hicieron entonces, como el de un viajero alemán, un tal Keyssler. Según él, mi habilidad al vocalizar y la belleza de mi voz no admitían comparación con nadie. La primera cosa es importante, al fin y al cabo las cuestiones técnicas hay que dominarlas, pero es la segunda la que define la línea que separa a los tocados por la gracia divina del resto.

El comentario de este trotamundos germánico seguramente alegró mucho más a Porpora que a mí. Al fin y al cabo era un pequeño triunfo suyo que, gracias a testigos como Keyssler, se propagaría por el norte de Europa y sobre todo en la corte donde él soñaba con triunfar, en Viena.

Sin embargo, ahora que rememoro y coloco en la balanza aquella historia, algo se impone sobre toda la gloria que nos reportó nuestra primera presentación pública seria. Gracias a *Angelica e Medoro* tuve la inmensa suerte de conocer a quien entonces era un joven siete años mayor que yo, enamorado hasta lo más profundo de su ser de Marianna Benti Bulgarelli, la cantante que interpretaba el papel de Angelica. Hablo del gran poeta romano Pietro Trapassi, al que ustedes recordarán mejor como el gran Metastasio.

Nuestra amistad ha durado toda la vida. Ha vencido todas las intrigas, todas las envidias que almas más insignificantes que las nuestras estaban dispuestas a contagiarnos. Sesenta años hace que nos conocemos. Éramos almas gemelas y rápidamente nos dimos cuenta. El hecho de que sigamos compartiendo secretos en nuestra correspondencia me llena de orgullo y da sentido a mi vida, no sólo por el tesoro de la amistad, sino también por el arte de haber sabido conservarla. Más cuando nos separa hoy una amplia distancia, ya que él vive en Viena, de donde me llegan noticias tuyas bastante a menudo.

La conquista de Italia comenzó rápido. Con Nápoles deslumbrado, no nos costó mucho trabajo recalar en varias ciudades del sur. Otra cosa es el esfuerzo, aquellos viajes en carrozas de madera noble que te acababan atravesando las posaderas con los baches. Y los vaivenes destrozaban los riñones de cualquier gladiador.

Pronto llegamos a Roma. Allí había triunfado ya mi maestro con *Berenice, regina d'Egitto*, que había escrito junto al fantástico Domenico Scarlatti. Recuerdo que mi maestro me despertó al vislumbrar la cúpula de San Pedro a lo lejos, a través del camino polvoriento que nos transportaba desde el sur. Estaba cayendo la tarde; media hora después no la habríamos visto. Pero tuve la suerte de que aquélla fuera mi primera visión real de la capital de nuestra civilización a punto de fundirse con Farinelli.

No olvidaré ese primer tono grisáceo y pardo que todavía me sigue impresionando. El de la huella del imperio, el de la madre de cuanto hemos llegado a ser. Una luz rojiza comenzaba a atravesarla y desde el momento en que la pude ver hasta que cayó la noche no aparté ni en un pestañeo mis ojos de ella. Nos alojamos en casa de Alessandro Scarlatti. Generoso como era el músico, nos ofreció cobijo en nuestros primeros días allí, hasta que logramos un aposento propio. Él se encontraba de viaje, así que no pudimos disfrutar de su presencia ni de la de su hijo Domenico. El destino quiso cruzarme después con este último en varias ocasiones. Domenico y yo compartiríamos pasiones conjuntas, sobre todo por dos nombres que nos han tocado en lo más alto de nuestro ser: nuestra señora la reina Bárbara de Braganza y España.

Faltaría tiempo para mi consagración ante el público en la catedral del mundo durante mi primera estancia en Roma. Pero nos tocó la suerte de que

ésta se produjera muy pronto. Fue en 1722, algo que conoce a estas alturas toda Europa. Debo mi gloria al reto de una trompeta, como ya sabrán. A la ciudad ya habían llegado ecos de mi fama acrobática. Cualquier buen aficionado a la música sabía que era capaz de entonar más de cien notas sobre una sola sílaba y en una única respiración. Pero querían comprobarlo.

He tenido noticia de cómo lo contó hacia 1770 ese viajero inglés llamado Charles Burney. Dejó escrito en alguna de sus magníficas crónicas que cada uno de los dos músicos en duelo demostrábamos el poderío de nuestros pulmones y que intentábamos sobrepasarnos el uno al otro como en una carrera de esbeltos galgos en fuerza y brillantez.

Cuenta también Burney, que, además, me ha visitado en Bolonia, cómo lo mismo ejecutábamos al tiempo un *crescendo* que cualquier otra pirueta. De hecho, a veces el trompetista se detenía convencido de que el cantante no podría seguir. Un falso aviso. Porque yo, desde el escenario, mostraba con una sonrisa lo mucho que me estaba divirtiendo en esa batalla.

Es curiosa la materia de la que están hechas las leyendas. No dudo que me gusta el relato de Burney, pero a fuer de no faltar a la verdad debo decir que siempre he podido hacer gala de grandes dotes teatrales. El empuje del público también es algo que está llamado a cambiar la historia. Estoy seguro de que en una sesión privada, metidos en una habitación, ninguno de los dos hubiéramos llegado a tanto. Pero el olor de un teatro lleno, la atmósfera que te atraviesa el cuerpo, el aliento de aquellos seres enjaulados en la prisión del éxtasis producido por la música, las caras maravilladas de un público que está dispuesto a creer en ti nos enloquecían. Y, sobre todo, la promesa de la gloria. Sencillamente no puedes fracasar sobrepasado por el abrupto gesto de la derrota y el desfallecimiento.

Juro ante Dios que aquel día estuve a punto de morir en el intento. Supongo que el trompetista, de quien me vienen a la memoria aquellos mofletes inflados como globos y un pañuelo inseparable con el que petrificaba su sudor, también. Pero que todos los presentes se merecían pasar a la historia lo mismo que yo gracias a aquel momento irrepetible, sólo Dios lo sabe. Afirma Burney que, después de las paradas del trompetista, mi voz regresaba con un vigor renovado y que entonces acometía pasajes más rápidos y difíciles, sólo interrumpidos por las aclamaciones.

Aquella noche fue la primera vez que comprendí el significado de esa palabra. Por más que te la describan, por más que te la relaten artes de poeta como ya me había intentado transmitir el propio Metastasio, no comprendes su dimensión hasta que no la sientes en las tripas. Estos órganos son los que en ese momento más se confunden con tu alma y esa mezcla suele transformarse después en lágrimas para dar fe de un fenómeno sólo reservado a pocos mortales.

Fue entonces cuando alcancé a entender ese arranque, esa fuerza que te empuja a seguir. Ay de aquel teatro que jamás haya sido testigo de una aclamación. Ay de aquel teatro que no haya ahogado las notas de sus cantantes y sus ídolos con un terremoto de aplausos, de gritos, de entrega. Le comenté a Casanova en su última visita que habiendo disfrutado de esto durante muchas noches en mi vida: ¿para qué habría necesitado el suspiro de una sola mujer?

5

En Roma viví mi segundo bautismo. Pero mi maestro Porpora pensaba que aún no estaba preparado para mi gran debut. Creía, después me lo confesó así, que debía endurecer mi madera de astro. Me encontraba demasiado blando, muy condescendiente, sin haber aprendido todavía a tomar la distancia que se supone a los seres divinos de la ópera. El teatro para mí debía prolongarse más allá de los escenarios y era preciso que supiera trasladar esa manera de estar en las tablas a la vida.

Yo tendía a tratar todo con demasiada naturalidad. Tenía encanto, pero se me adivinaba bondad. Poseía don de gentes, pero me traicionaba una excesiva comprensión y afecto con el público, los maestros y, sobre todo, los empresarios. Según Porpora, no debía dejar traslucir en ningún momento agradecimiento por dejar que me escucharan. Más bien lo contrario: el favor partía de mí porque eran ellos quienes debían convencerse de que se los estaba tratando con deferencia. Les habíamos dado la oportunidad de escuchar la voz capaz de hacerles ganar mucho dinero en el futuro.

Me costó un gran esfuerzo adoptar esas primeras maneras de divismo. No se implantarían en mi ánimo por convencimiento, sino por obligación. Hubo ocasiones en que Porpora me lucía poco. Yo debía callar y mostrar impaciencia por retirarme cuanto antes, pero no sabía hacerlo. A veces quería disfrutar de la compañía de mi público y escuchar todas las sensaciones que les producía mi canto. Pero, según Porpora, un *castrato* como yo, un elegido, sabe perfectamente cuáles son esas sensaciones: qué da y qué recibe. Una figura privilegiada como la mía debía ahondar y profundizar en su misterio. Cultivar la soledad, mostrarse en contacto con algo superior y hacer como que no entendía o no se interesaba por las cosas de este mundo.

Yo, Farinelli, debía poco a poco desprenderme de humanidad para revestirme de divinidad. Por eso, en aquella época seguimos retrasando mi lanzamiento definitivo al mundo y al resto de Italia, una cita que iba a culminar en Venecia. Pero antes de asentarnos allí, en la cuna de nuestro arte, en la ciudad del teatro, nuestra auténtica y casi única meca, debíamos aprender algo fundamental: cómo llegar.

Así que alargamos nuestra estancia en Roma y Nápoles un tiempo más. Necesitábamos probar también algo que obsesionaba a Porpora de una manera un tanto irracional e inconsciente: la preeminencia y la más alta calidad de los *castrati* napolitanos sobre todos los demás. Yo sería el encargado de atestiguarla ante el mundo.

No le faltaba ambición a Porpora con ese reto. Los *castrati* más afamados del universo se preparaban en San Petronio, en Bolonia, en San Gennaro, Nápoles, y por supuesto, en la Capilla Sixtina del Vaticano. Así que retar al reino de Dios en la tierra no era una labor que debiera tomarse a la ligera. Sencillamente, eso podía haber acabado con nuestras carreras y convencer a la humanidad de nuestra inexistencia. Pero tal era la seguridad en mis aptitudes por parte de mi maestro, que no paró hasta convencerse de que lo había conseguido. «A nada que se os escuche, nadie podrá negar ni esconder la evidencia», me contaba.

La evidencia consistía en que yo, Farinelli, según mi maestro, estaba llamado a ser el cantante más grande de todos los tiempos. Pero había algo que tampoco me cuadraba en esa intención. Jamás me lo confesó, aunque yo adivinaba su convencimiento en sus gestos y su actitud cada vez que me escuchaban miembros de alguna de aquellas escolanías. Se le dibujaba una sonrisa altiva en los labios y rechazaba por falta de tiempo acudir a impartir clases en esos centros. Menos, por supuesto, en el Vaticano, donde logró hacerlo y desveló tan sólo una ínfima parte de sus métodos sin que ellos se dieran cuenta.

Tampoco entendían una cosa: yo era la excepción a la regla. Había aprendido por libre, con él, ajeno al método de las escuelas napolitanas. Aunque no pueden evitar formar a los muchachos en lo más hondo de la música sacra, nunca iban a ser capaces de impedir, en los casos mejores, que sus pupilos pasaran rápidamente al mundo de la ópera. En dicho terreno

podían enriquecerse más que en las sacristías o en la oscuridad pétreo de los bancos corales de las iglesias, encomendados a Dios.

El arte de Farinelli había ido creciendo aparte de todo aquello. Estuvo consagrado a un auténtico privilegiado que, ya a esas alturas de formación y exposición, no iba a causar problemas. Más cuando se le presentaba delante un futuro prometedor. Pero la ambición de Porpora iba más encaminada a satisfacer su amor propio que el bolsillo. Eso me ayudó también a entender lo que él trataba de enseñarme sobre el comportamiento. Cultivaba un divismo privado, una especie de leyenda que se iba labrando todas las noches frente al espejo y que en gran medida era el alimento de su fuerza moral.

Primero demostró su supremacía en Roma. Poco después, cuando ya corría el año 1727, si no recuerdo mal, llegamos a Bolonia para dejar en su sitio a los hijos de San Petronio. La entrada en aquella ciudad de la planicie, rodeada de campo bien labrado, en terrenos perfectamente ordenados y delimitados, me produjo buen pálpito. No sé si tanto como para pensar que acabaría aquí mis días, pero sí recuerdo un aire transmutado en paz de espíritu. Exactamente lo que yo, a mi salida de España, quise buscar. Me gustó también su edad, completamente opuesta a su aspecto. Bolonia es una ciudad joven; medieval pero joven. Los edificios marrones, oscuros, de una altura superior a la media italiana y un color propio, le confieren una extraña personalidad. La plaza del Duomo, majestuosa, queda permanentemente sumergida en un bullicio alentado por mercaderes y estudiantes, que prefieren aire fresco y horizontes anchos a la asfixiante estrechez de las aulas donde adquieren sus conocimientos o al silencio opresor de las bibliotecas. Ellos son los que verdaderamente marcan la edad de esta ciudad eterna.

Vimos carteles por todas las esquinas. El público boloñés, un caso aparte en Italia por su amor al arte *castrato*, iba a acudir en masa al teatro Malvezzi para escuchar a ese joven napolitano que había doblegado a una trompeta en Roma. No sólo iba a cantar *La fedeltà coronata, ossia l'Antigona*, de Orlandini, sino que, además, planeaba batirse en duelo público con la gran figura local: el fascinante Antonio Maria Bernacchi.

Llegamos con varios días de antelación. Tanto a Porpora como a mí nos gustaba impregnarnos del aire de cada ciudad cuando acudíamos por primera vez y adecuar mi voz a la escala de cada teatro. No en todos los lugares que

visitábamos resultaba fácil esa comunión con el espacio. Pero en Bolonia cada detalle se dio a pedir de boca gracias a las atenciones del conde Sicinio Pepoli, mecenas y uno de los directivos del teatro.

Nos alojó en la mejor posada, dispuso a los músicos de la orquesta para que pudiéramos ensayar en cualquier momento las horas que fueran necesarias. No nos faltaba capricho. Cualquier cosa que pidiéramos, Pepoli nos la proporcionaba. Luego descubrimos el secreto de tan buena disposición: aquel aristócrata que vestía con una arrogancia poco común entre el más bien sobrio estilo boloñés, con casacas rimbombantes y llenas de colorido, pasó a manejar los hilos de mi carrera con una eficacia que a Porpora y a mí mismo nos dejó sorprendidos.

No le costó decidirse después de mi debut. Bernacchi y yo no nos habíamos querido ver. Tampoco Porpora ni su maestro, el también célebre *castrato* Francesco Antonio Pistocchi, habían convenido nada al respecto. Todos queríamos que no existieran ventajas ni desventajas, amaños ni pactos secretos que echaran a perder el milagro del encuentro. Nos jugábamos mucho: Bernacchi, su supremacía regional; yo, Farinelli, el futuro, la consagración, esta vez contra un instrumento como el mío.

El teatro se había llenado horas antes. Destacaba el bullicio, muchos comían y bebían; casi todos reían con una emoción aplazada, muy ansiosa. Algunos jugaban a los naipes pero todos apostaban entre el veterano con quince años de carrera y el joven de veintidós que quería comerse el mundo. Se veían vestidos de gala, sotanas, uniformes, y en los rostros de las damas resaltaba más el colorete que la palidez. Había mucha gente de pie, los pasillos no existían, anegados por un tumulto de pelucas grisáceas y amarillentas en la mayor parte de los casos. Pepoli y sus directivos habían hecho buena caja. No sólo acudieron boloñeses al evento, también se acercaron gentes de las ciudades de alrededor, de Ferrara, de Módena, de Ravena, de Reggio Emilia, incluso de Parma.

Comencé yo, pero no quise mostrar todas mis armas en una primera proeza que se prestaba a ello. Las apoyaturas, las ascendentes y descendentes, las más de cien notas en una sola bocanada de aire: todo llegaría después para dejar sin argumentos a cualquier defensor del arte de Bernacchi en contraposición al mío. Cada uno de los dos volvíamos sobre nuestras

demostraciones y tratábamos de mejorar y aumentar los ornamentos, las florituras... La maravilla, porque nunca un arte ha merecido mejor calificativo que éste cuando se trata de un duelo entre dos *castrati* como nosotros: la maravilla.

Aquella noche, ese atributo conoció nuevas dimensiones. Yo me sorprendí a mí mismo de mis propias posibilidades, y es que el escenario se convierte en el único lugar donde uno puede superar sus experimentos, alentado por una energía desconocida. La que empujan los suspiros de un público que es inconsciente, igual que tú, de los propios límites y te ayuda a superar cualquier barrera autoimpuesta.

Bolonia fue testigo de todo eso, de una noche irreal que, por supuesto, pasó a la historia. Bernacchi y yo estrechamos sobre el escenario del teatro Malvezzi, ante el delirio de un público fascinado, una unión que duró toda la vida. Pocos *castrati* forjaron de esa forma amistades irrompibles; más bien lo contrario. Pocos hubieran imaginado un futuro así con Caffarelli o Senesino. Pero Bernacchi y yo estábamos hechos de otra pasta, la de los que saben lidiar con la grandeza y por tanto sacarle partido.

Enseguida supe que Bernacchi tenía mucho que enseñarme, como así fue desde entonces. Sobre todo, cómo durar. Perder el miedo a quedarme mudo, poder resistir en un mundo que todavía me asustaba. Él había gozado de una carrera larga, contaba entonces con sus mejores armas y las sabía aprovechar. Ese poder de la experiencia siempre me pareció mucho más indestructible que la rabia de la juventud, pero quería conocer el secreto de mantener ambas de algún modo. Yo, Farinelli, por aquel entonces sólo conocía la segunda. Para ser capaz de atrapar la primera tendrían todavía que pasar algunos años...

6

En Bolonia aprendí a poner los pies sobre la tierra. Hasta mi primera llegada a la que sería la ciudad de mi retiro, de mi último aliento, como he decidido ya sin remisión, había vivido rodeado de una nube de formación, disciplina y canto. En un sueño que me permitió de golpe olvidar mis primeras amarguras vitales, como la muerte de mi padre y la que hoy entiendo fue una brusca separación de mi familia. Aprendí a convivir en la lejanía con el recuerdo de mis años felices sin ser muy consciente de que jamás se repetirían.

Del mismo modo, supe manejarme sin un cariño explícito, sin las caricias de mi madre, la complicidad de mis hermanos, la decisiva admiración de mi padre. Por más que el maestro Porpora se empeñó en sustituir todo eso con sus atenciones, ahora creo que jamás logró acercarse a la felicidad que experimenté en mis primeros años. Bien es cierto que no tuve muchos problemas en adaptarme a una adolescencia laboriosa pero cómoda y digna de envidia. En la que el elogio se convirtió en una costumbre y el mundo funcionaba de manera mecánica sin que yo me planteara dudas sobre lo que fuera a venir, ni experimentara temor alguno por cómo discurriría mi vida.

Cualquier duda, cualquier sombra quedaba disipada sistemáticamente por Porpora, que introdujo en mí una seguridad basada en la fortaleza y la confianza en mis posibilidades, cada día superadas en todas sus variantes. Junto a Porpora aprendí a sentirme indestructible y todas las virtudes que deben adornar el espíritu que propicie esa naturaleza: a ser comprensivo con quienes competían conmigo, generoso con los menos dotados, espléndido con cualquier imbécil que buscara mi ruina por envidia y a saber hacerlos caer por su propio peso, esclavos de sus propias limitaciones para que así sufrieran algo más pero se aplicaran una penitencia capaz de salvarlos del ridículo. Una

cierta actitud magnánima es la que se impone de por vida para conservar tales dones divinos fuera de peligro. Era así como debían comportarse los seres superiores con respecto a aquellos con quienes la gracia no ha contado en absoluto. Ni siquiera para hornear pan, un arte digno de encomio, ni para construir un puente o, como es mi caso, entregarse a la sublime excelencia del arte.

Estas enseñanzas y esa fuerza de carácter me vinieron bien en los años que pasé en España, rodeado de toda una corte de seres excelsos y miserables al tiempo. Pero lo que siento es no haber tenido suficiente arrojo para hacerle ver esto al joven músico que no hace mucho se acercó a visitarme con su padre. Wolfgang Amadeus Mozart, se llama, y bien es cierto que le auguro, y le auguré entonces, un futuro prometedor.

Unos catorce años, no más, tenía cuando vino a verme. Tocó el viejo teclado de mi salón y juro por Dios que jamás había atestiguado tanta destreza, tanta música digerida en un cuerpo tan joven fluyendo de manera insultantemente natural de la cabeza hacia aquellas manos tersas, pálidas, aunque demasiado adornadas por ropajes no aptos para su edad. Estaba obsesionado por componer óperas al estilo italiano y me hacía preguntas casi obsesivas sobre el alma napolitana de mi canto.

Yo le insistía en que la ópera era un fenómeno eminentemente veneciano y que allí se había creado como tal, pese a que la influencia napolitana impregnó y redondeó la grandeza de este arte hasta convertirlo en una excelencia universal, en la más suprema de todas las creaciones.

Pero en lugar de perdernos en disquisiciones musicales y en exhibicionismos placenteros, como fue verle tocar y ser testigo directo de su música, debería haberle dedicado más tiempo a enseñarle a *lidiar*, como dirían en mi querida España, con aquellos monstruos que buscarán destruirle por pura envidia. Así será: no hay duda de que está tocado por el siempre caprichoso dedo de los dioses.

Consejos prácticos, una manera inteligente de ejercer el desprecio hacia la mediocridad, artes para pasar por encima de los bobos con poder que busquen entorpecerle. Un método para dominar la soberbia, el carácter que a todo genio debe acompañarle pero nunca de manera patente. Lo digo porque quedé preocupado con ese aire de superioridad que adiviné en él. Una actitud

que no creo que su padre sea capaz de transmitirle de manera acertada. El hombre me pareció un violinista más enamorado de la gloria que le pueda dar su hijo que de la propia felicidad de éste.

En fin, ojalá sepa salir adelante. Sólo deseo que Dios le proporcione la suerte necesaria para saber manejarse en este mundo, tan absurdo como sublime, tan generoso con sus hijos como cruel con quien cae en desgracia, tan depositario de la felicidad como guardián de las más horribles condenas, en el que yo, felizmente, he sabido conservarme vivo y activo hasta el fin.

Pero volveré a reencontrar a Mozart más adelante, en este relato de mi vida que quiero dejar para la posteridad, yo Farinelli, capón y súbdito de Sus Majestades los reyes de España, paradigma de la música italiana, el *castrato* al que más gloria se le haya otorgado en toda la cristiandad.

Muchas veces me pregunto cómo he podido sobrevivir sin demasiadas dificultades, cómo fui capaz de encontrar serenidad en mitad de toda la vorágine, salvar los afilados y ocultos cuchillos de las intrigas, desenvolverme entre los caprichos nunca predecibles de los poderosos. No creo que se debiera a mi talento musical. Eso ayudó, es cierto, y lo que de ello se ha derivado se lo debo a mi padre y al maestro Porpora. Pero ellos tampoco supieron, y quizá no creyeron jamás, que fuera necesario enseñarme otras cosas más prácticas.

Quizá porque nunca pensaron que fueran de utilidad. Aunque aquello era demasiado prejuizar con respecto a un mundo que, ahora veo, ambos debían de tener demasiado idealizado. Por eso Bolonia cambió mi vida y me hizo crecer. Los encuentros con Pepoli y Bernacchi fueron fundamentales para que ese lado práctico se desarrollara en mí. Puede que nunca lo hubiese necesitado, pero no me venía mal aprenderlo.

Gracias a Dios, he contado siempre con una inteligencia natural, con un talento instintivo para la vida. Pepoli enseguida lo descubrió. Sólo al principio se atrevió a tratarme como a un *castrato* de esos que venían a sus teatros para ser adulados y atendidos en todos sus caprichos nimios hasta el delirio. Enseguida supo que para conseguir lo que quería debía ganarse mi respeto de la única manera posible: tratándome como a un ser inteligente, nada banal, sabedor de lo que quería en la vida; como a una persona digna.

Por supuesto que acepté sus honores y sus atenciones primeras. No era

cuestión de adoptar para que se diera cuenta un comportamiento opuesto; habría constituido una terrible e imperdonable falta de educación. Pero él, un ser muy inteligente, un auténtico escudriñador del comportamiento humano, sobre todo de los artistas, esa raza con la que le había tocado tratar más a menudo, generalmente para su desgracia, supo ver en mi constante amabilidad apenas fingida, en mi manera de agradecerle los favores, a un igual. No a un patético mono infantil al que pudiera dominar a su antojo.

Pese a que Porpora me llamó la atención al respecto, por hallarnos en plena enseñanza de mi actitud distante con los mortales, quedó convencido al instante, en cuanto oyó mis argumentos, de que la táctica correcta a seguir con Pepoli debía ser la que yo proponía. Rápidamente supo que aquel aristócrata espabilado y ambicioso sería la persona indicada para enseñarme cosas que él no sabría aportarme.

Tras mi duelo con Bernacchi surgieron las primeras ofertas: los teatros que él dominaba con las puertas abiertas y mi definitivo regreso a Venecia asegurado con un éxito que Porpora siempre temió no poder garantizarme de manera sólida, sin riesgos. Llegaríamos allí los tres, juntos, en una alianza que nos haría conquistar todavía muchas de las cosas que se encontraban fuera del alcance de maestro y pupilo. Por mucho talento que aportáramos, los contactos, la suerte se revelaban variantes fundamentales en nuestra carrera, y esas dos cosas vendrían con más seguridad de la mano de Pepoli que de nuestras voluntades, por muy grandes que éstas fueran.

Para llegar hasta él, para que nos abriera las puertas de Bolonia, las relaciones públicas habían sido necesarias. Fuimos recomendados por la familia Colonna, unos parientes suyos romanos que me habían oído cantar. Concretamente por Fabrizio Colonna y por el cardenal Carlo Colonna. Este último le advertía ya en su carta que yo no iba a necesitar de su intermediación en el momento que me escuchara cantar, como finalmente ocurrió.

Bernacchi, por su parte, me aportó aplomo, más seguridad en el futuro, una carrera que podía hacer durar y no echar a perder, como hicieron tantos otros que, con talento equiparable al mío, quedaron en el camino. En mi relación con él, Porpora no acusó ninguna pega, ni siquiera sintió celos porque fuera a aprender de él enseñanzas eminentemente musicales. Porpora

sabía que Bernacchi iba a enseñarme cosas que él jamás experimentó en su propia carne: la convivencia con mi voz, la manera de ahuyentar los temores a perder nuestra herramienta fundamental. Más cuando ésta no era hija de la madre naturaleza, sino de una necesaria desviación de la misma aunque, bien lo sabe Dios, con fines supremos.

Ésa ha sido la mayor y más impagable sabiduría que he podido heredar de su dedicación a mí y su atención. Bernacchi me ayudó a sobrevivir físicamente en este mundo, a conservar el instrumento delicado, maltratado, que de no haber sido por él habría perdido mucho antes. Gracias a sus consejos conservé la cabeza fría ante las más suculentas ofertas, ante las tentaciones más jugosas a las que se puede enfrentar un cantante. Su sabio y buen juicio me alejó más de una vez de trampas disfrazadas de éxito fácil y seguro, del «pan para hoy y hambre para mañana», que diría el refranero español.

Esas dos vertientes, la de Pepoli y Bernacchi, han hecho de mí un cantante mucho más dotado, mejor preparado para soportar los golpes que llegaron después, más armado de artimañas, más sólido y decidido en la elección de un repertorio propicio. Porpora, ellos dos y el reencuentro en Roma con mi hermano Riccardo me proporcionaron las armas necesarias para dar el paso decisivo: mi llegada a Venecia, a la que iba a regresar tres años después de mi primera aparición.

7

Había vivido ya demasiadas emociones. Era, por aquellas fechas, en el año 1728, plenamente consciente de mis facultades y mis futuros triunfos. Sólo tenía en mente un nombre: Venecia. Y una palabra: el teatro. Pero antes de recalar en la ciudad que me convirtió en mito, Porpora decidió pasar por algún destino más, rodear la vuelta a Venecia con apariciones previas en Milán y en Múnich, aparte de una escala en Roma para coger fuerzas.

Para un *ragazzo* del sur, descubrir la riqueza del norte podía ser algo tan traumático como deslumbrante. Recuerdo la altivez de Lombardía, la elegancia y la coquetería de los hombres, exactamente igual que la de sus mujeres, una organización para mí desconocida en toda la península, la sonoridad de su acento, una desconcertante sabiduría musical, por discreta... Todo eso me hace pronosticar para la posteridad una certeza: hablamos de una ciudad que, no muy allá, se convertirá en el centro de la ópera mundial.

En verano el clima era agradable y decidimos huir más hacia el norte que al sur. Así que Porpora lo dispuso todo para mi aparición en Múnich. Más de una semana nos tomó el viaje por lagos y paisajes que conservaban las nieves del invierno. Pocas veces había experimentado la vastedad de un entorno como el de los Alpes.

Para mí, la montaña era símbolo de poder y respeto, porque crecer junto al Vesubio ofrece ese tipo de anclajes entre el espíritu de las cosas indefinibles y la tierra, que nos regala todas las metáforas. Salvo cuando te encuentras al pie de los Alpes y te es imposible equiparar tus sensaciones con algo palpable.

Las praderas verdes, el sonido constante del agua, las nubes repentinas, esa incertidumbre del sol acongojan la sensibilidad de un pobre napolitano la

primera vez que las descubre. Nuestra fortaleza proviene de una lucha contra los elementos que es justamente la contraria, porque nuestro entorno es una hoguera de luminosidad y sequías continuadas, con peticiones y misas a los santos y al Señor para que nos bendiga con lluvias.

A través de los Alpes comprendes que los peligros son otros. Las montañas devolvían el eco de nuestras voces como en un reto del que no queríamos forzar las consecuencias porque podíamos provocar, nos dijo el cochero, aludes y desprendimientos con riesgo de despeñarnos contra las rocas. Era aleccionador saber que la dimensión humana y artística de alguien que se cree invencible puede estamparse y quedar con el cráneo abierto contra un pedrusco.

El viaje se tornó en toda una lección de humildad. Pero Múnich nos devolvió la grandeza que nos había legado la monstruosidad de aquel paisaje, ya muy suavizado en Baviera. Su público es cálido, no tan docto como el milanés, pero refinado y abierto. Explosivo a veces, como cuando atacé algunas arias de bravura, que agradecieron con silencio y atención máxima. ¿Qué más se puede pedir en un escenario? Sobre todo cuando llegas de unas tierras como las italianas, en las que el respeto para el artista es un lujo difícil de conseguir y los teatros son más plazas, mercados y burdeles que templos artísticos.

El regreso a Roma fue lento, pesado. Rápidamente nos vimos obligados a cambiar la brisa refrescante de las montañas por el calor asfixiante del sur que ya se iba notando en las regiones más próximas a la Toscana. Eso para mí no era problema, porque el cansancio me hacía dormir como un chiquillo, pero en Porpora provocaba insomnio y malos humores, irritación y una paciencia limitada que le hacía insoportable en las clases con las que intentábamos hacer volar el tiempo.

Llegamos a Roma a finales de agosto y allí me topé con una sorpresa que también me hizo feliz. Mi hermano Riccardo andaba por la ciudad y pronto hicimos por reencontrarnos. La ausencia mutua había sido demasiado larga y yo sentía la necesidad de recuperar los afectos y la seguridad de mi familia antes de enfrentarme a la prueba definitiva de mi carrera.

Recuerdo que lo reconocí nada más verle acercarse por la calle. Yo miraba a los viandantes y los descartaba uno a uno hasta que claramente

apareció. Llegaba con sus andares lentos, pausados; siempre fue más tranquilo, más sereno que yo. Había heredado esa pulcritud de caminante de mi padre, mientras que yo conservaba el paso más acelerado de mi madre.

Su parsimonia me había hecho perder muchas veces los estribos, pero hasta que no la reconocí de nuevo junto a la casa donde nos alojábamos en Roma no me di cuenta de lo que la añoraba. El reencuentro con Riccardo iba a ayudarme precisamente a recomponer una medida de las cosas que estaba a punto de perder. Había engordado: aunque siempre tuvo mofletes y entrecejo, esta vez se había ensanchado más. La pasta con legumbres napolitana que siempre le había hecho perder el juicio fue su consuelo en los años duros de sus inicios.

Ya en nuestra tierra nos habían separado, pese a que los dos íbamos a estudiar en el conservatorio de Santa Maria di Loreto. Yo, finalmente, acabé con Porpora, que me formó con dedicación exclusiva en su casa, mientras que Riccardo se vio obligado a someterse a la disciplina coral de un internado. Al salir había tenido algo de suerte. Le encargaron una obra sacra para el festival de San Biagio, que se estrenó en la iglesia napolitana de Santa Maria del Popolo degl'Incurabili, donde empezó a hacerse con un cierto nombre.

Pero su éxito más celebrado hasta el momento fue el de su primera ópera bufa, *La vecchia sorda*, estrenada en el teatro Dei Fiorentini. Toda una verdadera demostración de un arte que consagró después el malogrado Pergolesi, con quien la historia, aún no comprendo por qué, ha sido hasta el momento más generosa que con mi hermano.

Ya se sabe que la muerte de un joven es un certificado para la eternidad terrena. Sólo espero que esta longevidad mía no aminore un ápice mis huellas, aunque un buen propagandista no me vendría mal para esa ambición incierta que nos alienta a ciertos artistas. Pergolesi ha tenido sus valedores; mi pobre Riccardo, a quien el Señor me arrebató demasiado pronto, cuando estábamos en España, no ha contado con ellos.

Probablemente, él no debería haberme acompañado en mi viaje y estancia en el reino borbón. Por allí son pocos los que muestran interés por dejar constancia histórica de las cosas que suceden en el ámbito del arte. Más bien resultan asuntos que se desprecian, bien por envidia, bien porque se prestan

más oídos a otras costumbres para mí incomprensibles como la de la tauromaquia, espectáculo sangriento y absurdo donde los haya, ahora que puedo expresarlo una vez fuera.

Pero eso son conjeturas que no vienen siquiera al caso en este momento de gloriosa memoria. Lo importante, lo que debe ocuparme en la escritura, es el feliz reencuentro entre mi hermano y yo. En algún momento pensé que lo viviríamos como pasajero, pero la sorpresa me la llevé al poco de mirarnos de arriba abajo. Al instante nos reprochamos nuestros desgastes y dimos el primer sorbo a nuestros refrigerios.

¡Estaba componiendo una ópera para mí!

L'Isola d'Alcina, se llamaba, y sería la primera piedra de nuestra conquista conjunta de Europa. Tanto mi maestro Porpora como nuestro valedor Pepoli sabían que, tarde o temprano, Riccardo y yo volveríamos a juntar nuestros destinos. Porpora siempre lo aceptó de buen grado y le ayudó a escribir para mí las partes que mayor gloria debían darme, así que la noticia nos obligó a los tres a brindar con licores en el día de nuestro reencuentro.

También nos forzó a retrasar un tanto más nuestro viaje a Venecia. La ópera estaba prácticamente terminada y a punto de ensayo para ser estrenada en octubre, así que decidimos posponer el traslado hasta noviembre, justo a tiempo para estrenar alguna cosa cara al Carnaval. Ni que decir tiene que la aparición en escena de los hermanos Broschi suscitó una expectación importante. Farinelli ya era conocido en Roma y la curiosidad por comprobar si el talento de su hermano estaba a la altura animó a mucha gente a entrar en el teatro.

Desde entonces amplí mi gusto por los triunfos compartidos, algo que otros divos jamás aprenderán a disfrutar. Aunque tampoco es fácil acostumbrarse a los fracasos en común, y en esta hora en la que el papel se convierte en el implacable espejo de mi vida debo decir que, si bien nuestro primer encuentro en escena juntos fue un éxito en Roma, también nos tocó saborear la hiel de alguna derrota.

8

Estaba ya más que preparado para volver a Venecia. De nuestro primer viaje, que se produjo si no me equivoco allá por 1725, cuando debuté en el teatro San Cassiano, hasta el momento no me había sentido obligado a citar nada relevante porque fue más un primer acercamiento que un verdadero triunfo.

Mi auténtico idilio con Venecia comenzó tres años después, en 1728. Con veinte años era todavía demasiado joven como para haber resistido la responsabilidad de una victoria temprana en la capital de nuestro arte. Porpora hizo bien en retrasar la época de mi reinado veneciano hasta tres años después. Habíamos dejado la mejor impresión en el teatro San Cassiano, una de las cunas de la ópera. Esa medida de ansiedad justa para quienes verdaderamente amaban el canto, que son quienes acaban consagrando a las figuras.

El regreso me produjo el mismo escalofrío que la primera llegada. Venecia es una mujer que suscita una emoción exacta en cada reencuentro. La ciudad bañada por las aguas resulta irreal, consciente de su provisionalidad porque en cualquier momento puede ser engullida por el mar. Soy de los que piensan que una vez bajo el agua se conservará en una noche eterna, con las velas de los palacios incandescentes, constantemente iluminadoras y vigilantes en la confusión magnífica de su carnaval.

De hecho creo que el mar, el agua, es la máscara de una ciudad irreal y que al llegar nosotros, sus visitantes, sus hijos adoptivos, la surcamos en un intento vano por seducir su misterio. No hay experiencia comparable en expectativas a la que produce la entrada por el Gran Canal hasta llegar a la plaza de San Marcos. Durante el recorrido parece una guarida fantasma, sólo poblada por fugitivos remeros, pero al desembarcar en el muelle de la plaza

constatas una vitalidad pasmosa, la que habita en sus tripas.

Los venecianos y sus visitantes comen, compran y pasean como presos de una fatalidad temporal. Todo es mucho más caro, porque esa sensación de provisionalidad, ese miedo a hundirse en el mar de los tiempos se contagia a todos sus hijos, sean naturales o adoptivos.

Por aquel entonces yo ya no tenía problemas de dinero, pero donde realmente encontré la medida de mi fortuna fue allí. Venecia me hizo inmensamente rico, el cantante mejor pagado de la época, y doy gracias a Dios por haber sabido administrar mi dote con tino y cabeza, aun siendo generoso, porque jamás les faltó a mi madre y a mi hermana, allá en Nápoles, ni a Riccardo, mi fidelísimo hermano, nada que necesitaran.

La Venecia que yo conocí me lo dio todo pese a que sus habitantes empezaban a mostrarse anestesiados por una sensación de decadencia. Se quejaban de que por entonces sólo quedaban catorce teatros abiertos. Pero para nosotros era una decadencia que por más que nos empapáramos por sus calles, sus coliseos y sus salones permanentemente abiertos a la fiesta, no fuimos capaces de encontrar, ni siquiera de oler. A no ser que tuviera que ver con el hedor surgido a menudo del agua estancada y plagada de desechos en sus canales.

Puede que aquello que ellos consideraban decadente no fuese más que el signo de los tiempos vividos. Esos que nuestros descendientes -palabra borracha de utopía para un *castrato*- contemplarán como exuberantes, poco piadosos, constantemente alentados por una búsqueda irrefrenable del placer. Alguien, no recuerdo quién, me los definió una vez como tiempos barrocos. Yo, sin saber realmente qué significa dicha palabra, creo que encierra en su sonido el latido de esta época.

Son tiempos en los que se ha estirado la cuerda. Si pensamos, como me daba por hacer a menudo en Venecia, en la diferencia, en términos de audacia, que destilaban las primeras óperas de nuestro padre Monteverdi... Él ha sido el indiscutible progenitor del género y estoy bien seguro de que Dios lo ha acogido en su seno. Pero si lo comparamos con lo que los autores han escrito para mí, queda claro a qué me refiero.

La frescura arrebatadora de Porpora, Leo, Hasse, Vinci, Pergolesi, Pollarolo, Scarlatti, y por supuesto mi hermano Riccardo, obligaba a popes

como Vivaldi, el *prete rosso*, a espabilar y a revestir su música de una, diríamos, sagrada carnalidad, algo que no le fue difícil a quien siempre se mantuvo fiel a la idea del escándalo. Todos ellos provocaban el delirio desde los primeros acordes, mientras que las obras de Monteverdi, pioneras, suscitaban otro tipo de emociones más contenidas. Ésa fue la Venecia que yo conocí, la que me bendijo con triunfos inolvidables y la que acogió a la vez el talento de los autores napolitanos revistiéndola de otro aire.

Y es la Venecia que también fue testigo de los paseos en góndola de un Vivaldi desafiante a la moral caduca. Como cura aducía problemas de salud para dar misa, pero rebosaba buen aspecto cuando acudía a los estrenos de sus obras, siempre bien acompañado de mujeres. Él era todo un símbolo de esos tiempos a los que me refiero. Sobre el papel, clérigo; en realidad y a la vista de todos, vividor, sin que nadie, salvo las autoridades eclesiásticas, pusieran el grito en el cielo: dos personas en una, dos morales en una, y el disfraz, según conviniera. ¿Cuál era real? Probablemente las dos. Eso es exuberancia, eso es lo que algunos denominan ahora «barroco», según he creído entender a quienes alguna vez han empleado el término a mi juicio acertadamente. Más cuando una manera de vivir, un sentido de las cosas, definen tanto la existencia de un hombre como el estilo de la arquitectura, las artes, la música, el teatro y la literatura.

Aquella era una Venecia en la que la pasión por la ópera obligaba a formar bandos. Andaban todos expectantes por si tenían la suerte de que las dos grandes sopranos del momento, Francesca Cuzzoni y Faustina Bordoni, la esposa de Johann Adolf Hasse, repitieran el lamentable episodio que protagonizaron en Londres y que recorrió la rumorología de todos los palcos de Europa.

Las dos cantaban juntas *Astianatte*, de Giovanni Bononcini, con la compañía de Haendel, según me relató un buen amigo. El público comenzó a tomar partido por una o por otra y ellas, en lugar de inhibirse, como debe hacer cualquier buen artista en escena cuando se corren ese tipo de riesgos, se dejaron llevar por las pasiones que ambas desataban. Fue como el reflejo de un rayo. Tal carga de energía hizo que primero se insultaran con vocablos irrepetibles e indignos de quedar recogidos en la inmaculada notaría del papel y después se agredieran a bofetones en mitad del escenario. Se tiraron del

pelo y se destrozaron los ropajes hasta tal punto que decidieron despedir a Cuzzoni, lo que según los presentes despertó las iras del rey, que amenazó con no volver a dar dinero a la compañía.

Lo que los venecianos pagarían por volver a ser testigos de tamaña trifulca. Les han tentado con millones por cantar juntas en casi todos los teatros de la ciudad, pero no han aceptado ninguna oferta. Eso dice mucho en su favor: al parecer han aprendido la lección y no quieren caer en la tentación de volver a poner en riesgo la dignidad que todo escenario merece.

Con todo lo que se ha dicho de Gaetano Majorano, más conocido como Caffarelli, y de mí, jamás llegamos a las manos. Y eso que no le faltaron ganas de provocarme desde que aprendía en el conservatorio de Nápoles. Él albergaba una mayor inclinación a la rivalidad que yo. Habíamos compartido el magisterio del gran Porpora, y de muchos he oído después que Caffarelli fue siempre su favorito. Se trata de una apreciación que quizá carezca de importancia a estas alturas. Y más en un futuro, cuando nadie recordará ya nuestro arte, ni nuestros sacrificios por hacerlo posible.

A los que tal extremo afirman, yo les pregunto: ¿Cómo es que siendo Caffarelli su favorito era yo quien compartía su casa? ¿Cómo explican que aquel joven humilde sin más recursos que su talento, necesitado de mucha más ayuda que yo, tuviera que resignarse a vivir sin gozar el privilegio de estar constantemente a merced de sus enseñanzas? Si lo que dicen fuera cierto, no le habría dejado el maestro Porpora a expensas de la legendaria crueldad de los *figlioli*, los chicos destinados a formar parte sólo de los coros, meros comparsas, que desviaban su crueldad en la escuela hacia los solistas, descargando sobre ellos vejaciones y novatadas que siempre me resultarán incomprensibles.

Quizá de aquella experiencia le quedara a Caffarelli esa bárbara agresividad de la que nunca escapó y que yo decidí despreciar fuera de los teatros y sólo desafiar en el escenario, cosa que hacía aumentar sus más bajos instintos. Muchas veces me he planteado después si acaso no me mostré mucho más cruel que él al dejar patente tanta displicencia ante percepciones más que evidentes.

Mi arte siempre ha sido admirado por unanimidad, no he dividido al público, lo he querido compartir con ellos y así me ha sido reconocido.

Caffarelli, no. Contaba con admiradores y detractores. Sus apariciones se convertían muchas veces en una incómoda competición de unos frente a otros. Pero se tenía merecido aquellos alborotos, porque era él quien les proporcionaba alas. En Venecia puede que le funcionara, pero en Londres, en esa etapa de mi vida de la que hablaré un poco más adelante, no le dio frutos. Allí no hubo partidarios y detractores de Caffarelli; allí sólo había admiradores sin remisión de Farinelli a los que él no pudo jamás espantar de la verdadera senda.

Pero lo que interesa de Caffarelli con respecto a Venecia es que casaba muy bien con la definición de la ciudad. No por sus manías infantiles, sus caprichos, por pretender que en los ensayos los instrumentos de las orquestas afinaran con su voz, por sus cambios de humor o su insoportable tendencia a la tiranía contra todo lo que le rodeaba. No, no por eso, que no deja de ser anecdótico. Tanto que yo también podría haber elegido con más derecho la senda de la arbitrariedad y hubiese seguido siendo el mismo. Sencillamente, no me parecía apropiado. Mi fama hubiese sido exactamente igual artísticamente, pero a muchos les habrían entrado ganas de olvidarme con tal de no verse obligados a cruzarse conmigo. ¿Qué nos cuesta tratar de hacer felices a quienes con nosotros van o se cruzan en nuestro camino?

Lo interesante de Caffarelli está, a mi juicio, en que llevaba hasta las consecuencias más exacerbadas esa definición de lo que antes hemos apuntado como barroco. No he visto a nadie levantar tantas pasiones en las mujeres con papeles femeninos. Esa confusión de géneros, esa inexplicable tendencia morbosa que los *castrati* provocábamos más que ningún otro ser sobre la tierra me fue revelada en Venecia, en un teatro atiborrado de máscaras, de capas, delirando mientras observaba a aquel hombre, aquel ser, cantar como una *donna*.

Había llegado a conseguirlo de milagro después del episodio de Roma, que recorrió toda Italia hasta Venecia con la misma facilidad con la que se había extendido por Nápoles. Fue digno de una obra de teatro de Goldoni: enamoró a una mujer de rango y el marido casi los sorprende en el momento más inoportuno. No lo hizo porque Caffarelli llegó a ocultarse a tiempo en una cisterna sin estar debidamente vestido, lo que le provocó una pulmonía que casi acaba con su carrera y con su vida.

Todas esas andanzas, esas fechorías en las que yo jamás me vi envuelto al no sentirme tentado a desafiar la naturaleza que la castración levantó en mí - lo que no quiere decir que no tuviera mis amoríos, siempre llevados con discreción-, avivaban en el público una extraña mezcla de placer carnal y espiritual. Una ceremonia de lujuria y excelencia en la que todo resultaba imprevisible.

A tal éxtasis posible, alejado de toda voluntad mística, muy distinto del que san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús proponían, era al que nos sentíamos capaces de llevar al público nosotros, los *castrati*. Quizá porque somos esos artistas cuyo prodigio ha traspasado barreras físicas y espirituales. Unas criaturas surgidas de las más extrañas uniones y devociones, que guardan relación con la ambición musical más radical pero también con el amor por el prójimo.

Venecia me enseñó a ver todo eso con una nitidez que hasta el momento me había sido negada. Por eso ahora, alejado ya de los ruidos, cuando lo único a lo que puedo aspirar es a la verdad y cuando sé que mis únicas riquezas son las cosas que a duras penas he aprendido, considero que aquella ciudad loca, luminosa e irrepetible es a la que debo la conciencia de lo que los *castrati*, alguna vez, hemos sido.

9

En Venecia triunfé ininterrumpidamente durante seis años, a lo largo de temporadas que comenzaban el 5 de octubre y terminaban el martes de Carnaval. Allí canté de continuo hasta 1734, muy centrado siempre en el teatro San Giovanni Crisostomo, que pertenecía a la familia Grimani y cuya fama recorría Europa entera. Era el más grande de la ciudad y para mí el mejor decorado, con sus palcos relucientes y sus estatuas de mármol. Que estuviera cercano al puente de Rialto también me daba buena espina, porque lo considero un lugar mágico dentro de una ciudad ya de por sí mágica.

Fue un tiempo que recuerdo, además, en perfecta consonancia con Metastasio, sobre todo. Allí tuvimos la inmensa fortuna de forjar una amistad más que inquebrantable y fuimos conscientes de lo insólito de nuestra época. Además de la suerte que nos convertía en privilegiados por vivirla con una intensidad poco común entre quienes nos rodeaban.

Las óperas que más éxito me proporcionaron fueron dos de Porpora, *Ezio* y *Semiramide riconosciut*; una de Leo, *Catone in Utica*, y otra de Pollarolo, *L'Abbandono di Armida*. Pero si hay alguna que recuerdo con especial aprecio es *Idaspe*, que supuso una gran gloria sobre todo para mi hermano Riccardo. Pocas veces un compositor me ha regalado tanta rendición con arias como «Qual guerrier in campo armato».

El asombro en el teatro fue tal la primera vez, con esa insólita y poco común mezcla de estupefacción y placer palpable, que al día siguiente los empresarios nos doblaron los emolumentos por miedo a que alguno de los teatros rivales, sobre todo el San Cassiano, donde debuté en la ciudad, nos viniera con una suculenta contraoferta. Sin duda los movió la visión de negocio, pero también la emoción contagiosa que se produjo aquella noche

entre un público que pocas veces recuerdo tan entregado.

El caso es que por una vez la familia Grimani, responsable del teatro que quería convertirse en la referencia de la docena pasada de escenarios que existían en Venecia, se saltó las recomendaciones, a mi juicio tan brillantes como perniciosas, que Benedetto Marcello hacía a los empresarios y a todo el mundo de la farándula veneciana en su opúsculo *El teatro a la moda*.

No dudo que fuera un reglamento necesario, no pongo en cuestión que ciertos abusos hicieran recomendable el establecimiento de unas normas básicas para un negocio que siempre corría el riesgo de traspasar todos los límites. Tampoco voy a discutir que para ciertos sectores las villanías y los excesos de un ambiente tan poco recomendable a veces como el de los teatros hicieran vital una guía como la de Marcello. Eso queda para mí fuera de discusión.

Lo que siempre me ha indignado de su visión es esa manía de tratar a los artistas como si fuéramos ganado sacrificable. Le pasaba lo mismo a Metastasio, a quien le sacaba de quicio la primera recomendación que daba a los de su estirpe: «No deben los poetas modernos leer o haber leído nunca a los poetas griegos o latinos, pues ellos tampoco han leído nunca a los modernos».

«¡Habrased visto u oído jamás tamaña barbaridad! -decía Metastasio-. ¿De dónde sino de los grandes mitos griegos y latinos hemos sacado los poetas modernos para la ópera los más seductores argumentos? -añadía-. ¿Hay cosa de la que todavía hablemos, existe nimiedad o grandeza que nos preocupe ahora que no les concerniera antes a ellos y sobre la que no hayan arrojado una luz fundamental que todavía nos guía?».

Eso creía Metastasio y yo siempre he estado de acuerdo con él. También le irritaban todas las convenciones que Marcello aplicaba: desde cuáles deberían ser los accidentes, empezando por encarcelamientos, puñales, venenos, cartas, cazas de osos y toros, y terminando por terremotos, rayos, sacrificios, liquidaciones y locuras. Y no digamos ese desprecio por el drama: «No deberá el poeta moderno esforzarse mucho en el estilo del drama», una afirmación que, creo, le empujó a escribir *Artaserse* junto a Hasse. Se trataba de todo un ejemplo pionero de ópera seria, un género que, a mi entender, goza de muchas posibilidades para el siglo venidero.

Todo eso por no hablar de lo que traspasaba los límites de la privacidad y hasta la dignidad decorosa, cuando recomienda Marcello que el poeta visite a menudo a la *prima donna*, porque de ésta depende el éxito de la ópera y por tanto debe arreglar el papel a su medida. El hombre rebasa muchos límites y por eso se buscó muchos enemigos en el mundo del teatro.

También a mi hermano le parecían indignantes muchas de las recomendaciones de Marcello, aunque jamás se manifestó con tanta animadversión contra él como la que sentimos Metastasio y yo en algunas ocasiones. Riccardo lo enfocaba con más filosofía, con mucha más distancia. Decía que para él no valía ninguna de sus recomendaciones porque ya las había rebasado todas. Cuando proponía que el compositor no debía poseer conocimiento de las reglas de la buena composición, que no debía entender de proporciones musicales numéricas, ni del óptimo efecto de los movimientos contrarios, ni de la mala relación de los tritonos y los intervalos aumentados; que el autor de la música no debería distinguir en absoluto entre los tres géneros: diatónico, cromático y enarmónico, sino que debía mezclar a capricho todas sus notas en la misma *canzonetta*, lo cierto, decía mi hermano, era que ya llegaba tarde a tales consejos y que de todos había mantenido sus disquisiciones ya en el conservatorio.

Lo que ya no le convencía tanto era el descaro con el que Marcello proponía a los compositores lo siguiente: «Procure el maestro moderno, si impartiera lecciones a alguna virtuosa de la ópera, exhortarla a pronunciar mal y, con tal objeto, enseñarle una gran cantidad de desgaires y adornos para que no se entienda palabra alguna y de tal manera llame la atención y se entienda mejor la música». «Eso no. Faltarle el respeto al público así, nunca», exclamaba mi hermano cuando ya se daba cuenta de que calmar nuestros ánimos frente a la ira que nos producían las barbaridades de Marcello era poco menos que imposible.

¿Y qué era lo que a mí me desesperaba del opúsculo, del panfleto parido por el bueno de Benedetto Marcello? Pues no tanto aquellas ansias de provocación gratuita que emplea cuando dice que los virtuosos no necesitan saber leer o escribir, ni pronunciar bien las vocales ni entender el sentimiento de las palabras, sino mejor que confundan los sentidos, letras y sílabas para realizar adornos de buen gusto, trinos, apoyaturas, cadencias larguísimas...

Más me irrita que se erija como canon de las modernas costumbres aconsejando que el cantante no muestre idea de solfear para que no corra el peligro de fijar la voz, afinar correctamente, ir a tiempo. ¿No denota cierta inquina de cantante frustrado con tales afirmaciones?

Sus ansias de venganza contra Vivaldi, verdadero motor de tal ocurrencia, no deberían haberle llevado a tales extremos. No es que me parezcan mal las razones prácticas que promulga para cada caso, que deba el virtuoso procurarse siempre el papel principal y que haga con el empresario contrato de un tercio más del honorario pactado por su reputación. Más me aterra que trate de corromper lo que para él debe ser la figura del cantante moderno aconsejándole artimañas barriobajeras: decir que está mal de voz, que no canta nunca, que le atormentan la fluxión, el dolor de cabeza, de dientes, de estómago.

Lo que creo que excede ya todo tipo de provocaciones y se estrella en el ridículo es lo que propone de esta manera: «Deberá cantar con la boca entreabierta, con los dientes apretados, hará lo posible para que no se entienda una palabra de lo que dice, procurando en los recitativos no pararse ni en los puntos ni en las comas. Al estar en el escenario con otro personaje, mientras éste hable con él, saludará a las máscaras en los palcos, sonreirá a los instrumentistas, comparsas para que el público entienda que él es el cantante y no quien representa».

Tamaño farsa de la farsa resulta espeluznante. ¿Qué mejor que seguir jugando el juego de las máscaras encima del escenario? Las normas que propuso Marcello son ciertas y ahí están, sobre el papel, para que todo el mundo las conozca. Vistas con distancia aportan una prueba más de eso que hemos dado en llamar barroco, del exceso por el exceso, pero en un sentido tan real como equivocado.

Yo también puedo dar testimonio de otra Venecia. La que yo conocí, aquella en la que el teatro continuaba no sólo en la oscuridad de los palcos, donde los amantes se escondían y ocultaban sus intimidades ante su propio objeto de seducción, donde todo se ocultaba por mero placer. Tampoco sé de nadie que siguiera estos consejos del pobre Marcello, un hombre empequeñecido por malos augurios desde que cayera en mitad de una tumba junto a la iglesia de los Santos Apóstoles.

Desde entonces no parece que le acompañara la fortuna, y en Venecia, pura ciudad de la luz y el exceso, el fracaso se pagaba más caro que en cualquier otro lugar del mundo.

La Venecia en la que yo llegué a ser el cantante más aplaudido, auténtico impulsor de la maravilla, no es ésa alentada por el teatro a la moda, tan crematística, tan práctica, tan alejada del milagro ilusorio del auténtico teatro, sino la que quedaba paralizada en su jolgorio, en su juego de máscaras ante el arte verdadero, la que callaba, dejaba de comer, detenía las timbas con juegos de cartas y renunciaba a escupir desde los palcos a la platea cuando oía el verdadero vendaval de la emoción pura provocada por la música. La que disminuía el acelerado latido del amor regido por los instintos cuando aparecía en escena un signo de aventura aún más fuerte.

Juro que esa Venecia existió, no me equivoco. Ni siquiera corro el fatídico riesgo de nublar más de lo necesario la endeblez de mi recuerdo cuando afirmo que aquella ciudad, en la que yo me moví, cuyos escenarios elevé a lo más sagrado, no fue nunca un sueño sino una realidad difícil de creer ahora por quienes sólo aspiran a levantar arte en los dictados de un teatro a la moda tan efímero como antiguo, tan alejado de la ambición de los verdaderos artistas como peligroso por contar con posibilidades de convertirse en refugio de los mezquinos y los mediocres, esos seres contra los que nunca deberíamos bajar la guardia.

10

La senda del recuerdo posee recovecos imprevistos. Una cosa lleva a otra a veces tan dispar que bien puede jugarte una mala pasada. Urge, pues, hacer lo posible por ahuyentar su sombra, o bien conducirte hacia los lugares más placenteros de la memoria. Es lo que me ha pasado ahora. Me encontraba contemplando esas extrañas hortensias en mi jardín, auténticas supervivientes en un clima adverso, y regodeándome en los días de lluvia que les han permitido conservar sus pétalos oscuros y esa forma emperifollada que las convierten, a mi humilde juicio, en las plantas más fascinantes y carnales de cuantas ha creado el Señor.

No sé bien en qué he reparado antes, si en las flores o en el agua. El caso es que ambas cosas me han transportado directamente al día en que conocí a mi amada Tesi. Vittoria Tesi, cantante como yo y dueña de algunos de los momentos más dulces que haya gozado en vida. Ella amaba, a partes iguales, la lluvia y las hortensias.

Ahora lo puedo confesar. Ahora que ya nada importa es necesario ajustar cuentas con el reflejo que cada uno de nosotros tenemos enfrente. Más, cuando lo único que nos puede salvar es la estricta verdad. Aunque, en gran medida, ésta a menudo nos despiste con sus requiebros. Movida a partes iguales por el olvido y por la vergüenza.

En el caso de Tesi no valen ni una cosa ni la otra. La conocí hacia 1730. Ya habíamos decidido dejar Venecia. Yo era una auténtica figura, a la que se empezaban a rifar cortes y teatros de todo el mundo. Teníamos que aprovechar el momento que se nos presentaba y por el cual habíamos luchado tanto Porpora, que por aquel entonces ya había regresado para Nápoles, mi hermano Riccardo y mi queridísimo Sicinio Pepoli.

Teníamos la brújula orientada hacia Viena, adonde resultaba imprescindible llegar bien armado, algo en lo que Porpora insistía más que nadie. No en vano siempre fue, de todos nosotros, el más insobornable admirador de la corte de los Habsburgo. Pero antes decidimos recalar en varios sitios para seguir extendiendo mi creciente leyenda.

Regresamos primero a Bolonia, donde después de nuestras primeras exhibiciones, el público volvía a recibirnos en el teatro Malvezzi como se espera a un Mesías. Sé que no está bien que lo diga yo de esta manera, que no da lugar a los rodeos, pero es que fue así y, visto el fervor, experimentada en propia carne la magnitud de la gloria, me extraña muy poco que tanto Senesino como Caffarelli hayan llegado a perder allí la cabeza.

Hay que contar con un seso muy bien armado para mantener la razón intacta, cuando ves hermosas mujeres desmayarse a tus pies, clérigos, mercaderes acaudalados y nobles de toda especie llorando como niños en los palcos, reyes y príncipes atados a sus pañuelos para prevenir cualquier suspiro que descomponga su supuesta majestad.

Después, recuerdo que debuté en Turín. Allí siempre admiraron el arte *castrato* y los más entendidos calificaron mi aparición de milagrosa. Canté *Ezio*, una de las mejores óperas que mi hermano había compuesto hasta la fecha, y fuimos invitados a actuar ante los reyes de Piamonte. Junto a la Bordoni, que coincidía esos días por aquellos lugares.

Pero fue la noble ciudad de Fano la que añadió si cabe un poco más de emoción a mi vida. No teníamos gran confianza en nuestra próxima parada. Más bien nos invadía un recelo causado a medias por la holgazanería y el cansancio, que empezaba a hacer mella ante tanto viaje por parajes y caminos sinuosos, y también por la ansiedad de conquistar cuanto antes escenarios más gloriosos que el que a primera vista parecía el de nuestro siguiente destino.

Yo era partidario de llegar a Milán lo antes posible y después marchar a Viena. Pero fueron tantos los elogios y los parabienes que los reyes de Piamonte atribuyeron a aquella pequeña villa, rica por ser lugar de mercaderes y refinada por encontrarse atestada de nobles que corrían con el mantenimiento del gracioso teatro Della Fortuna, que decidimos participar en alguna representación de *L'Innocenza giustificata*, de Orlandini.

Se trataba de una ópera que yo conocía y resultaba de mi agrado. Compartía cartel junto a otro *castrato*, cuyo nivel no podía compararse con el mío y que siempre mostró el respeto que mi fama me hacía merecer. Figuraban otras dos cantantes, Cecilia Belisani y Vittoria Tesi. No engaño a nadie si digo que jamás en mi vida las había oído mencionar y que las dos me causaron dispares opiniones. Mi trato con Belisani jamás pasó de correcto. Me pareció desde el principio una soprano de tres al cuarto, que en cualquier momento iba, o bien a dejar su voz de cotorra encima de un escenario o bien a acabar en los brazos de un conde que le prometiera un retiro dorado si le encomendaba su arte exclusivamente a él.

Vittoria siempre fue diferente a las demás. Desde el principio nos unió una devoción por el sentido común, que es ese tesoro escasísimo y prácticamente inexistente en el caprichoso y voluble mundo de la ópera. Nos reíamos a carcajadas de las exigencias absurdas de la Belisani, que eran satisfechas al momento. Que si comida caliente en el camerino, que si había visto no sé qué telas o no sé cuántos broches, lo que rápidamente le enviaban a su habitáculo.

Todo para que en los ensayos no causara a los empresarios más que muy pobres impresiones. Contra los caprichos y las demandas de la Belisani, aparecía siempre en su justa medida de educación y buen canto mi Tesi, que cumplía a rajatabla los horarios, las exigencias y no desentonaba con el ritmo y la bravura de la orquesta cuando ésta lo exigía. Además, tocaba en lo más hondo con una profundidad poco común en los pasajes más trágicos y próximos a la emoción verdadera.

Su magnífico y raro sentido del deber, toda esa discreta inteligencia demostrada una y mil veces por mi querida Vittoria llegaron a exasperar de tal grado a la necia Belisani que ésta no podía, bajo su fingida sonrisa, esconder la auténtica razón de su inquietud. Tal fue su sensación de derrota y su absurdo descorazonamiento ante el estreno, que decidió ponerse enferma y no aparecer por los ensayos más decisivos.

Los empresarios, gente de muy buena disposición, amabilísimos y sinceros amantes de la música y el teatro, casi desfallecen, y no hacían más que repetirnos la maravillosa impresión que tenían de mí y la pésima opinión que les había dejado la Belisani, de cuyos despropósitos apenas guardaban

noticia. El pavor previos que les producía recibir en su teatro al más grande *castrato* que pisaba la tierra se había transformado en honra e inmenso gozo al tenerme entre los suyos.

Quedé yo muy impresionado y agradecido por su sinceridad, y les confesé mis iniciales reparos a presentarme en Fano. Aquello se vio superado con creces por sus inmerecidas atenciones y sus afectos poco comunes, más después de haberles relatado lo que Benedetto Marcello proponía en su opúsculo, desconocido por ellos para su fortuna.

Me pidieron consejo con que remediar la indisposición de Belisani. Yo les advertí que no era más que un ataque de celos justificado ante la constatable superioridad de su compañera de reparto. Debían comunicarle que habían decidido intercambiar los papeles: la Tesi haría el de Belisani y en dos días llegaría una cantante capaz de abordar el de la otra. Esa misma tarde la muy imbécil apareció en el ensayo delatándose ante toda la compañía, que a su vez se encargó de difundir la historia por todo el pueblo. No hace falta comentar el estrepitoso fracaso que cosechó la pobre Belisani el día del estreno.

Todos los aplausos fueron para mí y para Vittoria, y aquel público exigente, entendido y a la vez agradecido de Fano bendijo nuestra sincera amistad para siempre, porque desde entonces ella ha sido mi confidente, mi brazo al caer, mi hermana y sobre todo mi más secreto amor. Así se lo confesé a Riccardo en vida de éste y años después a Casanova, a quien desmentí que dada mi condición sexual yo hubiese respondido a todos los arquetipos que circulaban sobre los de mi especie. Entonces le revelé que había elegido como opción de vida la castidad para desarrollar mejor cada uno de mis ímpetus en el canto.

No todos los capones hemos sido ilustres amantes, como Velluti, Marchesi o Rubinelli, pese a que el muy desgraciado desarrolló unos senos considerables ahondando en esa manera de ser barroca con su aspecto de mujer y entregándose a mujeres. Ni tampoco son mayoría quienes han logrado engañar al destino, como Tenducci, quien, según me confesó Casanova, una vez le presentó a su esposa y a sus dos hijos ante el asombro de mi donjuanesco amigo. «¿Cómo es esto posible?», cuenta Casanova que le preguntó. «Soy triorquídeo», le contestó el otro. Luego le relató cómo su

tercer testículo se formó cuando los dos primeros habían sido extirpados.

De todo ha habido y de todo habrá entre los hijos capones de Dios. Unos, como yo, elegimos la castidad tras la frustración que nos producían nuestros primeros escarceos. Si bien el sexo para nosotros suponía un riesgo evidente de desazón y sufrimiento sin límites claros, y yo, ya lo he dicho, no quería nada ajeno en mi vida al canto, confieso que no pude evitar, cuanto más a fondo fui conociendo a Vittoria, ese sentimiento de idealismo llevado a su máxima expresión que es el amor. Creo que hasta comencé a cantar de otra forma, con más alegría y más sentido de la pérdida, inspirado en los a la vez incómodos y gozosos contradioses que me producía el simple pensamiento de mi amada.

Jamás fui explícito. Nunca le dije lo que realmente sentía por ella, pero sí se lo hice saber de diferentes formas y maneras. Creo que Vittoria, por su perspicacia, su juicio y su proverbial sexto sentido para desenmascarar el verdadero significado de las cosas, rápidamente supo descifrar las razones de mi corazón. Pero se mostró discreta y fiel a mi voluntad sin jamás forzar la verdadera naturaleza de un sentimiento que, estoy seguro, ella también compartía.

La recuerdo ahora, no sólo por los encantos que supieron desarmarme, sino también por su maravilloso poder de fascinación, por su madurez y su capacidad de seducción asentada en el arte y en la entrega a los demás mediante la música. Por el glorioso halo de su canto, ante el que me rendí para toda la eternidad, consagrado en cuerpo y alma a su ser.

Lejos de ella, comencé por aquellos tiempos a sentirme más cansado de lo habitual. Demasiados traqueteos, demasiadas actuaciones, demasiados compromisos que yo no sentía más que como un gasto absurdo de energías.

Los viajes por el norte son algo que nunca he soportado bien. Es una de las razones que al final me han convencido para retirarme en una ciudad de llanura, como Bolonia. Esquivaba aquella sensación de fatiga con una conveniente disminución de mi autoexigencia, que por otra parte disimulaba con creces gracias a la experiencia adquirida.

Me sentía ya a las puertas de la no sé si deseada veteranía y me urgía más que nunca salir de Italia, conquistar algunas cortes más antes de que el declive, ese opaco fantasma que debemos estar bien preparados para recibir,

llamara a mi puerta.

Milán, ciudad entendida, pero también demasiado caprichosa en sus gustos, demandaba nuestros servicios una temporada. Fui a cantar el personaje de Arbacio, en *Artaserse*, de Vinci, que ha sido una de las óperas que más me han pedido repetir. Los estrenos ya no encendían en mí esa añorada ansiedad ni me producían la menor inquietud. Empezaba a echar demasiado de menos a Vittoria, que por aquella época triunfaba en Turín.

Eran frecuentes mi desgana y algunos accesos de melancolía. Me adentraba en los abismos de la ausencia amorosa sin remedio y me costaba entonces admitirlo porque siempre he sido demasiado testarudo y cerrado a la hora de reconocer la incidencia de esos asuntos en mi vida. Hoy sé que aquellas decaídas de ánimo se debían principalmente a dichas penurias.

Alguna tarde en escena no se me dio tan bien y uno de aquellos coqueteos con el fracaso, una palabra jamás admitida en mi vocabulario, llegó a los pérfidos oídos de la insoportable Cuzzoni y su mono de feria Senesino. Ambos comenzaron a despreciar y hacer de menos mi buen nombre como antes no se habían atrevido. Osaron incluso escribir a la nobleza de Milán pidiéndole que no me tuviera en consideración porque me había quedado mudo.

¡En buena hora se presentó ante mí tamaña provocación!

A esta fecha sé que a mi proverbial y celebrado buen sentido se ha aliado durante casi toda mi vida la fortuna. ¿Qué habría sido de mí si aquel empeño difamante hubiera triunfado? Fue la razón que necesitaba para sobreponerme ante lo que podía haber sido un precipicio. Aunque también debo admitir que no era mucha la gente que dio crédito a la bajeza de aquellos dos pérfidos títeres sin honor.

Si en Milán tuve que soportar resquemores y desafiar algunos palcos demasiado influidos por la campaña, en Ferrara, donde volví a interpretar *Artaserse*, empecé a sentirme molesto por esa absurda exigencia de tener la obligación de repetir ciertas piezas en casa de algunos nobles y se me presentó la ocasión de mostrarme un tanto caprichoso.

Creí, pobre de mí, que empezaba a ser hora. Quise hacer pagar la osadía de aquellos dos desvergonzados con todos aquellos que sospechara les hubiesen prestado oídos y no se me ocurrió mejor venganza que atosigar a

todo el mundo con exigencias. Desde reemplazar en un papel a Castori, protegido también de Pepoli, hasta ya, metido en canción, exigir junto a mí en el reparto a Vittoria Tesi.

Me dieron en todo satisfacción y conseguí lo que realmente andaba buscando no sé si consciente o inconscientemente. El caso es que disfruté de mis últimos días junto a Vittoria antes de partir a Viena, donde daría comienzo otro ciclo de mi vida. La encontré radiante tras sus sonados y merecidísimos éxitos. Ella, que desde el primer momento de nuestro reencuentro fue mi hombro reconfortante, supo escucharme y darme consuelo ante mis inseguridades.

Su aliento me proporcionó fuerzas y confianza recobrada para conquistar todo aquel imperio cuando lo único, en realidad, que yo deseaba era conquistar a fondo su corazón. A veces me planteo cómo hubiese sido mi camino a su lado, si el mero hecho de su compañía en matrimonio habría logrado sustituir con todas sus consecuencias mi firme compromiso por el arte.

Hay días en que me convenzo de que sí y otros en que, consciente de mi papel en la historia, el mero hecho de planteármelo da la medida de mi inconsciencia. Pero es, quizá, la única pregunta seria sobre el sentido de mi existencia que regresa en soledad. Allá donde me encuentre, su recuerdo pervive en mí y me azora. No lo evito tampoco; curiosamente, me reconforta. Incluso cuando, a menudo, el hecho de no haberme atrevido a plantearle que fuera mi compañera de viaje cae sobre el ánimo como el mayor error que he cometido.

11

Si bien me habían hablado maravillas de Viena, todos los elogios quedaron cortos ante mi llegada. La ciudad produjo en mí un deslumbramiento inmediato por esa proverbial majestuosidad equilibrada que te atrapa desde el principio, aunque no seas capaz de definirla hasta al cabo de unos días. El viaje fue incómodo y largo. A nadie agrada atravesar los Alpes, ni quedar a merced de las tormentas y el frío. Temí que una mala pulmonía arruinara mi voz y no sabía ya qué emplear para resguardarme de las corrientes y los malos vientos.

Pero, gracias al cielo, llegamos sin problemas ni alteraciones graves, aunque con tres días de retraso sobre la fecha prevista. Lo primero que hicimos fue alojarnos en casa de Metastasio, en la Michaelerhaus, de Kohlmarkt, junto al palacio. Él ya llevaba casi dos años en Viena, adonde acudió por orden del emperador Carlos VI, y fue una de las personas que más insistió en que fuéramos allí a probar fortuna.

Como en todas las ciudades que habíamos pisado tras nuestra primera salida de Nápoles, también notamos una ansiosa expectación en Viena. Varios cronistas habían dado fe de nuestras hazañas en Italia, en Alemania. Se me esperaba como el más grande *castrato* de nuestro tiempo, que, no hace falta decirlo, no es otro que el de la gloria de los de nuestra especie.

Pero, aunque habíamos llegado con retraso y alguna alteración, tuve la suerte de disfrutar de unos días libres para conocer bien la ciudad y ser presentado por Metastasio en los círculos más selectos. Él me aleccionó convenientemente sobre el carácter de los vieneses, me advirtió de aquellas cosas que podían molestarles y de todas esas otras que les producían buena impresión.

Con esa pequeña pero eficaz instrucción nos dedicamos a deslumbrar a cuantos cortesanos y nobles nos topábamos por el camino, sin dejar de frecuentar tampoco los lugares más divertidos ni cuantos cafés y chocolaterías se nos antojaban.

Tienen muy buena maña los vieneses para esos menesteres. Es lo primero que me llamó la atención con respecto a Italia. Si nuestra cocina es rica en delicias saladas, Viena deslumbra por lo dulce y por sus vinos blancos, exquisitos y abundantes. No puedo decir lo mismo del resto de su cocina, muy basada en el cerdo y tan basta como poco imaginativa. Es algo de lo que no fui consciente al salir de Italia: hasta llegar a España, con algunas excepciones, no iba a volver a disfrutar tanto de la buena mesa. Si en Centroeuropa decayó la calidad de los guisos, no reparamos en Inglaterra, donde zampan como pastores. Digamos que no comen siquiera, tan sólo se alimentan.

Metastasio fue el perfecto cicerone en Viena. Conocía al dedillo la ciudad. Siempre fue un poeta pegado al ruido de la calle, al que le gustaba tanto sumergirse en los mercados, observar a la gente en las iglesias, espiar a los contertulios de los cafés, verificar los vicios y las malas condiciones de nuestra especie en todos aquellos lugares donde se caía en el pecado y las bajas pasiones, como resaltar a aquellos que exhibían sus méritos, no por cuna ni privilegio, sino como consecuencia de su propio esfuerzo y deseo de superación.

De eso habíamos hablado mucho y ambos estábamos convencidos de que llegaría un tiempo, no muy lejano, en que el mérito del trabajo y la voluntad frente a la herencia de los privilegios prevalecería con toda naturalidad en una sociedad que se quisiera denominar justa. Estas cosas, que no me parecen ahora más que puras deducciones de sentido común, las maquinábamos ambos como el germen de algo prohibido, a escondidas y con los ojos y oídos bien abiertos ante la posibilidad de ser espiados.

Así, y hasta hoy, alentado primero por Metastasio en aquellos años y animado después por otros amigos como Casanova, comencé yo mis lecturas del gran Voltaire. Si bien a veces me resultan un tanto exagerados sus elucubraciones y sus ataques hacia algunos, reconozco en su obra el genio que anuncia la llegada de una nueva era. La que estará mucho más centrada

en los hombres de buena voluntad y sus encomiables empresas que en las oscuras maquinaciones de los clérigos.

Pero, por supuesto, esas conversaciones y lecturas las dejábamos Metastasio y yo para nuestros momentos de intimidad. Nunca alardeamos de dichas convicciones en público. A los ojos de todos nos limitábamos a la música y a poco más. Sé que mi presencia le levantó el ánimo a él tanto como a mí. Yo le hablé de mis sentimientos hacia Vittoria Tesi y él encontró en mi compañía consuelo para superar, como podía, la pérdida de quien fue el gran amor de su vida, Marianna Benti Bulgarelli, de la que ya he hablado, por no citar a la otra Marianna, la de Martínez, adorada por los dos. Tanto que no he dejado nunca de disfrutar de su arte y su amistad. Era hija de Nicolás Martínez, maestro de ceremonias del nuncio apostólico en Viena, en cuya casa se alojó Metastasio al llegar a la ciudad. Su talento como intérprete y compositor deslumbró en Viena, pero no traspasó las fronteras de España, así que es de justicia reconocerle sus méritos desde estas páginas.

Dos años no habían bastado para superar la ausencia de Marianna Benti. Ni el trabajo abundante en la corte ni las emociones de un país diferente, en el que ya se quedó toda su vida, le habían arrancado la melancolía de aquel ardiente amor. Pero sabía bien que sus deseos eran imposibles de ser cumplidos y continuó su camino con los brazos de aquella corte abiertos. Lo llamaban el Abate Metastasio, un título en su caso honorífico porque jamás mi amigo tuvo nada que ver con la jerarquía eclesiástica.

Llegó el día en que fui presentado ante el emperador. Recuerdo pocas veces en mi vida haberme sentido tan nervioso. Aquella equilibrada majestuosidad que me impresionó a la llegada, en palacio, de puertas adentro, quedaba completamente a merced del lujo y el despilfarro más alejados de las sensatas proporciones. Yo había recalado ya en algunas cortes regias, pero nunca había penetrado en el corazón y la carne de un imperio. Puede que tamaño espectáculo sea necesario para remarcar el hecho de que todo aquello representa mucho más que un simple reino.

Los criados se movían como parte de una coreografía perfectamente ensayada, las mujeres blandían sus abanicos con una extraña parsimonia, los hombres se deleitaban consumiendo rapé con una fascinante discreción y las reverencias ante los emperadores resultaban increíblemente ejecutadas al

unísono. En cuanto se oía el tercer golpe de los lacayos en el suelo y se abría la puerta con una inquietante lentitud, todos los presentes inclinaban su cuerpo al mismo tiempo y a idéntica velocidad.

Yo apenas tardé en saber aplicar tales reverencias. Ni en acostumbrarme a los mínimos protocolos de aquella corte. Pero creo que causé una excelente impresión a Sus Majestades la primera vez que tuve el honor de presentarme ante ellos. No exagero si digo que, hasta este momento, ése ha sido uno de los días más felices de mi vida. Fui presentado por don Pío, príncipe de Saboya, que anunció a Carlos VI y a su esposa Isabel Cristina mi presencia.

Cuando me indicaron que debía entrar, los nervios me traicionaron como nunca antes lo habían hecho en un teatro y me puse a temblar. Tantas miradas, tales atenciones, tan grandes expectativas llevaba yo en la casaca que no podía controlar el movimiento de las manos y un sudor me invadió de tal manera que deseé quedarme desnudo. El recorrido de la puerta hasta los pies de Sus Majestades se me antojó más largo que todo el viaje de Italia a Viena, y temía tropezarme o resbalarme por culpa de una polilla cualquiera que me supusiera un obstáculo desde el suelo y me hiciera caer en el más espantoso de los ridículos.

No podía comprender cómo había desembocado en tal situación después de haber conquistado a los públicos de media Europa, pero el caso es que así fue. Al llegar e inclinarme, donde me indicaron que ellos se encontraban, sólo acerté a distinguir a la emperatriz. Ella bajó la mano en un gesto que yo entendí debía de ser la señal para el comienzo y poco después empecé a entonar la pieza preparada para la ocasión y que, a causa de la agitación de mi memoria, no puedo en este momento recordar.

Al terminar, medio en trance por el exceso de concentración en el canto, acerté a distinguir un enorme y apasionado aplauso que rompía por completo el medido proceder de aquella corte. La emperatriz se acercó a felicitarme y, entre el barullo, yo no había reconocido todavía a Su Majestad el emperador, al que rápidamente me presentó el príncipe de Saboya. Yo me puse a sus pies y le expresé mi gratitud así: «El momento más feliz de mi vida es este en el que me encuentro de rodillas ante los pies clementes de Su Sagrada Majestad Católica Imperial». A lo que él me contestó: «El placer es nuestro. Aguardábamos impacientes el momento de disfrutar de vuestro talento».

Tras el éxito seguí cantando ya de manera más informal, metido al clave. El ambiente se distendió muchísimo. Yo, de pronto, dejé de sentir ese sudor de temperatura cambiante que me empapaba la frente y el cuello, ahora con calor, ahora con frío, como el principio de una mala pulmonía. Su Majestad me preguntó por mi origen. Sabía que era napolitano. «Me enorgullezco de ser un *macarrón*», dije. Menos mal que rieron porque, visto con la implacable distancia de los años, se me antoja la respuesta más idiota que se me podía haber ocurrido en semejante situación.

Sin embargo, recuerdo aquel día de mi presentación en Viena como algo especial. Me sorprendí a mí mismo, incluso, y sé que ésta es una frase que es necesario emplear cuando alguien descubre que es capaz de traspasar sus propios límites o bien quedar por debajo de ellos. En un espacio corto de tiempo, me sorprendí por las dos razones. Por el nerviosismo, hasta entonces desconocido, y por la superación del mismo una vez detectado. Aún hoy echo de menos la cordialidad de los vieneses, su buena disposición a la hora de acoger a los artistas. Una costumbre que les viene directamente de un desarrollado fanatismo artístico. Mientras en Italia la música es cotidiana, en Viena tuve la sensación de que la abordaban como algo sagrado.

Ninguno entre los dioses del canto queda a salvo de una mala corriente, de un cambio de tiempo, de un mal enfriamiento. Y yo menos que nadie. Tuvo que aparecer en Viena y de manera cruel. Ya habíamos conquistado los salones y la corte Metastasio y yo cuando vine a caer enfermo. Creo que los sudores de ese primer día fueron señal de algo que luego resultó más terrible.

Tuve que guardar cama, completamente protegido por gasas empapadas que me aliviaban el sudor. Dijeron quienes me atendieron en aquellos días que tuve preocupada a toda la corte con la emperatriz al frente, que me procuró los mejores médicos y los cuidados de una madre. Parece ser que deliraba como un moribundo y que a los aullidos, frecuentes, muchos respondían rezando con ímpetu.

Debió de ser malo y yo me alegro de haberme enterado tarde de la gravedad de la situación. Metastasio sólo acertaba a ponerme buenas caras y a distraerme con chismes y relatos de sus ideas futuras para nuevos dramas hablados y musicales. Me encontraba en lo que para él era el centro del mundo y quería aprovecharlo al máximo. Cuando me recuperé, recuerdo esa

debilidad que te vence al ponerte en pie, esa flaqueza de las piernas y los dolores de espalda cuando buscan recomponer todos los huesos perdidos, desencajados por culpa de la fiebre y las toses que pueden llegar a afectarte como un exorcismo.

Mi terror a perder la voz era indisimulable. Por más que la emperatriz y Metastasio no hacían más que aleccionar al médico, sin decirme nada a mí, para que me quitara el miedo de la cabeza, yo me mostraba incapaz de desechar todas mis dudas. Incluso hacía planes para mi futuro: volver a Nápoles o instalarme definitivamente en Bolonia para dar clases de canto y seguir formando artistas de mi especie.

Pero una mañana resplandeciente entró el médico en mi cuarto, me sometió a un largo reconocimiento y después de tenerme en vilo, con caras y muecas de esas que te harían abandonar una apretada partida de naipes, concluyó que estaba totalmente recuperado y me aconsejó ponerme a ensayar cuanto antes. Me dijo: «Tenéis a toda Viena en una oración, deseando volver a escucharos».

Me abracé a Metastasio. Él esperaba el diagnóstico con la misma ansia que yo. Y pronto, no sé mediante qué conducto, se enteraron también los emperadores. Me propusieron volver cuanto antes a sus salones, ayudado por el mejor maestro repetidor de la corte, para que yo reencontrara rápidamente mi forma. En dos semanas tuve la dicha de anunciarles que ya podía ofrecer a sus divinas Majestades Imperiales mi canto recuperado.

Me esforcé no sólo en volver a hallar el sonido óptimo de mi voz, sino también mi apariencia. Había perdido varios kilos con la enfermedad y en los días de trabajo fui recuperando un apetito que también me había desaparecido de lo más profundo. A buena fe que no me faltaron las mejores viandas, ni las verduras y frutas más frescas. Me las enviaba diariamente la emperatriz, igual que los más sabrosos dulces. Todos aquellos manjares fueron reimplantando en mi rostro pálido y mis ojeras un aspecto más saludable incluso del que lucía antes de caer enfermo.

Cuando llegó el momento, canté. Lo hice durante dos horas y en perfectas condiciones. Si bien no atacé demasiadas arias de bravura, me centré en un repertorio más intenso y emotivo que no requería de grandes habilidades técnicas. La verdad es que me arriesgué poco, como es lógico. Era necesario

para recuperar la confianza antes que ninguna otra cosa. Después canté más días y fui ganando la seguridad que en algún momento de la enfermedad creí que jamás regresaría.

Pero ahí estaba, si cabe más asentada, más cabal. Ni que decir tiene que también crecía la confianza que en mí depositaban Sus Majestades. Quizás el trato natural que yo les dispensaba los llenaba más que todas las loas y los regalos con que esa nobleza alemana y austriaca los recompensaba. Les faltaba lo más importante: calor humano. Y eso estaba más al alcance de un napolitano, bien educado, eso es cierto, que de un centroeuropeo.

La descarada preferencia que los emperadores nos dispensaban comenzó a «levantar ampollas», que diría un español. Yo, además, sinceramente, respetaba el arte de Carlos VI para la música. Hablo de un emperador con dotes superlativas para este noble y, como todo el mundo puede suponer, complicadísimo arte, que hizo crecer nuestra complicidad en otras muchas cosas.

Nuestra confianza fue en aumento. Y hoy es el día que agradezco a aquel gran hombre los sabios consejos que me procuró. Cuando me escuchó de nuevo tras mi recuperación acertó en guiar mi canto por otros derroteros y supo ver en la música que salía de mi voz unas cualidades profundas que hasta yo consideraba anecdóticas, imbuido como estaba en una línea de voz más devota de la maravilla que de la emoción. Era justo lo que él buscaba, lo que él apreciaba no sólo en mí, sino en todos los músicos que le rendían tributo.

«Ha llegado el momento de que cantéis como un hombre y no como un gigante -me dijo-. Adoptad un método más sencillo y conquistaréis los corazones.» Reconozco que al principio me desconcertó. Pero con el tiempo he ido descifrando la verdad de aquellas sabias palabras. Había llegado la hora en que Farinelli, para pasar a la posteridad, debía alejarse de su vertiente más artificiosa para teclear los mecanismos del alma humana de manera más sencilla, cercana.

Ahora veo que también el tiempo le dio la razón. Porque durante las décadas siguientes de los cuarenta y los cincuenta la obsesión por el despliegue técnico y enrevesado que dominó a nuestra generación fue dando paso a una sana contemplación, a un prioritario sentido de la degustación

musical que es el signo del estilo impuesto después por Guadagni o Rubinelli, perfeccionado con genio extremo más tarde por mi amigo Gluck.

Seguí al pie de la letra el consejo del emperador y no tardé en notar el efecto entre el público. No me fue difícil distinguir no tanto suspiros y entonaciones de admiración como un tejemaneje de pañuelos para aliviar el llanto de las señoras y de no pocos varones, a quienes mi canto profundo fue ganando para la causa a base de desarmarles de su absurda masculinidad. Sus Majestades en cambio sonreían, y yo comprendí en la tibieza de sus rostros lo duro que debe de ser no estar preparado para dejarse llevar por las emociones.

Ésa y otras muchas cosas me han inspirado piedad hacia los poderosos. A veces son más esclavos por dentro que nosotros súbditos por fuera. Por eso me impresionó tanto la desnudez de Felipe V en España, el rey más transparente y desgraciado que he conocido en mi vida. Pero sobre eso repararé más adelante.

Yo sé que a Sus Majestades imperiales nada les habría hecho más felices que el hecho de que me decidiera a fijar mi residencia en Viena. Y a mi buen amigo Metastasio, también. Desde que recuperé mi salud me colmaron de parabienes, regalos y honores. Llegaron a nombrarme Hofund Kammer Musicus, cantante de cámara de la corte, un título que suponía una renta de por vida, y cada día que pasaba yo me encariñaba más con aquellas gentes.

Pero mis compromisos en Italia forzaban mi regreso. Había firmado mi vuelta a Venecia y me resultaba impensable cancelar las actuaciones del Carnaval. El emperador insistió en que regresara después a Viena y mi intención en aquellos días fue aceptar su invitación. Jamás pensé que en los años que me quedaran de vida no iba a volver a pisar nunca aquella ciudad que conoció mi arte y mi debilidad, ese lugar que reforzó mi humanidad y debilitó la condición divina que algunos habían querido imponerme sin ser conscientes de que tales exageraciones nos hacen, a los de mi condición, mucho más frágiles ante la adversidad.

12

Sin embargo, no fue el deber lo que más pesó en mi vuelta a Italia. Ahora que lo medito, debió de ser esa oscura tendencia a no convertirme en nómada. Empezaba a sentir la necesidad de echar raíces. En Nápoles seguían mi madre y mi hermana, pero quedaba muy lejos, a mi parecer, de dónde yo debía hacerme presente. Establecerme allí podría haber supuesto un serio freno a mi carrera. Bolonia, donde siempre me sentiría protegido por Pepoli y donde me encontraba a gusto, comenzaba a imponerse en mis anhelos como la ciudad en la que más me convencía fijar una residencia donde recalar.

Comenzaba a percibir el peso de los años, de los viajes, de la provisionalidad. Demasiadas maletas, demasiados carruajes. Sé que viajar es un privilegio con el que no todos los hijos de Dios podemos contar, pero cuando el movimiento constante contagia tu alma con una sensación hueca, con la terrorífica sospecha de que nada es duradero, sientes una especie de miedo al vacío.

Todavía me quedaban muchas leguas por recorrer y países por descubrir a fondo. No había llegado todavía a Inglaterra, ni había sido llamado a España, el otro lugar donde he sentido una fuerte vinculación vital y que, probablemente, no habría abandonado de no ser porque ésa fue la firme voluntad de Su Majestad Carlos III. Pero ya entonces comenzaba a sentir la necesidad de una mayor estabilidad.

Quizás a eso se han debido también algunos de mis ataques de melancolía. Aparecían, además, siempre unidos al eterno deseo frustrado de vivir plenamente un amor. Me pasó con Vittoria Tesi, ya es inútil que lo siga ocultando, pero me ha ocurrido con otras mujeres también. El caso es que la música, que durante los años anteriores había sido mi única obsesión, mi

patria más reconocible, ya no servía de por sí para llenar por completo mi vida.

Supongo que todos los capones hemos sentido esa lógica rebeldía contra nuestro propio cuerpo, contra nuestras circunstancias. Aunque esa convicción de que la vida hubiese sido otra muy distinta de no pertenecer a esta casta no confiere razón suficiente para pensar que el camino no haya resultado tortuoso en algunas ocasiones. Y si bien en esta hora he hecho balance y he llegado a la firme conclusión de que mi vida ha estado casi siempre guiada por la fortuna y el éxito, no oculto que han amanecido días en que me he sentido profundamente desgraciado por mi condición.

El 29 de octubre de 1732 me convertí en ciudadano boloñés y acordé con Pepoli mi deseo de ir acumulando en la ciudad que me adoptó la fortuna que lograra reunir en aquellos sitios donde cantara. Allí también me decidí a establecer residencia y compré un terreno en las afueras, cercano a la Porta delle Lame, donde con el tiempo fui construyendo esta mi casa. La misma en la que desde hace unos meses me ha dado por juntar las letras donde voy revelando el humilde balance de mis vivencias.

Aquí no sólo me sentía bien acogido, sino que en esta ciudad, como en Nápoles, existía un respeto reverencial por el arte *castrato* gracias a la fama, a la influencia y al respeto que inspiraban maestros como Bernacchi, con quien debuté en un duelo ya relatado, o Tosi y Pistocchi. Además, tanto Riccardo como yo pertenecíamos a la Academia Filarmónica boloñesa, una de las más afamadas de Italia.

Ha sido una buena decisión ponerme al servicio de la tinta y el papel. Desde que llené la primera hoja hasta ahora he tenido tiempo para concluir ciertas verdades que a nadie deben incomodar más que a mí, pues sólo me queda rendir cuentas ante el Altísimo. La experiencia de la escritura se me antoja como poner orden en la nebulosa de mis peripecias, y agradezco tanto a mi amigo Metastasio como a mi admirado Casanova que, ambos, me impulsaran a decidirme.

No me asiste el talento para las letras con el que ellos cuentan, pero este ejercicio tan sólo es una expiación personal que no tiene por qué leer nadie ni interesar más que a mí, ya que me sirve para entonar el alma. Dejaré dicho que lo guarden a buen recaudo. La sinceridad en él contenida no deseo que

sea utilizada contra nadie. Allá cada cual con su conciencia.

El año en que conseguí el honor de la ciudadanía boloñesa también acudí al Carnaval de Venecia. Recuerdo que las expectativas eran terribles. El frío echaba a los espectadores de los teatros y los canales estaban literalmente congelados. La niebla y el vaho imponían un aspecto definitivamente espectral, y si un empresario conseguía vender más de cien localidades para un espectáculo muy digno, podía darse por satisfecho.

Con ese pavor al fracaso comenzamos la temporada con *Adriano in Siria*, de Giacomelli. Para nuestra sorpresa, vendimos más entradas que el año de mi debut. Venecia jamás me ha defraudado y hoy es el día en que me arrepiento de no haber cantado más allí. La de 1734 fue mi última estancia en una ciudad que realmente colmó todos mis sueños. Aún me emociona recordar la campaña organizada en teatros y con opúsculos pidiendo que no me fuera a Inglaterra.

Pero antes de echarme a la mar tuve la fortuna de vivir otros éxitos no sólo en Venecia, sino también en Florencia y en Bolonia, donde canté *Siroe, re di Persia*, de Hasse, con libreto de Metastasio y con el reparto más en boga de la época. Aunque, de no ser por el inconveniente del imbécil de Caffarelli -¡Dios mío! Jamás entenderé qué gracia le encuentra el actual rey Carlos de España-, la compañía en escena habría colmado todos mis sueños ya que, además de contar con la Bordoni y Anna Maria Peruzzi, el cartel nos reunía de nuevo a Vittoria Tesi y a mí.

El reencuentro volvió a desatar en mí sentimientos contradictorios y difíciles de situar dentro de un orden racional. Si bien me sentía el hombre más dichoso del mundo por verla otra vez, también era el más desgraciado por mostrarme incapaz de confesarle mis verdaderos sentimientos. Una vez más, la frustración me embargaba y me dominaba hasta límites insoportables.

En este caso, en aumento. Comprendí que aquello iba a ser imposible, como lo ha sido toda mi vida el amor. Siempre se me ha revelado injusto el trato que los castrados hemos recibido en los países bajo influencia de la Santa Madre Iglesia. Jamás se dignaron sus autoridades dar un permiso especial de casamiento a un capón. Era imposible porque el matrimonio, según ellos, se sustenta en el sagrado principio de la procreación y no en el del amor, que es el que a mi juicio debería imperar.

Tan sólo se han dado casos de matrimonios con capones en países protestantes, algo que siempre me ha llenado de envidia. Y si bien no éramos vistos como aberrantes enfermos -tal como la Iglesia ha juzgado a los invertidos-, sí hemos sido discriminados para conseguir la felicidad a la que resulta lícito que todo hombre aspire.

Me confieso piadoso, creo en Dios Nuestro Señor y me someto a sus severas leyes. Pero otra cosa son sus representantes en la tierra. Como ya no me queda nada por temer, ni castigo alguno que me haga mal aunque me lo inflijan, no me creo consciente de cometer pecado si digo que comparto ese desprecio por el clero que se palpa de manera furibunda en los escritos de mi admirado Voltaire. Aunque sin llegar a extremos que me resultan a veces violentos y con excepciones, como la de mi amigo el padre Martini. Él sabe aligerar mi soledad cuando me acompaña en mi retiro boloñés.

Creo que es cierto que alguien debería en alguna época, ojalá no muy lejana, detener los desmanes de quienes gobiernan la Iglesia. No exagero si digo que son los principales culpables a la hora de frenar el progreso y el goce de las artes en países como España. Su poder es allí, a todas luces, exacerbado, ilimitado, carente de toda lógica considerando la verdadera palabra y las enseñanzas del Nuevo Testamento.

La manera en que la Iglesia ha pagado su deuda con los capones se ha revelado como el símbolo de una hipocresía. Parecían reprimir en nosotros la mala conciencia que les debía producir íntimamente nuestra mutilación. A no pocos clérigos de aspecto repulsivo les oí decir en vida que éramos caprichosos y que no se podía esperar nada bueno de nosotros. Lo mismo opino yo de ellos, y hoy es el día en que me arrepiento de no haber formalizado, aunque sea al margen de toda norma y convención, una relación seria con ninguna de las mujeres que he amado: con Vittoria, con Teresa Castellini en España, que fue mi idolatrada alumna, o con aquella bailarina de la compañía que amé en secreto antes de marcharme a Inglaterra.

Hoy es el día en que siento envidia en ese aspecto del modo en que han actuado otros cantantes. Como el mismo Caffarelli, al que no le han dolido prendas a la hora de mostrar su amor y su relación con esa aristócrata romana. O de cómo el maestro Bernacchi también aireó su romance con la cantante Antonia Merighi. Yo fui cobarde no atreviéndome a hacer gala de

ese sentimiento básico en el ser humano. Más cuando no encuentro ninguna razón para avergonzarse. Que sean otros quienes experimenten sonrojo por no ser capaces de cumplir los votos con que se comprometieron a servir a Dios Nuestro Señor y a la Santa Madre Iglesia.

No deben ser estos asuntos los que ocupen de una manera desproporcionada mi testimonio. No debería desviarme por vericuetos que al fin y al cabo producen en mí frustración y rencor. Sobre todo cuando es ya demasiado tarde para enmendarlos. Sé que quedarán en mi cuenta de haberes y deberes como algo encasillado en el apartado de los arrepentimientos. Igual que lo fue también, ya dije antes, mi salida demasiado prematura de Venecia. Creo que pesó en mí un error de cálculo evidente. Siempre había planeado dejar de cantar allí en el punto álgido de mis capacidades y así fue, pero podía haber aguantado dos, quién sabe, tres años más, quizá cinco.

Para el Carnaval de 1734 canté *Berenice*, de Araya; el *Artaserse* de Hasse y *Merope*, de Giacomelli. Es una ópera que me ha acompañado hasta el fin porque a ella pertenece la maravillosa aria «Quell'usignolo che innamorato», una de las que debía cantar continuamente a Felipe V. Debo confesar ya, en la hora en que urge retirarnos todos las caretas, que el auge de Caffarelli en la ciudad me incomodaba también. El otro alumno aventajado de Porpora, la nueva sensación, la carne joven, me acechaba, y la aceptación de esos modales antipáticos, irrespetuosos y hasta violentos y caprichosos con el público me sublevaba.

Esa escuela de la exquisitez que yo siempre había tratado de implantar fracasó cuando apareció el niño mimado de Caffarelli. Tampoco entendí cómo Porpora lo había soportado y no se había deshecho de él. Su canto, hay que reconocer que era bueno. Pero no tanto como para alcanzar las cotas de excelencia que le permitieran conseguir todo lo que se le antojara, por muy excéntrico que fuera.

Estoy seguro que de él partieron los infundios que me decidieron definitivamente a marcharme. No sé por qué ni de dónde salieron las habladurías malintencionadas que contaban mi ruina y a la decadencia de mis cualidades. No eran ciertas y no me quedó más remedio que desmentirlas entre las personas de mi confianza: Pepoli, Porpora, Metastasio y mi hermano Riccardo, acaso, junto con el resto de mi familia y Vittoria Tesi, las personas

que más me importaban en el mundo.

Aquello me produjo una tristeza infinita y no vi, entonces, otra salida que la huida de dicho ambiente viciado en el que me negaba a tomar parte. Todo andaba demasiado podrido y anunciaba el advenimiento de una nada deseable nueva época plagada de decadencia y corrupción moral, que acabará con todos nosotros.

Así que la invitación de milord Essex, embajador de Inglaterra en Turín, de trasladarme a Londres llegó en el momento preciso. El encargo consistía en formar una compañía junto a Porpora. Estaba alentada por el príncipe de Gales para hacer la competencia a la que dirigía entonces nada más y nada menos que mi admiradísimo Haendel.

Mi anuncio no fue del agrado de nadie a lo largo de toda la península. Algunos lo vieron como una auténtica traición. Algo increíble. Florencia fue mi postrer escenario y la última noche supuso para muchos la misma desgracia que para una madre ver partir a un hijo. Pero estaba decidido, no había vuelta atrás. A fines del verano de 1734, me marché. Debía romper el que durante muchos años fue el glorioso, pero que entonces se estaba convirtiendo en pernicioso, cordón que me había mantenido hasta entonces atado a Italia.

13

Partí hacia Inglaterra con sentimientos encontrados, presa de una paradoja que me ayudaba aún más a tomar decisión tan drástica. Las contradicciones surgen como algo natural en los capones, que somos voces de mujer presas en cuerpo de hombre. ¿Existe mayor cosa opuesta en una misma criatura que ésta? A lo largo de mi vida he comprobado que los asuntos aparentemente más disparatados entre sí, menos devotos de la lógica, son los que me han hecho mover montañas.

En este caso figuraba un protagonista para explicar mi comportamiento contradictorio: Georg Friedrich Haendel. Respondía yo a la llamada de mi maestro Porpora, referente a la invitación de milord Essex, de acudir a Londres para formar parte de una compañía impulsada por el príncipe de Gales. Un personaje, según me advirtieron, tan encaprichado como vengativo y, al tiempo, amante fanático de la ópera italiana.

Su Alteza se había hartado de los desplantes y los desaires de Haendel. El maestro había sido el mayor introductor de nuestro arte en Inglaterra con una compañía propia. Compuso obras alabadas por todos, pero a su sublime sentido artístico parece que no acompañaba en absoluto un carácter irascible, despótico y nada complaciente con quienes, sobre el papel, merecen mayor respeto por clase.

Yo había sido llamado para luchar contra el protagonismo y la preponderancia de Haendel. Acudí presto al reto que me hizo pasar en aquella isla casi tres años de mi vida. Pero si acepté fue más movido por la curiosidad de agradarle a él que por el ánimo de destruirle. Mi hermano Riccardo y yo le admirábamos por encima del resto. Debido a esa razón, decidió acompañarme a Londres al principio, aunque poco después tuviera que volver a Italia. Nada

me habría hecho más feliz que cantar para el maestro. Cuánto envidié a Senesino por ello.

No dejan de asombrarme los a menudo oscuros mecanismos que mueven el comportamiento de los hombres. Si muchos, yo entre ellos, nos paráramos a recapacitar sobre algunas acciones, nadie habría sido capaz de hacer bailar como conviene la extraña peonza que mueve el universo.

Atravesé Francia desde Turín durante varios días, con una parada pertinente en París, esa ciudad donde me habría gustado triunfar en vida pero que no mostró nunca el interés supuesto por disfrutar de mi arte. Siempre me agradó recorrer aquel país, lo confieso, pese al resquemor que me producía el desprecio de su público. Esa reacción me irritaba más que la piel inconvenientemente expuesta al sol. Se come de maravilla en cualquier cantina y la amabilidad de sus gentes resulta de agradecer salvo en su capital, donde pueden hacer patente un desdén demasiado cruel por quienes no muestran agrado. No es que me haya pasado a mí, pero lo he atestiguado en otros, sin venir al caso.

Finalmente, cogí el barco que me llevó de milagro hasta Inglaterra después de una travesía de mil demonios. Nos rodeaba una mar encrespada, histérica, diría yo, que me hizo añorar la suave amabilidad del Mediterráneo napolitano y me instruyó sobre la dureza de carácter que puede llegar a imprimir la presencia del océano en las gentes de otros puertos.

Llovía en Inglaterra, cosa nada extraña como luego fui comprobando en ese país de humedades e incomodidades varias. No me sorprende ya ese carácter conquistador de sus habitantes. Viviendo allí, dan ganas de salir en busca de paraísos más amables. Eso, unido a un orgullo y a una insoportable sensación de autosuficiencia cuyo verdadero origen no he sido capaz de desentrañar durante todos los años que allí pasé, convierten a los ingleses en un pueblo demasiado amante de la guerra y la batalla para mi gusto.

Pero también lo son del arte, cosa que les convierte en merecedores de mayores elogios. Su pasión por el teatro hablado se revelaba como una auténtica desmesura. Disfrutaban más de su William Shakespeare que los venecianos lo hacen de Goldoni o los franceses, de Molière. Ríen con sus ágiles comedias, sufren con sus trágicos dramas, se precian de conocerse a sí mismos con el espejo que ese genio de las letras les dejó plantado delante en

su *Hamlet*, su *Macbeth*, su *Rey Lear*, obras en las que siempre he descubierto nuevas enseñanzas y grandes verdades cada vez que las he leído o contemplado en la voz de sus muy admirables actores.

Por la música también han sabido mostrar casi siempre un sano aprecio. Es curioso, pues se pueden contar con los dedos de una mano los talentos patrios y, sin embargo, les encandila. Salvo Purcell y Dowland, es difícil resaltar a estas alturas un músico inglés que merezca la pena. E incluir a Haendel entre los suyos me parece discutible. El maestro es profundamente germánico y no considero de justicia que se le tenga por inglés después de los disgustos por los que sus nobles y reyes le han hecho pasar.

Pero la avaricia y el escaso sentido de la justicia que muestran los pueblos con respecto a la historia son siempre impredecibles. Quién sabe entonces si él pasará a sus páginas como inglés o yo mismo como español, cosa que por otro lado no me importaría. Al menos en parte, porque ha sido España el país que más satisfacciones me ha dado en vida.

«El Sajón», lo llamaban. Y sobre él habían llegado a Europa todo tipo de comentarios: desde los que encerraban mayor alabanza hasta los más crueles. Había vivido en Roma a principios de siglo, donde todavía se recuerda aquel duelo que mantuvo al clave con mi también admirado Domenico Scarlatti. El propio músico italiano tuvo que proclamar la superioridad de El Sajón, pese a que ha llegado a componer cientos de sonatas para dicho instrumento.

El combate con los grandes es lo que extrae de nosotros mismos las mayores glorias y estoy seguro que, lejos de hundirle en la miseria, aquel episodio alentó al joven Domenico a perfeccionarse. Algo parecido ocurrió con el maravilloso Arcangelo Corelli, uno de los intérpretes y compositores de violín más excelsos sobre la tierra.

Haendel, con aquellas proezas, pasó a ser uno de los músicos más respetados entre los de su condición. Su magisterio, su autoridad artística quedaban fuera de toda duda. No digamos en el arte del canto, un campo en el que yo y mi hermano habíamos mostrado un interés mucho mayor que cualquier amante del género.

Nos subyugaba todo lo que de él habíamos oído. Desde su temprana *Almira*, la primera ópera que compuso en 1705, muy reconocida en Italia, hasta otras obras suyas mayores que lo han sido con el tiempo. Hasta

entonces no habían llegado a oídos de todos ni el *Rinaldo*, el *Teseo*, *Silla*, *Radamisto* ni la genial *Giulio Cesare*, quizá la mayor que se haya compuesto hasta el día de hoy. Lo confieso de corazón.

A tamaño gigante debía yo enfrentarme. Por entonces, en los días de mi llegada, no contaba con argumentos de peso para detestarle. Me los expuso Porpora, que había sufrido durante el año que llevaba allí residiendo ataques y desplantes propios del ogro feroz que todos creían apreciar en él. Pero yo llegaba determinado a formarme mi propio criterio, alejado de las influencias de los demás.

Para ello era necesario que me acercara a verle trabajar, aunque resultaba evidente que no debía llamar la atención. Mi visita a Londres había sido largamente esperada y ya se conocía que de un día a otro aparecería en la ciudad para formar parte del proyecto auspiciado por el príncipe de Gales.

Por tanto le dije a Porpora que aplazase un día el anuncio de mi arribo para poder así acercarme de incógnito al teatro en que esa noche actuaría la compañía de Haendel, dirigida por él. Me envolví en mi capa más negra y escogí un sombrero también oscuro con el que ensombrecer mi rostro. Así permanecí durante toda la representación del mejor *Giulio Cesare* que habré escuchado en mi vida, completamente absorto en la emoción directa, el ritmo, la exquisitez de los cantantes, la fastuosa y grave belleza de la música.

Haendel parecía un cíclope bajado de los cielos, un sencillo enviado portador de una música compuesta directamente por Dios. Se nos presentaba inmenso, sonrosado, alto, con una gordura proporcionada, aunque de un tamaño que transformado en temperamento podía imaginarme terrorífico. Aquella noche no noté rastro de ira, sino paz, arte mayúsculo, gloria divina regalada para voces humanas de las que yo deseaba ser partícipe.

Aunque eso iba a ser imposible. Aquel hombre que no parecía de este mundo había abierto demasiadas heridas en ese país implacable, de reacciones violentas, bruscas y en exceso vengativas. Yo había sido elegido para hacerle frente dentro de lo que podría convertirse en toda una escaramuza artística sin beneficio alguno para mis intereses.

Aquella maniobra se me antojaba todo un siniestro duelo. Una batalla mediante la cual los estamentos más poderosos de Londres, con nada más y nada menos que el príncipe de Gales al frente, iban a plantar cara a un artista

que había conquistado los corazones de muchos. Más cuando había logrado consolidar un arte que al principio a los ingleses les resultaba indiferente. No entendían nada de la acción por desconocer la lengua en que se concebía. Por tanto, si la música no los conquistaba en un suspiro arrebatador, perdían todo interés.

Haendel, con su talento musical, sobre todo, y sus habilidades de vivo empresario, había conseguido tornar imprescindible este arte nuevo en Londres, donde formó un enorme batallón de aficionados. La música de sus óperas se revelaba tan sublime, que hacía desfallecer al público de cualquier condición. Muchas veces me he preguntado si alguien capaz de conseguir eso no cuenta con bula para todo lo demás. Aunque se arme de desplantes, crueldades, desprecios, excesos... La respuesta era fácil en Inglaterra: dependía de la clase. Si no entrabas en los círculos de dominio y poder, no tenías nada que hacer.

Porpora, con sus habilidades más florentinas, vaticanas diría yo, incluso, antes que meramente napolitanas, había conseguido introducirse en aquel enrarecido y malencarado ambiente. Con su carácter abierto, complaciente, generoso, se había ganado a aquella partida de nobles soberbios y altivos. La verdad sea dicha, con que agacharas un poco la cabeza en los momentos clave, les bastaba para otorgarte su bendición anglicana.

Haendel, en cambio, jamás se plegó. Nunca aguantó sus componendas, sus caprichos, sus consejos que, por otra parte, no transmitían nada docto. Ninguno de ellos podría competir en conocimiento ni sensibilidad musical con Su Majestad Carlos VI, emperador de Austria, por ejemplo, y sin embargo se las daban de entendidos mayores. Eso, además, multiplicaba los impulsos provocadores del músico. Si se les antojaba una cosa, Haendel componía justamente lo opuesto a sus deseos. Así, además, llevándoles la contraria, el maestro logró grandes hallazgos en la ópera y no digamos después en los oratorios: en su *Mesías*, en *Jephte*, su *Saúl*, su *Israel en Egipto*, verdaderas óperas sacras.

Siendo justos, a dicha consolidación en Inglaterra había contribuido también sobremanera el talento de Senesino. ¿Qué me cuesta a estas alturas mostrarme incluso generoso con los éxitos de mis enemigos? Ya sé que ellos no lo han sido jamás con mi arte. Pero yo soy distinto, al menos me gusta

pensarlo. Y un claro ejemplo de ello reside en que no cultivo el rencor ni la revancha como virtudes, más bien los desalojo de mis intenciones en cuanto osan llamar a la puerta de mi ánimo.

La relación había durado trece años, muchísimos si tenemos en cuenta los caracteres de ambos. Rompieron, según me relató Porpora, en la temporada de 1733, justo un año antes de mi llegada, por lo que el príncipe de Gales y sus secuaces querían aprovechar la debilidad del maestro. Primero, echándole en cara haberse enfrentado con Senesino, algo para ellos imperdonable. Después, poniéndole en jaque conmigo en una compañía en competencia: la que se dio en llamar Opéra de la Noblesse, que tendría su sede en Lincoln's Inn Field.

Dios mío, cuando lo que yo hubiera deseado más en esta vida era servirle a él, al mayor talento creador que pisaba en esos momentos la tierra, a aquella constante e inagotable luz musical que nos ha regalado algunos de los momentos más bellos jamás escritos para la voz humana. Pero el dinero es bastardo y yo había llegado a Londres requerido por Federico, príncipe de Gales. El niño avieso de la corte no quería perder la oportunidad de dar un disgusto, de paso, a sus padres, los reyes Jorge II y Carolina, para quienes Haendel resultaba intocable.

Ahora, en la recta final de mi existencia, en la inaplazable cita del balance, lo medito también. Si hubiese acudido a la primera llamada que me hicieron de Inglaterra, años antes, no recuerdo bien en qué fechas, podría haber logrado mi sueño de cantar para Haendel. Pero, a esas alturas, la verdad es que para poder sentirme iluminado con un simple destello de su arte, para observarle actuar, trabajar y crear con la intención de aprender algo de su inmenso magisterio, debía conformarme con cantar contra él...

14

Mi llegada a Londres no hizo más que desatar en el mundo de la ópera italiana lo que a mi juicio representa uno de los más insoportables defectos de los ingleses: la división insalvable entre dos rivales. Forma parte de su idiosincrasia, así les fluye la sangre que corre por sus venas: en dos cauces. De la misma manera que un buen *whig* jamás se convertirá en *tory*, quienes se mostraban partidarios del rey no podían serlo del príncipe de Gales, o los que admiraban a la Cuzzoni no regalaban ni un elogio a la Bordoni... Yo sólo esperaba que, en medio de ese desagradable conflicto, a mí se me midiera con Senesino y no con Haendel. Sencillamente, porque tenía muchas más posibilidades de salir ganando ante la historia de la primera manera que de la segunda.

Parece, por lo que nuestra escasa perspectiva comienza a apuntar, que así ha resultado. Ser visto como enemigo de Haendel, para mí, hubiese representado uno de los mayores fracasos de mi carrera. Algo imposible de superar hubiese supuesto un catastrófico balance respecto a lo que he querido encarnar en la música.

A mi humilde entender, Haendel era el auténtico revolucionario de nuestra época. Mucho más de lo que lo fue Vivaldi, demasiado entregado a los gustos preponderantes, casi convertido en un canon demasiado opresor, esclavo de la impresionante cantidad de obras que ha compuesto en vida. Haendel había logrado tomarle el pulso al futuro. Un futuro en que la ópera estará sujeta a los dilemas de los personajes tanto o más que a la acción, y que deberá describir con música todos los torrentes y vacíos que pueblan las almas de aquellos a quienes se da voz.

Sólo así el arte será útil, sólo así la ópera subyugará y ayudará a las

gentes que la contemplan. Tanto Riccardo como yo hemos hablado muchas veces de esto y de cómo algún día, sobre todo en Italia, el público dejará de acudir a los teatros en busca de la pura, simple y escasa maravilla para hallar algo mucho más profundo, algo que hoy muchos sólo encuentran en las iglesias. Entonces, el teatro se convertirá en ese templo que muchos ansiamos en lugar del desbarajuste que es hoy, para desgracia de los que hemos trabajado en él.

En la batalla contra Senesino, guardaba una carta que sabía iba a poner de mi parte a la mayoría: la belleza de mi voz. Es lo que diferencia a un cantante excelente de uno muy bueno. El timbre, el sonido de la voz. La técnica se aprende y resulta obligación de todo buen artista dominarla de sobresaliente manera. Pero la belleza de la voz es física, se tiene o no se tiene. De que la mía era mucho más bella que la de los otros cantantes contemporáneos no andaba convencido sólo yo. Sería una insolencia por mi parte recogerlo así. Fueron el público y los cronistas quienes lo certificaron.

También, por insólito, por indescriptible, el hecho de que mi voz sonara como la más desafiante entre el resto va a resultar para ti -querido lector de estas líneas en las que he decidido desplegar los vaivenes de mi vida- un acto de fe. Lo creerás o no, porque no hay nada que pueda dejar constancia de ello. A veces reflexiono, y me entristezco por esa razón. Pareciera que no tenemos derecho los cantantes a hablar de legado. Nuestro arte muere en el mismo instante en que cerramos la boca, y queda sólo recogido en la memoria y los corazones de quienes llegaron a escucharnos.

Por eso me he empeñado en dejar constancia de algo concreto y posible en estos escritos. Pero he de confesar que la escritura también resulta un acto doloroso porque te conduce al recto camino de la verdad, como en este caso. ¿Cómo puedo convencerte yo, Farinelli, el capón de Su Majestad, el *castrato* que más gloria alcanzó en Europa, de que todo lo que te he dicho sobre mi arte es cierto?

Podré probar y podrás constatar las ciudades en las que he vivido, quiénes me han instruido, en qué cortes me colmaron de honores, qué óperas canté, en qué teatros, y aun así hallarás fallos e inexactitudes varias, porque mi propia memoria me traiciona en muchos detalles y ya ha llegado el día en que no recuerdo lo que hice ayer ni lo que debo hacer mañana. Pero, de mi voz,

¿quién te da prueba?

Ni siquiera estoy yo a veces de acuerdo con los juicios que he escuchado sobre ella, más por exagerados que por injustos. ¿Quién soy yo para medir la emoción que mi propio instrumento produce? ¿Quién soy yo para matar la ilusión de los que creen escuchar algo que para mí no se ha logrado? Quizá sea una exagerada muestra de autoexigencia, pero vivo convencido de que es la única forma de alcanzar la autenticidad, esa luz que nos ayuda a mantener tranquila la conciencia.

Las cartas debían ponerse boca arriba y llegó el día en que me presenté ante el público en Londres. Había pasado con nota la prueba de los recitales íntimos, en casa de mi amiga Cuzzoni. Por allí habían desfilado principalmente músicos, cantantes, gentes del teatro. Aunque no fue en ese lugar donde quise demostrar todas mis capacidades. Sí es cierto, como pude comprobar, que mi arte los inquietaba y emocionaba. Pero quería reservar todas mis fuerzas y talento para el día de mi estreno.

Los reyes me invitaron a cantar en palacio y me pidieron que les interpretara arias de Haendel. Demasiado pronto pude explorar, pues, mis anhelos más íntimos. Y aunque sé que al príncipe de Gales no le gustó que yo atendiera los deseos de sus padres, lo hice con sumo placer, esforzándome en disimular la verdadera emoción que me produjo ejecutar esas notas por primera vez y sentirlas recorrer mi cuerpo como un fluido natural, concebido a medida de mi voz. Pese a mis esfuerzos por convencerlos de que jamás había cantado la música de Haendel, pocos de entre los presentes, prácticamente nadie de la corte, debieron de creerlo después de escucharme. Los primeros, los reyes, que agradecieron sobremanera la actuación y me aseguraron que jamás habían sido testigos de nada semejante.

Pero el día señalado fue el último martes de octubre de 1734, en Haymarket. Es cierto que me encontraba tranquilo. Riccardo me había asegurado que estaba cantando muy bien y habíamos preparado juntos con mucho esmero y mucho tiempo *Artaserse*, de nuestro querido Hasse. Se trataba de la ópera con la que más seguro me sentía entonces. Asistieron Sus Majestades, con quienes ya me había unido el lazo secreto de nuestra común admiración por Haendel, y, por supuesto, mi protector, el príncipe de Gales.

Por toda la ciudad habían corrido los mejores elogios de mi voz y se

respiraba una expectación de las grandes. Por eso también quise escoger *Artaserse*, uno de los papeles en los que he sentido de manera más pesada el reto sobre mi cabeza. Participaba en casi treinta números, tenía diez arias y un dúo que siempre me ha fascinado.

Cuando funcionaba, se convertía en el éxito más apoteósico que podía vivir un teatro. Además, suponía todo un reto directo e indisimulado a Haendel, aunque sólo fuera por la enemistad declarada entre Hasse y él a causa de los desplantes que El Sajón había hecho a la Bordoni, entonces esposa de Johann Adolf.

El éxito fue tal que Riccardo y yo pudimos cumplir nuestro sueño de estrenar en público su aria «*Son qual nave ch'agitata*», con tal delirio que alguien contó más de cinco minutos de aplausos seguidos. Tuve que repetir el aria todos los días, así que, una vez más, Riccardo y yo quedamos aún más hermanados por nuestro nuevo triunfo en Europa. Por supuesto, Haendel había acudido a verme el primer día y me dijeron quienes se habían tropezado con él que no se le había observado cara de buenos amigos.

No es de extrañar que se sintiera destronado por los dos hermanos Broschi y la ópera de un compositor rival. Hasta su adorado Senesino había sucumbido al poder de mi voz. Cantaba con nosotros el papel de Artabano y me abrazó en escena como prueba de una sincera emoción, ante el entusiasmo de un público que percibió en su gesto la humildad que le hacía asemejarse a ellos.

Le tocaba a Haendel mover ficha después de tanta exhibición. No tenía otro remedio que destapar una carta. Se negó, así que la guerra quedaba condenada a continuar. Era demasiado orgulloso como para admitir que, de entonces en adelante, iba a necesitar buena ayuda. No le bastaba con el apoyo de los monarcas. Él quería al público, ansiaba seguir siendo el rey de la ópera en Londres, y con mi presencia allí le iba a resultar difícil.

Pronto comencé a sentir la devoción y la entusiasta admiración de los aficionados. Las mujeres me enviaban poemas, cartas de amor, auténticas declaraciones y proposiciones que iban más allá de toda decencia. También en Londres, los capones éramos la atracción por excelencia entre las damas de mejor posición. Nos creían auténticos manantiales de placer sin que cupiera el menor riesgo de nada.

Pero yo seguía completamente alejado de ese tipo de anhelos. Debía permanecer alerta y no mostrarme torpe en los rechazos por si alguna de las damas que tropezaban con mis negativas resultaba ser demasiado influyente como para enfrentarme a toda la corte. Aun así, aun contando con los riesgos, no quería experimentar la frustración que debe conllevar todo trabajo no terminado a conciencia, cosa que en mi caso era inevitable. Para nosotros, los lances amorosos suponían una decepción continua. Nunca he criticado a aquellos de mi condición que buscaban tales vivencias y las aprovechaban como les viniese en gana. Pero, para mí, la palabra «amor» ha sido siempre sinónimo de dolor, de fracaso. El precio más costoso que me vi obligado a pagar a cambio de todo lo demás.

Si el amor discurría por las afueras de mi vida sin que apenas yo reparase en ello, el arte no. El arte navegaba viento en popa. Los triunfos se sucedían. A la atronadora acogida de *Artaserse* le sucedieron otras tales con *Polifemo*, del mismo Porpora, que unió a toda la familia real en sus elogios. Repetimos con Senesino y la Cuzzoni, además, algo que a partir de entonces iba a convertirse en una constante ya exenta de tensiones. De Porpora también representamos *Ifigenia in Aulide*, luego llegó el *Adriano*, de Veracini, después de nuevo Porpora, con *Mitridate*... Aquella época acabó, quién lo hubiera dicho tan sólo seis meses antes, por hermanarme con Senesino. El público nos reclamaba juntos y yo, pobre iluso, creía que la alianza, aunque fuera por puro despecho, terminaría por acercarme de una vez por todas a Haendel.

Sin embargo, andaba bien equivocado. El resultado fue justo el contrario. Cuanto más triunfaba junto a Senesino, mayor era el desprecio de Haendel, que en su superior sabiduría vital debió de advertir mucho antes de lo que yo me figuraba la estrategia. Ahora me doy cuenta de que aquélla fue una actitud demasiado infantil como para torcer su firme voluntad. Y bien sea por su excesiva soberbia o por mi imperdonable inocencia, el caso es que quien a la larga pagó las consecuencias de nuestro desencuentro fue el público.

La constante frialdad de Haendel hacia mi persona me apartó definitivamente de Londres. Hubo otros factores que utilicé como excusa entonces, pero la auténtica razón fue aquélla. También sus desprecios sin tregua acentuaron en mí la desconfianza que jamás logré superar hacia los

londinenses. Desde mi llegada, algunas señales me hicieron sospechar que su hipotético amor por la ópera italiana no llegaría nunca a ser más que una moda demasiado pasajera.

Es difícil que los ingleses acepten algo que no sea concebido en su lengua original y sujeto a su horario. Pueden haber conquistado medio mundo, pero su desprecio por lo extranjero es fácil de advertir la tercera vez que alguien te mira por encima del hombro. A veces creo que salen a conquistar tierras para implantar su idioma, sus formas de vida y su ridícula religión anglicana, tan ventajista y aprovechada como ellos, por culpa de la insularidad. Lo hacen para no tener que soportar nada que les parezca extraño a su tono vital.

La lengua italiana les sonaba especialmente excéntrica. Pero no por nuestra manera de hablar, natural, se mire por donde se mire. Era por la suya, al intentar emularnos. Se sentían tan ajenos a nuestra forma de ver el mundo y la vida, que empezaban por tropezarse con la fonética. Pocos ingleses he conocido que dominaran el italiano y el español; desde luego todos estaban fuera de su país. Se volvían ajenos, extraños a su propia tierra, y habían decidido cambiar aquel puritanismo cotidiano por otras formas más abiertas de ver la vida.

Somos muy diferentes en el norte y el sur de Europa. Sin duda influye el clima. Aquella opresión grisácea de sus días casa mal con el cielo azul del sur. Hay atmósferas que invitan a la reclusión mientras que otras te empujan a beberte la vida en la calle y los campos, al sol.

Todo el loable intento por convertir en costumbre y afición permanente la ópera en Londres fue arruinándose poco a poco. Aunque confío en que el paso de Haendel, a la larga, resulte definitivo y nuestro legado llegue a asentarse en un lugar así. Confío en ello, aun a sabiendas de que se trata de una plaza lúgubre y difícil para que quede impregnada por la belleza de un arte como la ópera, tan extraño a sus axiomas. Si no ha sido válida la labor de todos los que hemos pasado por allí, si no ha servido de mucho, debo decir que lo sembrado por Haendel me sirvió después de inspiración para lo que el destino me tenía reservado en España. Aunque debo admitir que también temo que el trabajo realizado por mí y los italianos en la corte, siempre con la bendición de nuestras señoras las reinas, tan devotas de la música, quede ahora arruinado por la temible insensibilidad que ha mostrado Carlos III

hacia nuestro arte.

Pero ése es asunto que afecta a un relato posterior. Primero debo narrar la forma en que acabé en España sin yo haberlo buscado, ni siquiera planeado. Justo cuando comenzaba a difuminarse mi futuro en Londres, se me presentó caída del cielo -y por otras circunstancias más acordes con la razón, entre ellas el terrible sufrimiento que asolaba al rey mi señor- la oportunidad de acudir a la corte de Madrid. En Londres, las tensiones entre las dos óperas rivales se habían convertido en algo insalvable. Los defensores del carácter artístico británico, en el que como he señalado no entraba la ópera, «un arte extranjero» decían muchos, lanzaban campañas virulentas para que desapareciéramos de los teatros. Incluso algunos artistas, sin duda inspirados por lo que reconocidos pintores como Hogarth -un aficionado recargado y cursi si lo comparamos con Michelangelo, Caravaggio, Tiziano o Velázquez-, al que ellos tenían en un altar por el hecho de ser inglés, alentados digo por las mofas que éste había plasmado en los años veinte, apoyaban estas persecuciones con caricaturas que nos ridiculizaban y nos señalaban como criaturas deformes, dignas de un engendro del diablo. Eran conscientes de que encendían el ánimo de la gente y creaban una repulsión que acabó dañándonos.

En medio de ese ambiente desagradable, Porpora, Senesino y la Cuzzoni decidieron marcharse. Los dos primeros me aconsejaban hacer lo mismo, pero mi obsesión por Haendel no me dejaba entonces atisbar con claridad el futuro. Menos mal que aquella ceguera retrasó mi marcha y me libró de otras ofertas en el exterior que quizá habrían acabado apartándome de mi destino español.

En el fondo yo sabía que mucho no iba a durar allí. Comenzaban a proliferar las críticas furibundas. Ya *Siroe, re di Persia* no gustó. Pero volvimos a la carga con una ópera de Riccardo, *Merope*, que pasó sin dejar mucha huella entre aquel público demasiado gélido para lo que yo estaba acostumbrado a tolerar. Notaba que empezaban a aburrirse de mi arte y eso no había manera de arreglarlo más que de una forma: logrando una entente entre Haendel y mi humilde persona capaz de devolverles la ilusión por presenciar algo único. Pero aquello jamás se produjo, ni la amistad renovada que increíblemente resurgió entre Haendel y ese ser despreciable que fue el

príncipe de Gales me dio opción a replantearme un futuro en Londres. Su Alteza, su bajeza más bien, nos utilizó como perros en esa guerra que sólo él era capaz de entender y en la que todavía me pregunto cómo nosotros cometimos el pecado de entrar.

Fue en esos días de poco ánimo cuando llegó la carta de la reina Isabel por medio de su embajador en Londres, el conde de Montijo. En ella, Su Majestad rogaba que me explicasen su desesperada situación. El rey se negaba a salir de su encierro. Ninguna artimaña, ningún remedio médico ni espiritual lograban hacerle escapar de su negra melancolía. Sólo el fabuloso poder de mi voz podía salvarle, algo que en principio yo, mucho más modesto y razonable de lo que se supone que puede ser un artista de mi condición, jamás habría admitido que pudiera hacer.

Pero como el dinero que me ofrecían era mucho y además me sentía ávido de nuevos horizontes, no podía negarme a aceptar una invitación que, de surtir efecto, rayaba en el milagro. Todo aquello me empezó a intrigar. Nunca había valorado la posibilidad siquiera de conocer España; a esas alturas de mi vida pensaba ya que ni por curiosidad acabaría allí. Pero la llamada de la reina me resultó tan digna de piedad que no pude negarme. Tardé apenas un día en responder al conde de Montijo, un encantador noble español con un acento extraño en su forma de hablar inglés.

Observé que mi respuesta aliviaba cierta tensión en su rostro. Le comuniqué además mi itinerario, que contemplaba una parada larga en París, donde el rey Luis XV me había invitado a cantar. También le advertí que debía estar de vuelta en Londres para la siguiente temporada, ya que tenía unas obligaciones con la Opéra de la Noblesse que me vinculaban a ella prácticamente de por vida. Aceptó todo sin rechistar y me dijo que ese mismo día enviaría un correo con mis intenciones para tranquilizar a la reina. Quise enterarme de más detalles sobre la salud del rey, a lo que él me contestó que debido a su ya larga ausencia de la corte ignoraba el carácter y la gravedad de esta crisis. Pero si ya había conocido algunas anteriores de Su Majestad y le parecieron más graves que preocupantes, no podía imaginar el alcance de ésta. Según le habían advertido, era la peor de cuantas había sufrido.

Yo me mostré convenientemente preocupado, pero ahora recuerdo que todo aquello me resultaba, a priori, un juego un tanto macabro al que sólo

podía conducirme esa ansia de superación, rayana en lo milagroso, que me impulsó a partir hacia un país para mí tan misterioso como desconocido, aun a fuer de ser consciente de la huella española tan reconocible en Nápoles. Ese detalle también me animó. Algo me decía que no iba a encontrar en Madrid demasiadas cosas que me resultaran ajenas, una verdad que en Inglaterra, donde sucedía justamente lo contrario, comenzaba a repelerme y me inducía a huir de sus desagradecidas e insensibles entrañas.

15

Aunque el ansia de atravesar la frontera española ganaba fuerza en mi ánimo y agotaba poco a poco mi paciencia, decidí hacer un alto en París. Todo me empujaba hacia el sur, pero ese sentido de la precaución que siempre ha dominado mi conducta me frenaba todavía. La reserva es algo que aprendí de mi padre y que mis dos maestros del canto y la vida, tanto Porpora como Pepoli, han ayudado a asentar en mi carácter.

París me resultaba el lugar ideal para madurar la decisión de presentarme en España y el alto en el camino estaba contemplado en los planes que habíamos hecho llegar a la reina Isabel. Yo había sido advertido de su fama de dominante y altiva para muchos, cosa que luego, en su comportamiento hacia mí, resultó más que relativa. Mi llegada allí estaba prevista para principios de agosto, hacia finales de la primera semana, como así fue. Con lo que podía entonces detenerme al menos quince días en la capital, a la sombra todavía alargada del Rey Sol.

La corte había sido heredada ya por su hijo y yo me dirigía en España a los dominios de su nieto, cuyas vacilaciones e inseguridades, a mi modestísimo entender, tenían mucho que ver con la influencia desmedidísima que ejerció sobre él su abuelo. Hasta el día de su muerte, Felipe V reinó pendiente de que sus decisiones agradasen más al Rey Sol que a su pueblo. No por eso dejaron de apreciarle pese a lo traumática que resultó para España en algunos aspectos la implantación de una nueva dinastía, con sus guerras y desgracias, tutelada además, a sabiendas de todo lo que eso supone de palpable amenaza, por su vecina corte.

Aquel paréntesis mío en la capital francesa sirvió sobre todo para darme cuenta de lo acertada que fue siempre nuestra decisión de no probar suerte en

aquel país, tan fascinante y poderoso como digno de desprecio en su enfermiza falta de medida. No era un lugar donde los *castrati* tuviéramos mucho predicamento. Es más, resultaba evidente el desprecio que nos profesaban. Como si fuéramos resquicios de una manía más bien bárbara, nada sutil ni sofisticada. Así presumían los franceses que debían de ser las nuevas costumbres, implantadas por ellos sin complejos y con ánimo de dominación completa en casi toda Europa.

Yo personalmente me encargué de que no hubiera dudas sobre lo efímero de mi visita. Me harté de advertir que estaba de paso hacia España. Con eso quería que los comentarios hacia mi arte fueran lo más generosos posibles. Así ocurrió. Estoy seguro de que cualquier duda o señal sobre la más mínima intención de que mi estancia resultara demasiado prolongada hubiese servido a los detractores de mi arte para algún ataque injustificado. La ventaja de lo anecdótico en mi caso, en un país donde los de mi condición éramos perpetua diana de mofas y vejaciones generalmente gratuitas, se antojaba crucial para dejar una buena impresión.

Francia se mostraba rendida al poder de sus cantantes femeninas. Rameau, el compositor de cámara de Luis XIV, apenas había reservado papeles de comparsas a los *castrati* y las mujeres dominaban casi al completo ese mundo. El todopoderoso padre del entonces rey se había empeñado en crear una ópera francesa con sus rasgos característicos, más o menos opuestos a la italiana, que le resultaba demasiado ligera, ornamental, incluso prescindible. De ahí viene toda la carga plumiza de los trabajos de Rameau, repetitivos, con sus tempos excesivamente lentos, sus divagaciones, generalmente vacías, su falta de chispa.

Nunca me convenció aquello y me alegro de que posteriormente tuviera lugar la famosa querrela de los bufones en Francia. Surgió a propósito de una representación de *La serva padrona*, de Pergolesi, que ellos consideraron muy vulgar y pegada a la tierra en contraposición a la afectada parafernalia de los suyos. Yo prefería las audacias que encontraba en las obras de Porpora, de Hasse, de mi hermano Riccardo, incluso en la fascinante y riquísima fórmula veneciana de Vivaldi y por supuesto en la genialidad del maestro Haendel, que, vuelvo a repetir, consideraba el futuro de la ópera. Sea como fuere, en Francia se encontraban demasiado presos de su propio estilo,

impuesto por los gustos de un rey absoluto que no sólo pretendía el dominio político, y, si era preciso, militar, de toda Europa, sino también el reconocimiento y la implantación de una manera de concebir el mundo a través de las artes francesas.

Aunque eso me resultaba en cierto modo desmesurado y excesivamente pretencioso, con los años he llegado a comprender, también en contraposición a la evidente falta de ambición de otros países conocidos a excepción de Inglaterra, el auténtico alcance de una, a mi entender, *grandeur*. Se trata de esa cualidad, por otra parte detestada y digna de la más absoluta desconfianza por parte de todos aquellos que de algún modo veían peligrar sus usos y costumbres, propia de una forma de vida afrancesada.

Ese concepto se percibe nada más llegar a Versalles, que por aquel entonces se imponía como el pujante centro de Europa y, por tanto, del mundo. Asustaban las dimensiones, el derroche palpable a costa de un pueblo esquilado como un aquiescente corderillo, la excesiva, casi enfermiza autocomplacencia de la corte y los gobernantes en torno a ese estilo de vida. El lujo en los vestidos, en el mobiliario, en los adornos representaba el clímax de algo que no me extrañaría que estuviese a punto de desaparecer porque no puede llegar más lejos.

Debo dejar constancia de que cantar allí fue para mí una experiencia que nunca olvidaré. Las atenciones resultaron excesivas, desproporcionadas, como todo en aquel lugar empeñado en emular la corte celestial y que se derrumbará algún día presa de su propia soberbia. La ceguera de su mismo pecado los llevaba a pensar que no existía en ningún sitio algo que se pudiera comparar en profundidad a su manera de concebir la ópera y el canto. Tan poco digno de elogio como sus *tragedias líricas*. Por lo que yo pude comprobar, no había nada más alejado de la verdad que aquello.

La manera de cantar de sus figuras resultaba pobre, anticuada, carente de un básico estilo ágil, seductor, y mucho menos deslumbrante. Por eso me gustó aparecer ante Luis XV y dejarle, tanto a él como a toda su corte, realmente conmocionado. Pude premiarlos con una lección de humildad que los hiciera bajar un poco de su propio pedestal.

Supieron valorar en mi canto una auténtica distancia respecto a la manera que tenían ellos de ver las cosas. Un abismo en delicadeza, bravura,

exuberancia que jamás habían podido imaginar que existiera. La clave residió en el placer de escuchar una voz bella provista de todos los mecanismos de la técnica italiana depurada. Y, cómo no, ese asombro que también produce la experiencia bien dosificada en cada nota.

Fui colmado de honores y hoy puedo presumir de haber dejado la mejor de las impresiones delante de la corte francesa. Allí canté ante los reyes, que amablemente me recompensaron con una tabaquera de oro. Todavía la guardo, aunque no sé de qué utilidad le puede ser un objeto como éste a un cantante incapaz de permitirse el lujo de convertirse en adicto a semejante vicio. Debemos mirar por el bien de nuestra voz por encima de todas las cosas. Agradecí, no obstante, ese y otros regalos de los que fui objeto en varias casas parisinas donde tuve el honor de ser recibido. Me sentí muchas veces como un bicho raro, otras como un auténtico artista de renombre en cada rincón del continente.

Todas aquellas atenciones no consiguieron atarme lo más mínimo a un país que sigo considerando demasiado frío y poco comprensivo con las profundas razones de nuestro arte, el más noble y excelso de cuantos existen. Así que dejé París sin ningún pesar, convencido de que para alguien como yo no había el más mínimo futuro allá, ni apoyado por todos los soldados del imperio acompañados de los dioses del Olimpo.

Nosotros, los *castrati*, jamás hemos dejado de ser allí una extravagancia extranjera con escaso o nulo predicamento en su terreno. Un placer ajeno para ellos más digno de los excesos de todos los reinos del sur que de la templanza y la clase de la corte francesa. Miraban por entonces más hacia el centro de Europa que hacia otras latitudes las cuales consideraban ya dominadas por su dinastía, como era el caso de España. Un país que sus vecinos despreciaban sin complejos y no sin falta de razones en algunos casos, aunque reconocer esto me vaya a costar alguna incompreensión que muchos me harán pagar como una deuda histórica. Por no decir como una ofensa o una blasfemia.

Estoy preparado para eso y más en esta hora suprema que me premia con la inerme desnudez de la verdad. Soy consciente del riesgo que corro por ello. Ya se sabe cómo algunos se cobran este tipo de comentarios cuando se encuentran cuesta abajo, en la mayor de las decadencias.

SEGUNDA PARTE

ESPAÑA

16

Abandoné París provisto de no pocas viandas para el viaje y con algunas buenas botellas de vino que el príncipe de la Torella, provisor de mi alojamiento, tuvo a bien regalarme. Fue toda una prueba de amistad que jamás en mi vida he olvidado. Todas aquellas provisiones hicieron el trayecto mucho más agradable de lo que en un primer momento presumí. Tampoco Riccardo, que me acompañaba, y yo nos privamos de parar en las posadas que muchos miembros de la corte originarios de los lugares de paso nos recomendaron y en las que con sólo dar sus nombres fuimos tratados como reyes.

Los franceses son ariscos y fríos en una primera impresión, pero las cartas de recomendación ablandan la proverbial distancia del primer saludo. Si, además, quien porta dicha nota es un artista, la dureza inicial se torna de inmediato en una empalagosa *crème brûlée*. Las posadas francesas son agradables, están provistas de las mejores comodidades y generalmente pueden presumir de buena cocina, excelente en la mayoría de los casos.

Las distracciones del camino no me ayudaban en absoluto a reflexionar sobre mi futuro. Ahora sé que quizá lo iba esquivando. Pese a mis éxitos en París, donde no era fácil que apreciaran los atributos de mi arte ya que lo ignoraban prácticamente todo sobre el canto *castrato*, yo sabía bien que no contaba a esas alturas con las aptitudes físicas necesarias para seguir mi carrera con el mismo ritmo y nivel.

Cada vez que me daba por pensar en ello en aquellos meses, hacía lo imposible por borrarlo de mi cabeza. No me resignaba a darme cuenta, ni mucho menos a pronunciar la palabra que más a menudo dominaba mi mente: decadencia. El buen orden de los caminos, la fascinante arquitectura

humilde de los pueblos, la dignidad con la que muchos de ellos convivían con la pobreza y el exceso palpable de los grandes señores, ese gusto por la perfección individual que se apreciaba en la elaboración cuidadosa del pan, el vino y el queso, la ausencia de un calor agobiante, riesgo que podíamos haber corrido en pleno mes de julio, me ayudaron a distraerme en las primeras etapas del viaje.

Pero cada vez que aquella sensación de bajada vertiginosa acudía a mi mente, sabía que no iba a poder sortearla por mucho tiempo. La decadencia aflora dentro y va asociada a los achaques del cuerpo después. Dicen que los *castrati* somos longevos, es de las pocas cosas buenas que algunos predicán sobre nosotros. Pero esa idea de longevidad, en los de nuestra condición, se vuelve también un inconveniente, porque para nuestros detractores el hecho de que duremos muchos años va unido a que también se alargará en el tiempo nuestro carácter insoportable, nuestros vicios inexcusables, nuestras tretas caprichosas y todos aquellos defectos que muchos estarían dispuestos a extinguir de la faz de la tierra, incluso a costa del placer que somos capaces de proporcionar.

Mientras sobrevivamos en este mundo, más nos vale pasar desapercibidos. Quizás eso sea lo que yo pude encontrar en España: un retiro cómodo. Lo conseguiría si era capaz de agudizar virtudes que, confieso, había dejado un tanto apartadas en las últimas etapas de mi carrera. A saber: el sentido común y la discreción.

Las experiencias en Inglaterra y Viena, sobre todo, no habían contribuido a agudizar ambas, aunque bien es cierto que en aquellos dos lugares aprendí un par de cosas que me fueron de provecho. En Viena, debido a aquella terrible afección que sufrí, tomé conciencia de mi propia fragilidad. En Londres comprobé que no siempre uno, por muy divino Farinelli que sea, consigue sus propósitos. De España no esperaba gran cosa y, sin embargo, no ha habido un lugar tan digno de ser considerado mi patria que dicho reino, si exceptuamos Bolonia o el propio territorio de mi infancia en Nápoles.

También confieso que mis primeras impresiones no fueron halagüeñas. Dos semanas habíamos tardado casi en atravesar Francia desde París, de donde partimos el 15 de julio de 1737. Y quedaban unos diez días más de camino desde la frontera en Hendaya hasta La Granja de San Ildefonso,

donde debía presentarme, pues allí se alojaba toda la corte.

Había tenido a bien informarme sobre los avatares de un entorno que desconocía completamente, y aun diré más: sobre el que no había mostrado nunca el menor interés, si exceptuamos los años de mi infancia en Nápoles. Allí dominaban los españoles, de los que siempre me había incomodado su carácter más bien rudo y bravucón. Me parecía un reino lejano, inaccesible, tan borracho de su grandeza como oscuro en sus intenciones. Aquella negrura me atrapó nada más pasar la frontera, quizás advirtiéndome de que no encontraría en ese extraño país lo que previamente tuve a bien imaginar.

Leí crónicas viajeras sobre un sol proverbial, me informé de los usos y costumbres, de la comida, de los parajes más bellos, acerca de la dificultad del idioma, de todos aquellos defectos y virtudes de los que debiera estar al tanto; intenté averiguar, más allá de las fascinantes sendas vocales que abrieron las obras de Tomás Luis de Victoria, Cabezón y Morales, qué músicas eran dignas de conocerse.

Sin embargo, nadie me había advertido de que pudiera cruzarme en el camino con panoramas como los que a continuación me dispongo a relatar. Me sobrecogió nada más pasar la frontera un olor a brisa de mar brava. Era primera hora de la mañana y una bruma espesa empañaba la campiña verde y los bosques cercanos. Resultaba una bienvenida inquietante, un saludo turbador.

Los hombres con quienes nos cruzábamos eran fornidos y miraban con desconfianza lo que para ellos debía resultar el excesivo ornamento de mi carruaje. Los vascos del norte de España resultan un pueblo rudo, pero al tiempo amable, simpático y amante de su tierra a la vez bellísima y abrupta. Sin embargo, la pobreza de sus gentes contrasta con la mayor abundancia de bienes -tampoco excesiva- que se aprecia en Francia. No me extrañaría por tanto que estos vecinos quisieran algún día emular la prosperidad de los galos, más que la proverbial, y para mí poco fiable por tornarse a veces rencorosa y desconfiada, modestia castellana.

Lo mismo pasará con los catalanes, que tantos quebraderos de cabeza han ocasionado a mi señor el rey Felipe V, no por otra razón, y es un riesgo que también corren aragoneses y navarros. Todos prefieren mirar hacia arriba que hacia abajo, lo mismo que tú, querido lector, disfrutas más de un diamante

que de un pedrusco.

Cruzar las Vascongadas me fascinó. Conté casi los mismos curas y frailes que campesinos atravesando los caminos. Cuando dejamos atrás la cercanía de la costa, el olor de la brisa cantábrica se fue transformando en un aroma de leña y boñiga que nos hizo penetrar en una especie de invierno atemporal. Se palpaba la humedad entre las paredes montañosas. Una humedad que emanaba de la cercanía del mar y de la abundancia de ríos. Son ellos los culpables de preservar sus montes verdes, por ventura, y un inagotable pasto para el ganado, que los mantiene mejor alimentados respecto a otros pueblos de España.

No es larga en leguas la extensión de las Vascongadas de norte a sur. Pero el tortuoso trazado de sus caminos, estrechos e incómodos, puede convertir su travesía en algo extenuante. No hay más remedio que atravesar montes y pueblos recónditos, donde nadie habla castellano sino un idioma, el vasco, *euskera* lo llaman ellos, de sonido primitivo al que, sin embargo, le va muy bien la transformación de sus fonemas en música. De ahí que los vascos sean grandes cantantes, no sobre los escenarios, todavía, pero sí en las labores y descansos de su vida cotidiana, tal y como pude observar más adelante.

El paso a los pueblos de Castilla me dio idea de los fortísimos contrastes del país que me disponía a acoger como patria adoptiva sin ser aun consciente de ello. Poco a poco fuimos llegando a las faldas de los montes, y la verdosa fragancia de los prados se fue tornando amarilla. Resultaba mucho más arisca en ocasiones. La jugosa sensación con la que nos refrescaba la hierba de la cordillera y sus valles se transformó en llanuras yermas o escasamente aprovechadas, con plantaciones de trigo y campos de patata arados.

La asombrosa placidez que transmiten las vacas cambió por la inquietante resignación que siempre me han producido los rebaños de ovejas. Las posadas de Castilla son algo que merece la pena pasar por alto. Están desprovistas de las más elementales comodidades. El agua y la comida no son en absoluto recomendables. Apenas conseguimos alimentarnos de algo diferente a guisos con patatas y cabrito. El vino y las diferentes y sabrosas variedades de quesos de oveja nos salvaron de la amenazante monotonía culinaria del viaje.

Los habitantes de las provincias que atravesamos, desde Burgos a La

Granja, resultaban mucho más acordes con lo que me habían contado de España. Muy distintos al pueblo de las Vascongadas. Sin embargo, encuentro un aspecto que me parece inconfundible e inherente a ambos: la sobrecarga de iglesias y conventos que me fui topando en todo el camino. Buena prueba de algo de lo que había sido alertado antes de embarcarme en el viaje. Un país rayano en el fanatismo, engullido por el oscurantismo de los peores aspectos de la religión.

Recuerdo que en aquellos tiempos yo me encontraba muy sensible al poder de la Iglesia. Fue tras mi paso por Francia cuando tuve ocasión de entrar en contacto con la obra de Voltaire, ese pensador al que considero, ya lo he dicho, una de las nuevas luces del mundo. También me había seducido la lectura de Michel de Montaigne, de quien me impresionó esa obsesión por dejar patente la huella de su vida en sus fascinantes ensayos. «Yo mismo soy la materia de mis libros», escribió, una frase que me ha animado a dejar patente la autenticidad de cuanto deseo transmitirte, querido lector.

Alentado por la búsqueda de la verdad en estos autores, que en cierta manera cambiaron mi forma de ver la realidad, penetraba en una España que a primera vista me pareció hosca y distante. Sus contrastes me recordaban a los que había visto ya en Italia, pero la insensibilidad hacia el arte, la huida de todo lo que tuviera que ver con el gusto por el embellecimiento, esa dejadez en la conservación de sus templos y monasterios la alejaban a una distancia de siglos de cualquier territorio europeo.

Lo que más me extrañaba, además, era la presumible falta de interés, un desprecio hacia cualquier signo de progreso, de avance. El culto a Dios les bastaba para pasar de rodillas por este mundo. No había otra manera de permanecer en este valle de lágrimas más que entregados a dicha actitud. La España que yo conocí a mi llegada resultaba lo más parecido al purgatorio que me he encontrado en la vida.

17

Los calores castellanos están más pensados para los cuervos y los buitres leonados que para nosotros los cantantes. La sequedad del ambiente, muy desagradable a partir de nuestro paso por Burgos, iba haciendo mella en mi ánimo. Jamás me había topado con una atmósfera semejante. Si tenías a bien dejar a lavar tus ropas en una posada por la noche, podías contar con ellas por la mañana. Lo malo era la comida. Apenas encontrabas algo de bacalao decente y unos garbanzos, muy poco recomendables en la época de verano porque causan pesadas digestiones acompañadas de molestas flatulencias que elevan los calores del cuerpo.

Toda aquella desagradable sensación arisca era capaz de conseguir que la garganta pudiera identificarse perfectamente con una roca... El interminable sol de justicia, la recurrente soledad de los parajes, los pueblos fantasmales ayudaban a entender más ese carácter resignado, incluso fatalista, proclive a aumentar el desprecio a la belleza. Menos mal que en La Granja de San Ildefonso se respiraba otro clima. Aquel lugar, situado a las faldas de la sierra de Guadarrama y Navacerrada; muy cerca de la maravillosa ciudad de Segovia, me pareció el paraíso ganado después de atravesar ese purgatorio que ya he descrito a mi llegada a España.

Las hileras de árboles, castaños, pinos, encinas, robles, enriquecían un paisaje privilegiado lindante con las montañas de esa sierra que nos proporcionaba un clima ideal en verano. Era el enclave preferido de los reyes, que evitaban cuanto podían las estancias en Madrid y El Escorial y se refugiaban allí desde que ordenaran construir el palacio a principios de los años veinte.

Ese rechazo del rey a lo que fuera el centro de la corte de los Austrias me

parecía normal. Su Majestad Felipe V había sido el primer miembro de una nueva dinastía, la borbónica, y aquel monasterio, donde habían gobernado sus antecesores, desde Felipe II hasta Carlos II, conocido como El Hechizado, le atosigaba hasta hacerle pensar en sus delirios que todos ellos se iban a encargar de no permitirle llevar las riendas en paz. Un incómodo sentimiento de usurpación le trastornaba hasta límites histéricos.

Por eso encontró refugio en La Granja, un lugar no demasiado alejado de la corte, para no bajar la guardia en la necesidad de resguardar el frágil asentamiento de su reino, y hallar el pertinente retiro que sus nervios necesitaban.

Cuando llegamos a palacio nos encontramos con un sincero alivio en parte de la corte y con una más que razonable frialdad en otros sectores, no muy convencidos de que nuestras artes pudieran obrar milagros en el ánimo de un rey a quien ya consideraban caso perdido. Yo tenía verdadera ansiedad por conocer a la reina. Apenas me dieron tiempo de llegar e instalarme en mis aposentos, una habitación desde la que se vislumbraban las reconfortantes montañas de la sierra y ante la que se difuminaba un tanto la altura de los magníficos e imponentes árboles en los jardines.

«En cuanto estéis preparado, tengo órdenes de llevaros ante Su Majestad», me dijo el criado que me dejó en la puerta. Apenas pude mirar por el balcón, apreciar la comodidad de la cama, sentarme en el escritorio. Todo el mobiliario estaba supeditado al gusto francés, como es lógico, no sólo porque era el predominante en toda Europa, sino también porque al fin y al cabo el rey era francés.

Así que no me extrañó que la primera impresión que me causó La Granja fuera la de emular un pequeño Versalles. Bien me pareció. Entiendo que la copia resulta lícita aunque el referente sea insuperable. Y aunque Francia no fuera un país con el que yo tuviera buenas relaciones, he de reconocer que debe convertirse en el modelo europeo por excelencia.

Me reconfortó el olor de las diferentes variedades de plantas que se resistían en pleno agosto a encarar el declive estival y perfumaban todo el entorno. El frescor de las fuentes prendidas, cuyos chorros de agua se elevaban hasta cuarenta metros de altura, también se hacía notar en mitad de la tarde medianamente sofocante. Tan sólo me cambié los ropajes y escogí la

más espectacular de mis pelucas para causar la mejor de las impresiones a la reina Isabel, cuya primera toma de contacto no dudé que me dejaría impresionado.

Había oído tantas leyendas sobre ella que andaba realmente impaciente por conocerla. Admiraba su arrojo, su fuerte personalidad, que en cierto modo no casaban bien con ese exceso de sensibilidad artística que la hacía confiar plenamente en la música como un remedio eficaz contra los males del alma de su marido. En la corte, nada se movía sin su consentimiento. Ella disponía todo cuanto fuera necesario para que el rey pudiera descansar tranquilo lo que le quedara de vida, ya que en lo referente a su razón, nadie esperaba grandes logros como gobernante.

Una vez preparado, al salir de la habitación advertí que se me había olvidado lo más importante: la gema que la reina había comprado a un joyero londinense por veinte mil doblas de oro y que me habían encargado llevar personalmente. Regresé a los aposentos, de los que no me había alejado demasiado, y sin mucho barullo conseguí encontrar pronto la caja en la que guardaba la piedra preciosa.

Finalmente nos presentaron en una de las habitaciones contiguas a aquella donde se encontraba el rey. Él dormía y se le oía de vez en cuando quejarse entre sueños. Aunque no de manera violenta. No de esa forma en que después le pude oír sufrir como la más desconsolada de las criaturas y que me producía auténtica angustia.

La reina esbozó una sonrisa justa, poco entusiasta. Según oí decir después, había sido una de las muestras de afecto más impagables que se le habían observado en años. Agradecido debo estar porque no me tratara como a la protegida de la anterior reina, María Luisa Gabriela de Saboya, aquella nefasta princesa de los Ursinos a quien, nada más llegar a la corte, expulsó de malas maneras y con viento fresco, sin permitirle llevar equipaje, sin apenas poder despedirse de sus colaboradores. Para que no hubiera dudas de quién mandaba. De un portazo y en un solo encuentro en Guadalajara, Isabel descabezó a la única persona en quien confiaba el rey en la corte tras la muerte de su primera esposa. Él apenas abogó por ella tal como la otra hubiera deseado y, sin darse cuenta, se lanzó así en brazos de una nueva vida junto a su segunda esposa.

Ofrecí mis reverencias, agaché convenientemente la cabeza, un gesto que, con rapidez, ella me ordenó rectificar. «Buenas tardes, señor Farinelli. Espero que vuestra capacidad de cura mediante el canto sea un poco más rápida que vuestro programa de viajes», me dijo. No tardó nada, por lo que ven, en echarme en cara una cierta tardanza que para mí habría sido mayor si de mi entera voluntad hubiese dependido.

«Los caminos que conducen a esta corte son más tortuosos de lo que esperaba, Majestad», respondí. Ella sonrió; sin duda encontró en mi respuesta una urgente elegancia que le agradó. Luego vinieron las preguntas de rigor para cerciorarse de que no me faltara ninguna comodidad: que si los aposentos eran de mi agrado, que pronto conocería a mis asistentes, que me sintiera como en mi casa y que no tardara en demandar todo aquello que necesitara y estimara oportuno. Tras las formalidades, el mensaje fue directo: «¿Cuánto creéis que tardaréis en poder cantar ante el rey? ¿Qué precisáis para que todo quede a vuestro gusto?».

«Doce músicos y unos cuantos copistas para que tengan a punto las partituras de estas arias que me agradaría cantar delante de Su Majestad», respondí yo. «Doce, no. Disponéis de catorce a vuestra orden a partir de esta misma tarde. ¿Dónde están las partituras?», preguntó. «Son éstas, Majestad.»

La reina ni siquiera preguntó de qué obras se trataba. Las tomó y se las dio a uno de los criados con la siguiente orden: «Que las copien y que estén listas a primera hora de mañana. ¿Algo más?», me inquirió con otra de aquellas, al parecer, sobradamente amables sonrisas. Todo había sido tan rápido, tan imprevisible que no habíamos tenido tiempo ninguno de los dos de observarnos con detenimiento.

Nada más dar la última orden, advertí que ella se detenía en los rasgos de mi rostro y mi indumentaria, en los que no había podido fijarse antes. Yo sonreía amablemente y hablábamos en italiano, por supuesto. ¿En qué idioma íbamos a hacerlo, si no, con alguien que provenía de la Toscana? Aunque bien podríamos haber utilizado cualquiera de las otras lenguas que los dos dominábamos: el francés, el alemán. Aunque no el español, con el que entonces yo apenas era capaz de balbucear los pertinentes saludos. Sí hubiéramos podido comunicarnos en latín, por el que ambos mostrábamos un cariño especial.

Yo tampoco había tenido tiempo de concentrarme en su aspecto. Si tengo que utilizar un adjetivo para definirla rápidamente es éste: fuerte. Una mujer de mirada intensa, directa. Jamás rehuía el contacto visual y a quienes no le aguantaban el duelo no los consideraba dignos de su confianza. Comprendí enseguida la importancia que ella daba a semejante detalle y desde entonces jamás esquivé un gesto suyo.

Poseía unas manos con dedos largos y finos que cruzaba sobre el vientre con una majestuosidad distante e intimidatoria. La ropa no le lucía en exceso. Resultaba humilde para su condición, aunque sí lograba otorgarle elegancia en el porte. Una coleta debidamente discreta le caía por el hombro izquierdo y aún mantenía la dentadura casi intacta. No tardó mucho en hacerme saber que deseaba de mí una estancia prolongada y que, si mis dones surtían efecto, algo de lo que se mostraba segura pues confiaba en las terapias que fomentan la música como remedio, haría cuanto estuviera en su mano por retenerme.

Yo le conté mis planes y le prometí que si las partituras estaban listas al día siguiente por la mañana, por la tarde nos encontraríamos en disposición de cantar para el rey. Seguía sin mostrar interés en saber qué arias había preparado, pero yo se lo adelanté: «Pallido il sole» y «Per questo dolce amplesso», del *Artaserse* de Hasse; *Fortunate passate mie pene*, un minueto de Attilio Ariosti; «Quell'usignolo che innamorato», el aria de *Merope*, de Giacomelli, en la que imito el canto de un ruiseñor. Y, por supuesto, «Son qual nave ch'agitata», de mi hermano Riccardo, la pieza que nos ha hecho triunfar como un dúo memorable en todo el mundo.

Le daba igual con tal de que despertara el ánimo de su esposo, y no nos iba a permitir más que un solo intento. Si esas arias no resultaban eficaces, deberíamos probar otras. Así hasta que reaccionara. Yo le insinué que si con las que le había dicho no experimentaba un cambio, su remedio no valdría de mucho. Jamás olvidaré su mirada asesina ante mi atrevimiento. Entonces comprendí que no me cabía otra salida que obrar el milagro.

18

Me tomé el tiempo suficiente para hacerme a la idea de que en la actuación del día siguiente no cabía otro resultado que el triunfo. Dispuse de toda la tarde para observar algunas costumbres de la corte. Del rey no hubo noticia y me llamó sobremanera la atención el silencio y la extraña quietud que dominaban el ánimo de la tarde. Cuando pregunté a qué se debía, el criado que habían puesto a mi disposición, un muchacho discreto y espabilado de un pueblo cercano a Segovia, me reveló algo todavía mucho más desconcertante: «Están todos durmiendo».

Había oído maravillas de esa costumbre española ajena a cualquier lugar de Europa -salvo algunas excepciones-, que llaman siesta. Hasta pasadas las cinco no comencé a escuchar ruidos dignos de una actividad normal. También es cierto que la placidez y la paz del entorno resultaban aliados ideales de ese silencio. Pero tuvo que llegar la noche para darme cuenta de por qué todos los habitantes de palacio dormían la siesta, una costumbre que después he adoptado de por vida, casi por obligación.

La ausencia fantasmal durante el día de Su Majestad, a quien le hubiera sido más beneficiosa la cálida y benévola acción del sol para iluminar su vida en tinieblas, se transformaba en una diabólica presencia hiperactiva por la noche. Era el mundo al revés. Una satánica costumbre que había adoptado después de una larga estancia en Andalucía. Así, todos trataban de dormir el máximo de horas de día para poder permanecer despiertos, activos y en uso de sus mejores facultades por la noche.

Nadie me acompañó, pues, a comer. La reina se disculpó; luego me enteré de que después de haberme dado la bienvenida y sus instrucciones, se echó a dormir, como todos sus criados y damas de compañía más próximos. Como

los clérigos y los ministros de su gobierno, como los secretarios, los músicos, los cocineros y sirvientes: dormían todos en un apacible y conciliador sueño que los ayudaba a prevenir cualquier inconveniente, cualquier desastre, el más mínimo antojo del rey a la más insospechada hora de la madrugada, en mitad del ritmo al que había obligado a rendir, al máximo de sus posibilidades, a todos los que trabajaban bajo su mando.

Tan sólo los jardineros cumplían un horario que podríamos considerar normal dentro de aquella locura generalizada. Por otra parte, a mí me venía a las mil maravillas, ya que se adecuaba perfectamente al modo de vida de cualquier cantante. Los encargados de cuidar el jardín adecentaban sin cesar los caminos que conducían a las hermosas fuentes, escoltados por aquellos árboles frondosos que por su colocación parecían dispuestos a escalar el monte. Por supuesto, cumplían con su deber en silencio, sin el más mínimo alboroto, para no perjudicar el sueño de los reyes.

Comimos mi hermano Riccardo y yo en silencio. Andábamos preocupados por no incomodar el descanso de nuestros futuros compañeros de estancia. Fuimos deleitados con sabrosos platos italianos de pasta y productos pamesanos que la reina mandaba traer constantemente de su tierra para aplacar, en principio, su nostalgia. Esta se transformó después en una especie de hambre voraz alentada por el abate Alberoni, personaje crucial para ella durante sus primeros años en la corte.

Incluso le cocinaba personalmente lo que le pedía. El cura, intrigante y malévolo, estaba realmente preocupado por lo que le pudiera ocurrir y por un presumible deterioro de su estado de salud, que si bien no dejaba lugar a dudas porque la reina era fuerte, en cualquier momento podía resentirse por el constante uso que el rey hacía de ella. Dicen que la muerte de la saboyana, su anterior esposa, tuvo que ver con eso. Felipe V la amaba sobremanera, pero la pobre soberana, tan frágil como encantadora -así cuentan que fue quienes la conocieron-, no pudo soportar la exigencia viril de Su Majestad. Si bien él jamás hizo uso de su derecho de pernada con otras mujeres, volcó todo su deseo sexual en sus esposas hasta acabar por reventarlas.

Después de comer nos retiramos a nuestros aposentos para organizar y descargar como era debido los equipajes. Recuerdo que escribí rápidamente cartas a Metastasio, a Porpora y a Pepoli. No muy largas, pero sí detalladas

en cuanto al primer encuentro con Isabel de Farnesio. Como no las envié esa misma tarde, las amplí a la mañana siguiente añadiendo más enjundia y extensión, con el relato preciso de todo cuanto pude vivir y escuchar la primera noche que pasé en la corte de España.

Hacia las seis ya todo parecía funcionar a pleno rendimiento. De no muy lejos llegaban los murmullos y olores de las cocinas, el guirigay desperezado de los pasillos, el taconeo sobre los suelos de madera, algunas voces y, de repente, carreras, cuya dirección me costó identificar en un principio. Hasta que me cercioré de que se dirigían a los aposentos del rey, desde cuya habitación había oído ya un primer grito bastante desesperado: «¡¡¡Isabel!!!».

Me asomé al balcón para comprobar si el barullo respondía a la misma intensidad dentro que fuera. No era así. Fuera, los jardineros continuaban ensimismados en su trabajo, ajenos a la cotidiana sinrazón que reinaba en el palacio de puertas adentro, donde la aceleración aumentaba y se alternaba con alguna que otra voz altisonante y desagradable.

Al parecer, el rey quería su comida, que a esas horas sería la merienda, pero que en lo que respecta al cuerpo de Su Majestad era, obviamente, un desayuno. Pude ver desde el pasillo cómo le llevaban huevos con pan, frutas y algo de repostería. No parecía que se hubiese despertado de muy buen humor, a juzgar por la cara con signos de terror que advertí en algunos de los criados mientras corrían de un lado para otro. Ni siquiera era éste su horario corriente. Normalmente, según pude saber, se levantaba hacia la una y media o las dos de la tarde, y se acostaba a las siete de la mañana. Pero en la última semana antes de mi llegada todo se había deteriorado mucho más y, aunque llevara despierto desde las cuatro o las cinco, no llamaba a la reina hasta las seis. Ese grito -«¡¡¡Isabel!!!»- retronaba entonces por todo el reino y representaba la señal para que la corte se pusiera en entero funcionamiento.

Pregunté dónde se encontraba mi hermano por si era necesario que estuviéramos preparados en cualquier momento para presentarnos ante Sus Majestades. Me dijeron que no me preocupara por el momento. El rey se demoraba en tomar una «primera comida», a la que designaban así, de manera neutra, por orden numérico. Luego debía atender a misa y rezar antes de que le prepararan algún espectáculo al caer la tarde. Hacía días que no quería ver nada, ni siquiera salir de su cuarto, donde despachaba con sus

secretarios de madrugada, hacia las dos. Después volvía a comer, o mejor dicho, cenaba y se acostaba hacia las siete.

Nos aconsejaron que ese primer día nos desentendiésemos de todo nuestro cometido y que, sencillamente, tomáramos contacto con el real sitio. Pero que, eso sí, al día siguiente debíamos estar prestos, con los cinco sentidos, para lo que Su Majestad la reina y, por supuesto, el rey, hubieren menester. Así se lo había hecho saber su señora a todos quienes quedaban a nuestro cuidado: cuatro personas, en un principio, debían permanecer a nuestra entera disposición para que, llegada la hora de la aparición, todo saliera como habíamos planeado.

Pese a las advertencias, no logré encontrar un momento de tranquilidad en todas las horas que siguieron hasta que me entregaron las copias de las partituras. No pude dormir, no hacía más que dar vueltas. Desde los jardines se oían, espaciados pero constantes, gritos de queja, aullidos de dolor, tormentos del alma: los que más difícil consuelo conllevan. No hay remedio en el mundo capaz de sofocarlos más que la propia razón, las auténticas ganas de seguir luchando por la vida.

El rey no las tenía, necesitaba un sentido para recuperar el vigor. Había perdido la ilusión por sus aficiones, por la caza, por su familia, por su reino, del que constantemente quería abdicar. Ya lo había hecho en 1724 a favor de su hijo Luis, fruto de su matrimonio con María Gabriela, con el íntimo deseo de poder dedicarse a la reflexión en paz después de veintitrés años de guerras continuadas y no de aspirar al trono de Francia, como muchos malévolamente interpretaron. Pero aquel gozo le duró tan sólo siete meses ya que el nuevo rey, tan joven, con sólo dieciséis o diecisiete años, sufrió un ataque de viruela que acabó con su vida.

El caso es que a Felipe no le quedó otro remedio que volver: a regañadientes y obsesionado más con sus miedos que con el futuro de España. Tan sólo le mantenía en pie la fuerza de una fe vivida de forma trágica, avivada con una superchería inconveniente que se alentaba ya en el país de manera irremisible por ese magma oscurantista heredado de la anterior dinastía Habsburgo, entregada a la siniestra y nada cristiana Inquisición. Si estos usos no desaparecen pronto, ya que persisten, acabarán hundiendo definitivamente a ese maravilloso país en el averno de los

tiempos, o mejor dicho, de los *destiempos*.

La primera noche supuso toda una experiencia. Los gritos se sucedían. Si el rey estaba con la reina, se enzarzaban en discusiones; si se encontraba reunido con sus ministros, aullaba solamente él. Llegaba a distinguir desde donde me encontraba alojado frases inconexas e insultos dirigidos sobre todo a don José Campillo, un hombre culto, amable y de sobrada inteligencia con quien tuve muy buena relación en mis primeros tiempos en la corte. El rey no hacía más que lamentarse de sus decisiones y recordarle a Patiño, su antecesor, que había muerto un año antes, en 1736, y a quien en vida también humillaba públicamente.

Los criados iban y venían sin parar de un lado a otro, quejándose del olor que despedía el aposento real. El rey llevaba al parecer diez días sin cambiarse de ropa y sin lavarse. Su aspecto decadente era lo que más discusiones le acarreaba con la reina, empeñada siempre en que no trascendiera más de lo debido su incapacidad mental, ya en boca de todo el pueblo español. El mismo que le recibió con gran alegría cuando le nombraron rey y que había perdido a aquellas alturas todas las ilusiones depositadas en su persona. Le veían abocado hacia un abismo negro y sin escapatoria.

No me pasó desapercibido el hecho de que nadie vistiera ropajes blancos y de tonos claros. Pregunté la razón a uno de nuestros criados y me advirtió que si los tenía me deshiciera de ellos: la reina los había prohibido expresamente. Tuvo que hacerlo después de una de las crisis del rey, que veía reflejadas extrañas formas en las telas blancas de las sábanas y las camisas. Creía ver en ellos espectros que acudían a llevárselo. Desde entonces nadie vestía de ese color en la corte y junto a los aposentos reales siempre hacían guardia confesores de su confianza. Si había algo en este mundo que le aterraba era fallecer en pecado mortal.

Aquella tarde y aquella noche fueron suficientes para darnos cuenta de que nuestro cometido en la corte no iba a estar carente de problemas. Riccardo se mostraba mucho más preocupado; yo, principalmente, me sentía intrigado. Ante todo por comprobar una nueva dimensión de mi voz: la curativa. Cuanto más me iba enterando de la imposibilidad de que Felipe V se convirtiera en una persona medianamente razonable, más me seducía la

experiencia. Si triunfábamos, nos colmarían de honores y España podía convertirse en un buen lugar para terminar nuestras carreras. Allí, operísticamente quedaba mucho por hacer y nosotros teníamos la experiencia y el talento para ponerlo en marcha con quienes quisieran ayudarnos. Y a fe que encontramos apoyos. Como el de mi querido José de Nebra, uno de los talentos españoles más grandes. Tuvo a bien colaborar en todo con nosotros el tiempo que por allí anduvimos, consciente de que disponíamos de los medios para aportar más gloria musical al país que tan generosamente nos acogió.

El hecho de que fuéramos italianos también ayudaba. La corte estaba dominada por muchos de ellos, instalados allí por expreso deseo de la reina. Se sentía demasiado asediada por los miembros del partido francés, que sobrevivían en ese entorno desde los tiempos de la saboyana y la princesa de los Ursinos. Pero también por los dominantes entonces del partido español, que veían con recelo a los paisanos fieles a la reina.

Creo que conseguí conciliar algo el sueño a partir de las tres de la madrugada. Fue la última vez que eché un vistazo al imponente reloj que tenía en la habitación. Aunque los horarios funcionaran patas arriba en la corte, no faltaban aparatos que midieran las horas con la mayor de las precisiones. Los reyes eran impenitentes coleccionistas de esas piezas, artilugios que, doy fe, también les gustaba regalar.

Tomé el sueño después de oír varios improperios vertidos en este caso contra el consejo de gobierno. A la mañana siguiente desperté a una hora razonable. Yo había indicado que jamás me levantaba antes de las nueve y esa costumbre siempre me fue respetada en la corte. Cuando di cuenta de mi presencia, los criados ya se encontraban a punto y con el desayuno servido cerca de la puerta. Lo devoré conversando con quienes quedaban encargados de atenderme, que pudieron comprobar mi buen apetito y el excelente humor que lucía aquella mañana fresca y luminosa de agosto.

Me confirmaron que todas las copias de las partituras estaban listas y que los músicos nos esperaban a mí y a mi hermano a las diez, en el teatro de palacio. No me pareció buena idea ensayar allí. No quería que la música se oyera y anulara el efecto sorpresa, así que pregunté si había manera de trasladarnos a un lugar apartado, donde no corriéramos el riesgo de que el rey

advirtiera nuestra presencia antes de lo debido. Recuerdo que tomé esa decisión más movido por el miedo a alterar su sueño y ser expulsados del paraíso antes de darle a probar la manzana de nuestra música que por otra razón más noble o más discreta. Pero también recuerdo que mi petición fue inmediatamente comprendida por todos: los criados primero y los músicos después. Pese al inconveniente que representaba para ellos tanto movimiento, con instrumentos y asientos incluidos.

Nos instalamos en un lugar lo suficientemente apartado como para no ser oídos por nadie. Nos cercioramos bien de que no llegaba a palacio ni un eco, ni un murmullo de lo que hacíamos. Sé que la reina preguntó dónde nos habíamos escondido y que al ser informada de la decisión la aprobó sin objeción alguna. Debo decir que me impresionó desde el principio la buena disposición de los músicos. Eran auténticos artistas vocacionales, duchos en las mayores destrezas de nuestro mundo y provistos de un virtuosismo poco común.

Tanto el rey como la reina se habían rodeado siempre de buenos intérpretes y, si bien no estaban dotados del talento que años más tarde me impresionó en su sucesora -la portuguesa doña Bárbara de Braganza, que gobernó junto a Fernando VI con una firmeza y un ánimo similares a los de Isabel de Farnesio-, siempre dejaron constancia de que en términos musicales sabían distinguir lo excelso de lo bueno y lo malo de lo regular. Creo que aquel primer e inmejorable contacto con los músicos tenía que ver también con ese sentimiento de desafío que yo experimentaba en lo más profundo de mi ser. Justo al contrario que mi hermano, cuyos recelos habían sido reforzados por los altercados de la noche.

El caso es que los caminos que conducen a algunos convencimientos son demasiado volubles, y no tardamos mucho en contagiarle aquella extraña fuerza de espíritu a Riccardo. Se le metió entre pecho y espalda en cuanto ensayamos «*Son qual nave ch'agitata*». Si bien yo la acometí a mitad justa de mis capacidades, le resultó muy convincente gracias al celo que ambos pudimos observar en aquella orquesta de músicos entregados a la causa de curar a todo un rey por el extraño remedio del arte, el más eficaz de todos, por otra parte, contra la melancolía.

Apenas pudimos reprimir una sonrisa cómplice y un aplauso. Los

músicos lo devolvieron a su vez por tratarse de una propuesta que les convencía en su planteamiento y modernidad. Algo que resultaba un elemento caro de ver por aquel entonces en España. Continuamos con «Quell'usignolo che innamorato» y recuerdo que varios de ellos comentaron que aquella pieza se iba a convertir en la preferida del rey, como así fue hasta el fin de sus días. La verdad es que hace mucho que perdí la cuenta de las veces que me hizo interpretar la ante su augusta presencia.

La conexión resultó, por lo que puedes ver, querido lector, tan inmediata como sana. Riccardo se encargó de ensayar duro para preparar debidamente nuestra primera aparición ante el rey. Él no lo sabía, pero nosotros guardábamos la llave sagrada y milagrosa de su salvación en mejores circunstancias que entre las peligrosas faldas de las sotanas encargadas de mantenerlo secuestrado e inerme, indefenso y ahogado dentro de sus propios padecimientos. Éstos, además, en su caso, se transformaban en los de un imperio desorientado y en franca decadencia. De cuya ratonera Felipe V, con su patética y desoladora imagen, encarnaba todo un triste y desalentador retrato.

19

La reina me consultó a la vuelta de nuestro escondite: «¿Está todo preparado?». Contesté que sí. Ella apenas podía ocultar las ojeras que ensombrecían su recio rostro. Le destacaban tanto ya como la papada que precedía a esos collares con piedras preciosas que tanto la entusiasmaban. «Bien -añadió sin mostrar ningún gesto que denotara signos de escepticismo exagerados-. Sólo nos queda confiar en la misericordia de Dios Nuestro Señor y que os proporcione a vos la fuerza y la pericia necesarias para que mi esposo sane y regrese al mundo de la razón, donde le esperamos ansiosos.»

Prometí hacer todo cuanto estuviera en mi mano y quiso pedirme un último favor. «Si se produce el milagro -me dijo-, y Su Majestad se muestra en disposición de concederos algún deseo, esto es lo que debéis contestarle...» La reina ni siquiera contempló la posibilidad de que yo me atreviera a pedir nada que fuera para mi provecho. Me limité a sonreír porque sabía que mi discreta disposición acarrearía mayores beneficios. «Primero que se lave, después que se afeite, que se corte el pelo y se vista como es debido, para pasar a ocuparse después de los muchos asuntos de Estado que tiene pendientes. Si lo conseguís, no podéis ni imaginaros cómo os recompensaremos por vuestra hazaña», concluyó.

Le respondí que no existía nada en el mundo que me hiciera más feliz que la mejoría del rey y que haría todo cuanto estuviera en mi mano por restablecerlo. Pero debo decir que mentí entonces y mentiría ahora si contara que albergaba en mí la más mínima esperanza de lograrlo. Tanta falta de fe me invadía, tal escepticismo sentía por el hecho de que el poder de mi canto fuera a cosechar nada no conseguido hasta entonces por otros remedios, que no me consideraría honesto si no admitiera abiertamente que lo ocurrido

aquella noche cambió mi vida.

Hasta aquel momento la idea que yo me había hecho de Felipe V era la de una pobre figura atrapada en su desesperación, enjaulada en una especie de laberinto sin escapatoria ni esperanza posibles. No era casual que en los jardines de La Granja el rey se hubiese hecho construir uno en el que es complicado desenvolverse. A veces, por la noche, sus criados se veían obligados a rescatarle en alguno de sus caminos sin fácil salida. En muchas ocasiones me he planteado, después de largas conversaciones con él, qué buscaba en esa sensación de pérdida, en ese constante juego del escondite que experimentaba con todo súbdito, empezando por él mismo. Creo que le daba miedo conocerse a sí mismo y que eso le alejaba de toda fascinación socrática a la hora de observar el mundo.

Aquellos primeros días me sobrecogían los alaridos que se oían con una siniestra alternancia por la ventana de su habitación. El rey se empeñaba en mantenerla abierta casi constantemente sin importarle que fuera a expensas de la salud de la reina. Ella se veía obligada a dormir con el frío serrano correspondiente. No siempre resultaba aconsejable e Isabel, de hecho, lo detestaba porque le había ocasionado más de un mal resfriado.

Cuando ahora, con la vista limpia de los prejuicios que nos acarrea el presente, medito la cantidad de sacrificios que Isabel de Farnesio se vio obligada a hacer por el bien del rey, me pregunto muchas veces a razón de qué venían. Su frecuente locura, una palabra que ahora puedo utilizar libre de amenazas, su exigencia marital, obsesiva e insana, a mi juicio y no tanto a la vista de gran parte de la corte; aquella esclavitud emocional a la que ambos quedaron sujetos hacen que me plantee si merecía la pena todo eso. Toda la parafernalia casi siempre estéril que acompañó al reinado de Felipe V y a todos los que se asemejaran al mismo: demasiados a mi modesto entender. A veces me identifico completamente con todos los filósofos, sobre todo franceses, tan en boga, que cuestionan la utilidad de la monarquía y apuestan por que sean los hombres quienes rijan mejor que nadie sus propios destinos.

Tras las indicaciones de la reina me retiré a mis aposentos para intentar descansar. Logré conciliar un sueño bastante más profundo de lo que me temía, dadas las circunstancias.

Tuve esa suerte. Porque el hecho de estar fresco para lo que había de

venir resultaba fundamental. Apenas me incomodó el frío que se levantó aquella media tarde de verano y sí me ayudó el silencio que reinaba en palacio a aquellas horas. Debió de ser un silencio tenso, expectante, al que yo, durante dos horas de sueño pertinaz, me sentí completamente ajeno.

Me despertaron sobre las seis, según creo recordar. Ese día, me dijeron, el rey no había querido ver a nadie más que a la reina, a la que acabó echando casi a patadas de la habitación por negarse a acceder a sus deseos carnales. En esas circunstancias, incluso temían que no fuera a producirse la actuación programada ya que ella misma, a costa de lo que había presenciado aquella misma tarde, dudaba a esas alturas de que nada le pudiera hacer buen efecto al rey.

Los más que evidentes desvaríos, muy serios e imposibles de disimular, empezaban a crear una más que justificada alarma en la corte, más cuando ésta, en pleno, temía ya unánimemente por su vida. La melancolía había degenerado ya por entonces en una especie de declive físico más grave que el mental. A los médicos no los recibía si no era engañado y acababa echándolos de la habitación con malas artes. A base de insultos, amenazas, golpes y escupitajos, los doctores perdían toda fe en cualquier posibilidad de recuperación. «Las esperanzas de salvación están exclusivamente dentro de él mismo y, por supuesto, en la voluntad de Dios», le decían a la reina.

Una curiosa conexión, porque Felipe V, en esos días negros, por desgracia, tan sólo confiaba en sus confesores. Le tenían preso, a expensas de su siniestra voluntad, y no dudaban en sacar ventaja de ello en todo momento. Eran, junto con la reina, a los únicos que podía llegar a hacer caso. Como ya he contado, a raíz de la crisis de las camisas blancas hacían constantemente guardia en su habitación porque pedía confesarse cada poco tiempo. Antes y después de comer; antes de acostarse para dormir, bien fuera la siesta o de madrugada. Por supuesto, después de cada coito. Los sacramentos de confesión y extremaunción, que también obligaba a dar cuando le sorprendía el más mínimo temor a la muerte, eran lo único que le reconfortaba en medio de su intenso dolor.

Los rosarios y las misas se sucedían, pues, en su beneficio. El olor a incienso invadía todo el palacio convirtiendo los saludables y perfumados aromas del campo abierto en un siniestro rito de letanías podridas. Si el clero

me produjo toda la vida desconfianza, en España reforcé mucho más todavía mi rechazo por los representantes de Dios en la tierra. Allí son más retorcidos si cabe que en el resto del mundo. Así lo tengo ya muy hablado con mi amigo Giacomo Casanova, quien en materia de prohibiciones y pecado es toda una respetable autoridad más que reconocida. También él fue víctima de los caprichos de la Inquisición, la institución más vergonzosa que han dado en crear los hombres en nombre de Dios.

Mucho tenían que cambiar las cosas para que mi hermano Riccardo y yo nos viéramos en aquella corte con futuro y, sobre todo, con deseos de quedarnos. Íbamos a intentar el milagro, no había otra manera de llamarlo, porque para mí representaba un empeño más allá de toda lógica hasta entonces conocida. Pero sería el primero en la entera historia sagrada que se produciría con completa ausencia de fe. Curiosa paradoja que me movía aún más a intentarlo.

El caso es que llegó la hora a la que se suponía que debíamos comenzar y la reina decidió seguir adelante con su experimento. Los músicos quedaron instalados en la habitación contigua a la del rey, de la que emanaba un hedor pestilente, sólo soportable por la propia costumbre de cargar con él. Lo más difícil de todo fue sobreponerse a ese ambiente plagado de inmundicia y basta humanidad animal. Ni uno solo de los establos en los que hice parada durante mi viaje por media España hasta La Granja olía de aquella manera abandonada, dejada de la mano de Dios, como los indeseables caminos que conducen a otra dimensión más acorde con la del infierno.

Se presentó el momento y, a pesar de que desde los aposentos reales nos ensordecían los gritos y los llantos de una criatura desesperada, poseída por las malas artes del demonio, comenzamos con el repertorio. Ya casi no recuerdo el orden en que canté. Lo que sí sé es que los aullidos y las malas palabras cesaron de manera automática. También recuerdo que la interpretación de «Quell' usignolo che innamorato» arrancó sus quejidos de cuajo y que un silencio cómplice cortó después los pasillos para que yo cantara a placer el resto de las arias y las piezas preparadas.

Cuando terminé la última nota de «Son qual nave ch'agitata», no hubo aplausos. Nos habíamos quedado expectantes, a la espera de una respuesta a la que precedieron muchas preguntas, muchos ruegos, muchas esperanzas,

demasiados insomnios. Fueron varios minutos los que transcurrieron en silencio, sin que se oyera un murmullo impertinente que pudiera dar al traste con todo.

Finalmente, la puerta de la habitación real se abrió y su criado más fiel me invitó a pasar adentro. El rey se encontraba sentado junto a la ventana que mantenía siempre abierta frente a la fuente. Olía a una mezcla de orín, sudor y enfermedad infecciosa. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no vomitar. La cama estaba deshecha y él vestía una camisa oscura y roída cuyo color era imposible determinar. Al parecer, no había querido quitársela desde hacía semanas. Su mirada delataba el rastro de un llanto casi inconsciente. Me pareció tan triste como la de un ángel caído y resignado a su terrible suerte.

No hablaba con claridad, pero acerté a entender lo que me dijo en francés: «¿Quién sois vos? ¿De dónde venís?», preguntó. «Soy Farinelli, un humilde cantante al que la reina ha pedido que eche mano de su arte para que lo disfrute Su Majestad», contesté. No me atreví a ser más explícito. «Si todas las noches me cantáis lo que me habéis cantado hoy, os daré lo que me pidáis. Decidme, pues, ¿qué deseáis?»

Yo apenas podía creer que se hubiera obrado el milagro. Sólo me faltaba comprobarlo por mí mismo, indicándole, con todos los respetos, lo que la reina me había pedido. Aun a riesgo de que me considerara insolente y me arrojara de allí con malos modos, me atreví a hacerlo. Le dije: «Deseo con todo mi corazón que os lavéis, os afeitéis, os cortéis el pelo y os vistáis para atender los asuntos de Estado que tenéis pendientes, Majestad».

En ese momento entró la reina. El rey la recibió con una mirada de agradecimiento infinito, como pudimos comprobar por lo que él dispuso a continuación. Exactamente lo que yo le había pedido instantes antes.

He meditado mucho sobre la fuerza de aquel episodio en mi vida. Es curioso. Si bien me alegro de haber pasado a la historia no sólo como el gran Farinelli en los escenarios, la voz que asombró durante varias décadas de un siglo glorioso a toda Europa, también me enorgullezco de ser considerado en España una suerte de santo capaz de obrar milagros y torcer voluntades reales para lograr el bien común. Aunque es cierto que todo eso también me ha llevado a plantearme si merecen o no la pena las bondades que presuntamente

hacen que un reino dependa exclusivamente de los caprichos de su guía, por muy lúcido o muy preparado que esté para las incomprensibles artes del gobierno.

A lo largo de mis experiencias en las cortes de todo el continente he corroborado que muchas veces entre un rey y un títere suelen darse muy pocas diferencias. Por eso confío ahora más que nunca en que dichas formas de concebir las cosas acaben cambiando hacia sistemas más justos, en los que impere, sobre todos los asuntos, aquello que llaman sentido común y en los que prevalezca de manera primordial la voluntad de los pueblos, cuyos destinos deben regir los mortales que los habitan y los dotan de alma propia.

También que no existe nada más nocivo que un rey loco y una corte a expensas de las luchas de poder entre sus miembros. Más cuando las tretas siempre acaba pagándolas de la manera más injusta un pueblo sumido en el hambre y la necesidad, al que ninguno de sus gobernantes suele prestar la más mínima atención. Salvo cuando lo necesitan para sus guerras y sus estúpidos conflictos en nombre de la patria.

20

El milagro -tú mejor que nadie, querido lector, sabrás perdonar que lo llame así- corrió por toda Europa. Las cortes demandaban más detalles. En Italia, desde Parma hasta Nápoles, de Venecia a Génova, lo celebraban con más entusiasmo por el protagonismo de Isabel de Farnesio y de mi humilde persona en el mismo. En Francia predominaba el asombro, y en Viena, algo de pesar por la pena que les causaba que aquella hazaña maravillosa me apartara para siempre de sus hermosos salones, como así fue. Inglaterra, como era de esperar, hizo cuenta aparte. Ellos jugaban la carta práctica. No tardaron en interesarse por mi regreso a Londres, ya que tenía compromisos a los que debía atenderme y que, en principio, quería cumplir. De hecho, no había trasladado todo mi equipaje a Madrid, seguro de mi regreso a la isla. Pero aquellos fantásticos acontecimientos cambiaron mi vida hasta tal punto que dudo que alguien se hubiera atrevido a pronosticar lo acontecido después.

No tardaron tampoco en llegar correos y ofertas de otras cortes, y de algún que otro caballero o casa pudiente para que me ocupara de la salud de sus esposas, esposos, hijos, padres... Pero nadie me aseguraba lo que Sus Majestades, sin pensarlo, me ofrecieron en la corte española. El rey recobró el gusto por la vida y seguía con atención los a menudo complejos asuntos de Estado. No tardó en querer salir a cazar, su mayor afición, aparte de la guerra cuando se encontraba en sus momentos de euforia. Se mostraba más enamorado que nunca de su esposa y ella accedía a sus deberes maritales con el debido placer.

Ni a mí ni a los míos nos asustaba lo más mínimo el miedo a la rutina. Contemplábamos la aburrida perspectiva de tener que interpretar todas las noches de nuestras vidas las mismas arias como algo poco probable. Es más,

estábamos seguros de que algún día el rey se cansaría. Pero no fue así. Más bien al contrario. Y esa sensación de rutina provisional hizo que se sucedieran los años sin que apenas nos diéramos cuenta.

Hasta tal punto aquel rito diario ha quedado grabado en nuestros corazones, que hoy es el día en el que todavía canto mentalmente aquellas maravillosas piezas de Hasse o de mi hermano Riccardo, a la misma hora, como una gimnasia. Éste no ha desaparecido ni un solo momento de mi corazón ni de mis pensamientos en esta última época de mi vida, cuando se ensancha el pasado, se evapora el presente y se estrecha el futuro, como una angosta estancia en penumbra, ante mí.

Cuando el rey mostraba buen humor, incluso se animaba a cantar conmigo el «Usignolo innamorato» y otras arias predilectas. Entonces, todos le aplaudíamos, tal es el poder de un rey absoluto y la bajeza sin límite de sus súbditos. Porque ahora puedo permitirme el lujo de confesar que el Señor no había llevado a Su Majestad por la senda de la música. Quizá por eso se mostraba tan abierto y tan apasionado ante las bondades de nuestro arte, precisamente por ser incapaz de acometerlo con la más mínima dignidad y el rigor que exigen los cánones.

Una cosa sí es cierta: supo disfrutarla como los dioses del Olimpo, como los mismos ángeles. Fue un placer del que no quiso prescindir jamás y por eso se encargó personalmente de que no le faltara nunca mi presencia. Enterado de mis compromisos en Londres, a los que me vi obligado a renunciar, enseguida fui nombrado músico de cámara y criado familiar, algo que dentro del rango de la corte constituía el honor más supremo al convertirme en una especie de hijo adoptivo.

Los privilegios se resumían, sobre todo, en prebendas muy bien pagadas: un sueldo de ciento treinta y cinco mil reales anuales, un carruaje bien dispuesto para todos los desplazamientos que hubiere menester, alojamientos a mi altura en palacio y en cualquier viaje que hiciera acompañando al rey. Todo eso sin contar la enorme variedad y cantidad de suntuosos y atinados regalos con los que los monarcas, los herederos y los infantes me honraban constantemente: retratos, relojes, piedras preciosas, instrumentos...

Aquello merecía la pena. Sobre todo la sensación de poder desempeñar un papel más útil, más constructivo que el de relegarme a ser el arma

arrojadiza de una facción contra otra, como me ocurría en Inglaterra. Nunca me había sentido a gusto en aquella tesitura, sobre todo cuando transcurría el tiempo y no conseguía mis objetivos, que se encontraban más del lado de Haendel que del bando al que me hallaba adscrito. Así que también, sin más tardar, cuando resolví quedarme en España, una decisión que no me fue muy difícil tomar, envié una carta a los empresarios londinenses cancelando todos mis compromisos.

Sabía que aquello supondría una larga y costosa guerra de pleitos y enfrentamientos, incluso que no jugaría en beneficio de mi carrera, pero tenía mucho más que ganar quedándome en España. Por supuesto, respondieron negándose a pagarme lo que todavía me debían, que no era poco, aunque no recuerdo la suma.

No ascendía a tanto como para hacerme reconsiderar una decisión tan acertada. Necesitaba paz de espíritu. Mis traqueteadas carnes, mi cuerpo grandullón y ya algo baqueteado por los caprichos de una vida demasiado intensa demandaban una larga parada, una nueva etapa menos nómada.

Lo que nunca sospeché es que fuera a ser tan duradera. Tampoco que me costara tan poco esfuerzo prescindir del goce que hasta ese momento me había proporcionado el público de los teatros. Porque a partir de entonces, renuncié a todas mis futuras apariciones públicas. Creo que lo he anotado demasiadas veces ya. Por mucho que lo repita, jamás saldré de mi asombro: más de veinte años estuve instalado en la corte española. Fue la mejor elección posible para aquella época de mi vida. Aunque nunca he dejado de preguntarme hasta dónde hubiese podido llegar de haber continuado aquel viaje que comenzó un buen día en Nápoles y terminó entonces en España, antes de mi definitiva renuncia a la escena pública. Cuento esto hoy desde mi amada Bolonia, alejado de las tablas, de la gloria y en paz.

Poco a poco fui ganándome la confianza del rey y, lo que es más extraño aún, del ala dominante de la corte. La de la reina estaba fuera de toda duda desde mi llegada y mi hazaña, que bien es justo reconocer, también fue la suya, a partes iguales. Sin su fe en el éxito de la misma, no se hubiese producido nunca. Cuando había perdido toda esperanza en la salud de su esposo, yo le proporcioné una rápida recuperación. La prórroga le sirvió para alargar su estrategia, que no era otra que preparar a su hijo Carlos para reinar,

como así ha ocurrido después.

Isabel de Farnesio sabía que, con el rey vivo, quedaba a salvo de la deseada venganza de su hijastro Fernando, el heredero, al que mantenía alejado de la corte y constantemente humillado. No se le escapaba a la reina que el príncipe había heredado la debilidad de carácter de su padre y pretendía acentuarla. Nunca le permitió ni a él ni a su esposa, la portuguesa Bárbara de Braganza, que adoraba la música y me invitó en más de una ocasión a animar sus veladas con mi canto, que entraran en sus sesiones privadas con el rey, su padre. Sencillamente, no soportaba su presencia y le repelía aún más la sombra encarnada en ellos de su antecesora, María Gabriela de Saboya. Sobre todo porque fue ésta una reina a la que los españoles adoraban, algo que Farnesio jamás consiguió.

El pueblo cuyos destinos se vio obligada a regir nunca soportó su carácter duro, antipático, que denotaba en ella un exceso injustificable de ambición, demasiado marcado para el gusto y la manera de ver el mundo de aquellas gentes, desde una óptica de represión cristiana que minusvaloraba el éxito individual, al contrario de lo que sucedía en los países del norte europeo. Los españoles nunca vieron con buenos ojos el trato que dispensó durante toda su vida a Fernando. Él era la gran esperanza de un pueblo que deseaba coronar cuanto antes a un rey nacido en su tierra. Un monarca que no se sintiera tan ajeno a ellos, como le ocurrió siempre a Felipe. Para ser justos, hay que admitir que la reina tuvo voluntad de penetrar en el alma española. Y que, si se empeñó en afrancesar un país que consideraba con plena razón demasiado atrasado, fue para borrar el incómodo influjo de oscuridad que impuso la anterior dinastía.

Esa lucha constante también afectaba al rey, y su reinado se vio demasiado sumido en una constante falta de resolución. Además, a mi juicio, debía de haberse enzarzado en menos guerras, cosa difícil con dos potencias acechándolo en Europa y a lo largo y ancho de varias colonias, sobre todo americanas. Tal era el caso de Inglaterra, por rivalidad, y Francia, que siempre fue una losa y una sombra imposible de quitarse de encima. Yo aparecí en su vida cuando apenas le quedaban ganas de nada. Había regresado de su abdicación cansado de todo, de guerrear, del ejercicio del poder, de las intrigas internas y externas.

«Yo no había nacido para ser rey, jamás me prepararon para ese cometido», me confesó al poco de anunciarle que me tendría siempre a su entera disposición. Me convertí poco a poco en su amigo más fiel, la persona a quien se atrevía a fiar sus miedos más recurrentes, los peligros que creía le acechaban, asuntos de Estado que incluso meditaba conmigo antes de tomar una decisión delicada. Se trataba de un ejercicio que siempre llevaba mal, precisamente por no haber sido formado para ello, como me contó. A él le habían educado, como buen infante, para la discreción y el segundo plano. Eran otros quienes debían en un futuro ocuparse del trono de Francia. Pero una decisión de su abuelo, Luis XIV, que vio en él la oportunidad de hacerse con el dominio de España y su nada desdeñable imperio, le empujó hacia un destino en el que siempre se sintió incómodo.

Todas esas muestras de afecto, predilección y confianza podrían haber hecho mella entre los miembros de la corte, en la reina, en los príncipes. Pero supe manejarme de tal manera que al final me gané el aprecio de todos, empezando por los herederos, que me dispensaron el mismo trato, o mejor en algunos casos, que sus antecesores, y siguiendo por Campillo, que entonces era la persona de más confianza dentro del gobierno.

No me costó mucho simpatizar con él. Rápidamente supe que era persona cabal. Empeñado en modernizar las anquilosadas estructuras del país acorde con las políticas más modernas de Europa en aquellos tiempos. Su curiosidad nos colocó de manera natural en buena sintonía. Yo le fui de gran ayuda con mis pareceres sobre las cortes en las que había recalado, sobre todo la francesa y la inglesa, de las que le ofrecí claves que se le revelaron imprescindibles para conocer ciertas estrategias.

Campillo resultaba del agrado del rey y llegó a tratarle mejor, siempre sin exagerar, que a su antecesor, Patiño, gran protegido de la reina. Quizá tuviera que ver en eso el hecho de que este último era gallego y Felipe V, como todo el mundo sabe, odiaba a los gallegos tanto como a los catalanes. Aunque en este caso sin razón aparente, ya que eran los últimos los que le habían causado los mayores trastornos internos de su reino. De los gallegos detestaba, sin embargo, su falta de claridad, que a mí nunca me pareció tanta, en lo poco que los pude conocer. Sí me impactaron sobremanera otras muchas virtudes, como la ironía y la hospitalidad sincera.

Yo no llegué a tratar a Patiño. Murió muy poco antes de que yo me instalara en la corte y el rey, con el tiempo, lamentó su pérdida casi tanto como la reina, que depositó siempre en su fiel secretario la máxima confianza. No me resisto a comentar un detalle que me causaba la mejor impresión de él y es que Felipe V siempre lo tuvo presente en sus más arriesgadas decisiones. «¿Qué hubiera hecho Patiño?», se preguntó muchas veces delante de mí. Era lo mismo que le planteaba a la reina antes de inclinarse por opciones complicadas.

Atrás habían quedado las discusiones a gritos que llegaron a tener en vida del político, en las que el rey echaba en cara a la reina esa predilección por el gallego y por otras personas de su confianza: también el marqués de Scotti, su confesor y más fiel camarista. «¡Quiero que os deshagáis de los cuatro evangelistas!», le decía. Generalmente, a esa frase enfurecida, como me contó con detalle una vez Giovanni Battista Sacchetti, el escultor de Sus Majestades, con quien entablé una duradera amistad hasta mi salida de la corte, seguía siempre un innegociable: «¡No!». Lo enfrentaba con tono mucho más alto que las ya de por sí elevadas frases del rey, y todo terminaba en un portazo digno de la situación.

Así de voluble se mostraba aquel pobre monarca. Despreciaba en vida sus mayores recursos y, cuando los perdía, se lamentaba de haberlos arrojado por un barranco. Aunque para ciertas decisiones fue implacable. Pese al poder y las tretas que Isabel urdió para colocar a su hijo Carlos como preferido en la corte, él nunca cedió a sus pretensiones. Y eso que las aptitudes para el mando del actual monarca español, por mucho que mis servicios se vieran finalmente perjudicados por su capricho en la corte, resultaban mucho más evidentes que las de Fernando.

Pero Felipe V siempre defendió los derechos sucesorios del hijo de la saboyana, pese a que le preocupaban seriamente sus debilidades de carácter, mucho mayores que las suyas propias. A todas las que su padre tenía, el hijo añadía la de la piedad y la bonhomía ausente de rencores. Así me lo confió el rey en más de una ocasión y así se lo advirtió también a él, diciéndole que cuando le llegara el momento de reinar debía aprender a ser más frío en sus afectos.

Muchas veces me hacía sentarme a la mesa con ellos y probar las delicias

que les preparaban Benoist y Chatelain, los cocineros franceses que servían en la corte a mi llegada. Nunca les faltó el apetito a ambos monarcas. El rey desayunaba caldos y huevos pasados por agua, la reina adoraba que le enviaran pasta, trufas y salchichones de Parma. Abusaban siempre de la caza y las aves, y celebraban mucho la costumbre de comer olla podrida los domingos, para sentirse cercanos a la manera de alimentarse del pueblo llano. A mí, con el tiempo, acabó por causarme auténtica indigestión ese potaje compuesto de carnes de vaca, carnero, gallina, pichones, cerdo revuelto con garbanzos y verduras que ponía a prueba de artillería los estómagos de un cíclope.

Nunca lo he echado de menos en las dos décadas que dura ya mi retiro en Bolonia. Sí añoro en cambio la divertida parafernalia de una corte enloquecida en la que se me permitió actuar como nunca había llegado a planear en mis mejores sueños. Cuando empecé a aburrirme de mi dedicación casi exclusiva al canto para los reyes, me dio por reflexionar sobre las carencias musicales de un país que yo consideraba, si se me permite la expresión, en pañales respecto a dichos asuntos.

Me decidí tan pronto como pude a cambiar las cosas para bien y sin tardar preparé un proyecto para la capital del reino. Deseaba que la ciudad y el centro de la corte que me había acogido se convirtieran en una referencia europea. Quise organizar óperas en el Casón del Buen Retiro, donde Giacomo Bonavia construyó un magnífico escenario. La idea les entusiasmó. La reina quiso que me ocupara de todo, desde los ropajes hasta la cuidadosa selección de las voces.

Aquello afectaba a las competencias de uno de los «cuatro evangelistas», el marqués de Scotti, pero siempre quedó claro que yo me había conformado de sobra con todos los privilegios que ya tenía y no quería usurpar las labores ni responsabilidades de nadie. Tan sólo necesitaba una cosa: diversión. Y me propuse recuperarla con lo que más había amado en esta vida: la música y la escena. Convencí a la reina para que le encomendara la remodelación de un teatro que sería clave en mi labor allí: los Caños del Peral. Scotti lo modernizó a conciencia, y se convirtió en poco tiempo en el más importante de la ciudad.

Lo inauguramos con *Demetrio*, la ópera cuyo libreto era obra de mi

bienamado Metastasio. Gracias a mi influencia y al capricho de su hijo Carlos, que le había regalado sus obras completas traídas desde Nápoles, se convirtió en el poeta favorito de la reina. Hasta el punto que pudimos disfrutar de otras obras suyas en Madrid, como *Alexandro en las Indias*, con música de Corselli.

Pero de todos los espectáculos que programamos en aquellos primeros años recuerdo con especial agrado el *Farnace*, también de Corselli, que dispusimos para los festejos de boda del infante don Felipe con Luisa Isabel, la hija de Luis XV. Tuvo lugar en el Retiro y, de no ser por el desagradable deber de vernos obligados a soportar los caprichos de Caffarelli, a quien invité a acercarse a la corte, recordaría aquella experiencia como redonda, sobre todo porque pude volver a disfrutar de la compañía de mi amadísima Vittoria Tesi. Ella, como siempre, me ayudó a conllevar la prueba de verme retratado en el espejo de un *castrato* indeseable. Caffarelli resultó ser además, por todo lo que yo despreciaba en él, el cantante favorito de Carlos III, un rey que carece de la más mínima sensibilidad musical.

Con todo aquel esplendor, debo admitir a mi pesar que el rey jamás superó completamente su melancolía. Mi arte le fue de gran ayuda y consuelo, como él mismo me confesó siempre, pero sus fantasmas resultaron más poderosos que mis musas. Nada pudo impedir que la muerte, al sorprenderle un día de julio de 1746, resultara para él una auténtica liberación.

Su estado había ido degenerando sobremanera desde 1740. Yo le veía y hablaba con él casi todos los días, cosa que no hacía ni siquiera el príncipe, a quien abandonó un tanto en su labor de padre y antecesor en esos años. Sabía perfectamente en qué estado se encontraba y si eran necesarias mayores atenciones que las habituales. Con todo, jamás le vi renunciar a dos obsesiones: la comida y el sexo. La reina se veía obligada a cumplir con sus obligaciones cada día, a veces en más de una ocasión. Engordaba y hacía poco ejercicio, se abandonó y se encerró irremediabilmente en sí mismo hasta que le sobrevino aquella apoplejía que acabó con su desgaste inútil. A mi juicio, los últimos años de vida le sobraron.

Cumplió cuarenta y cinco de reinado. Fue amado pero todavía más odiado por algunos de sus súbditos, sobre todo los de la corona de Aragón,

que vieron cómo liquidaba sus derechos ancestrales y reconducía España hacia un centralismo calcado del Estado francés. Se sintió permanentemente asediado por guerras, sobre todo la de sucesión, interminable, y aunque muchas de ellas fueron absurdas, él las consideró vitales para reforzar y hacer perdurar en el futuro su frágil dinastía. Aun a costa de renunciar a casi todas sus posesiones en Europa, como ocurrió tras firmar la paz de Utrecht, un duro golpe para él.

Si alguien se encargó obsesivamente de prolongar todo lo que él ya no podía soportar, empezando por la carga de un reinado que siempre se le vino encima a su pesar, fue la reina. Lo hizo muy consciente de que, el día en que muriera, ella quedaría relegada en la corte. De nada sirvieron sus últimas aproximaciones a los príncipes. Ni que accediera a emplear los mejunjes que doña Bárbara de Braganza le proponía para sanar los males del rey. Ambos habían contado demasiadas humillaciones ya a esas alturas como para olvidar fácilmente lo que Isabel les había hecho pasar.

Tampoco renunció jamás a las demandas carnales de su esposo. Tan sólo una vez, cuando los médicos le aconsejaron alejarse de palacio, temerosos de que tras la cena que había ingerido su actividad en el lecho le causara un ataque al corazón.

Recuerdo aquella noche. Se transformó en una fiera enjaulada. Gritaba como un poseso: «¡La reina me ha abandonado! ¡La reina me ha abandonado!». Tan sólo le consoló una gallina estofada que tuvieron que llevarle al cuarto para que le calmara la ansiedad y se durmiera. Fue peor el remedio, en ese caso. Porque dejarlo que se desfagara con sus costumbres maritales habría sido mejor que aquella decisión tan poco atinada de cebarlo.

La confusión era tal en toda la corte que se imponía ya un hecho traumático como única solución. Ni siquiera yo, en las últimas semanas de aquel recién estrenado verano, había logrado mantener una conversación coherente con él. Tampoco disfrutaba de la música; sencillamente, la soportaba como parte de las rutinas diarias. Como una costumbre que ya no le provocaba ni placer ni sonrisas, ni hacía asomar la emoción a su rostro petrificado, carente ya de cualquier atisbo de esperanza en nada.

Así que la muerte del rey, con todo el dolor que a sus más allegados nos suponía, se revelaba entonces, y que Dios me perdone por juzgarlo así, la

mejor de las soluciones. Primero para él y después para su gente. España quedó un tanto aliviada al conocer la noticia y su pueblo, harto de conflictos y rumbos confusos, se llenó de júbilo al ver subir al trono a Fernando VI.

Éste era un hombre débil, melancólico y maleable, pero mucho más sensato y provisto de buen juicio que su antecesor. Aunque se avecinaba un tiempo de más calma, un reinado discreto en el que yo pude desarrollar mi labor con toda libertad y apoyo, quiero dejar también constancia de que los súbditos más fieles y agradecidos de Felipe V lloramos su muerte como la de un padre. Con honda pena y un denodado pesar que aún hoy, al menos en mi caso, perdura.

21

La paz no es buena amiga de los protagonismos históricos. No sé por qué. Más cuando la búsqueda de dicho fin resulta tan insólita que no muchos gobernantes pueden preciarse de ello. Quizá los mandatarios sepan que la racanería de los eruditos se cebará con quienes buscan la concordia cuando analicen los periodos en los que mandaron sin sobresaltos, ahuyentando los derramamientos de sangre, las ambiciones desmedidas y las crueldades como si se tratara de conjuras propias del diablo.

La estela de Fernando VI y Bárbara de Braganza en la historia de su país será discreta por estas razones que acabo de exponer. Ordenaron expresamente a sus mejores secretarios, el marqués de la Ensenada y José de Carvajal, mantenerse lo más alejados posible de los conflictos, no provocar la ira de sus vecinos y de las potencias emergentes, centrarse en la prosperidad del país. El nuevo rey, cuarto hijo de Felipe V, único superviviente de la descendencia de su primer matrimonio con Gabriela de Saboya -muy a pesar de su segunda esposa, Isabel de Farnesio-, llegaba al trono por derecho y con el entusiasmo de un pueblo que recibía con fervor contagioso a un monarca nacido en su suelo.

Ese detalle, para todos aquellos, pocos, que hemos ido dando tumbos por el mundo y nos hemos labrado un espíritu abierto y cosmopolita, ilusionado más con la hermandad de los pueblos que con cualquier otro ideal, podría carecer de importancia. Pero para un país demasiado encerrado en sí mismo, oprimido por una visión fomentada por la Iglesia en la que se presentaba a los extranjeros como el colmo de la herejía, las malas costumbres y la ofensa a Dios, era importante. Les ofrecía las máximas garantías. Como si haber nacido al abrigo de un determinado aire y un paisaje específico supusiera

algo imposible de revertir con una formación racional posterior.

Recuerdo todavía hoy la llegada de los nuevos reyes a Madrid como uno de los días en que vi más dichoso al pueblo español de los veintidós años que permanecí allí. Entraron en una imponente carroza dorada, como yo había visto pocas hasta la fecha, quizá sólo en Viena, tapizada en azul y bordada en oro, transportada por al menos ocho o diez caballos blancos, relucientes, elegantísimos, que los condujeron del Retiro a la Plaza Mayor, a la Puerta del Sol y al monasterio de las Descalzas Reales. Miles de personas acompañaban su paso por todas las calles y la noble villa no despedía esos días el insoportable hedor de siempre. Todo había sido limpiado de excrementos, al menos para el primer día de festejos.

En las jornadas que siguieron ya fue más difícil mantener la higiene y evitar la perniciosa costumbre del «agua va». Sobre todo el 12 de octubre, cuando los reyes asistieron en la Plaza Mayor a una corrida con al menos veinte toros, un espectáculo que yo, por mucho que asistiera, no acababa de entender. Aunque confieso haber sentido ante tan emocionada liturgia una inconfesable atracción fatal, que no llegaba al delirio de los españoles.

Fernando VI siempre fue un rey bienintencionado. Los trece años que se mantuvo en el trono (desde 1746 hasta 1759) trajeron prosperidad, tranquilidad y contadísimos conflictos más allá de accidentes y algunos altercados de los que prefiero no acordarme en las Indias y Europa. Estaba tan obsesionado con la caridad que eso le llevó a veces a imponerla como decisión de gobierno. Por ejemplo cuando una sequía asoló Andalucía en 1750 y él eliminó los impuestos para que sus gentes pudieran sobreponerse al azote. Hacía poco por enterarse de las desgracias y las amenazas que le acechaban, pero cuando tenía conocimiento de ellas, procuraba poner remedio. Principalmente delegaba en sus secretarios y gobernantes la resolución de los mayores engorros, algo que hizo que le colgaran la, en ocasiones, injusta fama de indeciso, pusilánime y miedoso.

Sentía una palpable alergia por la política que desde siempre había preocupado a su padre y le hizo ganarse el desprecio sin tregua de su madrastra. Él lo sabía y lo primero que hizo fue alejarla de la corte, que no iba a tener ya su centro en La Granja de San Ildefonso sino en Madrid, en el Buen Retiro y en Aranjuez, sobre todo. En ese trance se presentó mi primer

conflicto. ¿Debía permanecer fiel a quien me trajo a la corte española y aliviar las penas de su retiro en el palacio de Riofrío, el discreto lugar al que fue a parar Isabel?

Siempre tuve clara la decisión. Me quedaría junto a los príncipes, entonces recién nombrados monarcas, que desde el primer momento mostraron el mayor afecto y admiración por mi arte. Isabel de Farnesio no lo pudo comprender y desde entonces me retiró el saludo y todo su apoyo posterior. Aquello me costó también la desconfianza de su hijo Carlos, quien al llegar al poder me echó de la corte, sin duda influido por su madre. Ésta, igual que me acogió en su día, me despidió sin piedad en cuanto pudo cobrarse su venganza, debido a lo que consideró una «deslealtad» por mi parte.

No me arrepiento hoy de lo que hice, ni de las faltas premeditadas que cometí en este pedregoso asunto. Ya estaba más bien hartado del terrible comportamiento de Farnesio con los nuevos reyes, a los que siempre me unió un prolongado y sincero afecto. Es cierto que yo había sido criado y hombre de la máxima confianza de sus antecesores, pero ante la duda de seguir prestando mis servicios a la viuda del rey o al heredero con pleno derecho, no vacilé.

Procedí de manera noble, leal y correcta, porque si algo quedará del gris y tranquilo reinado de Fernando VI y Bárbara de Braganza será el impulso que dieron a las artes y muy especialmente a la música. La formación y el talento artístico de la reina, a quien los españoles trataron con una no malintencionada indiferencia en relación con el cariño que mostraban por el rey, me hacían sentirme seguro de que cuando llegaran al trono la actividad resultaría excitante. Tampoco sé muy bien de dónde provenía esa falta de interés por un personaje como Bárbara de Braganza. Muchas veces he pensado que tenía que ver con su aspecto físico, poco agraciado y un tanto basto, al que salvaba un gesto de bonhomía, aunque algo gris e insípido.

Los españoles prácticamente le perdonaban la vida con ese sentimiento de superioridad que siempre han mostrado hacia los portugueses. Si no llega a ser porque Isabel de Farnesio le había hecho la existencia imposible, puede que ella se hubiera convertido en una de las dianas favoritas del pueblo.

La reina doña Bárbara había disfrutado de un maestro insuperable para su

formación musical: mi admiradísimo Domenico Scarlatti. Debo decir que no me fue fácil vencer las primeras reticencias que éste mostró al principio por mí. Me consideraba una seria competencia en los afectos de la reina, y confieso ahora que tuve que emplear mis mejores armas de seducción para ganarme su confianza.

Bien es cierto que lo conseguí en poco tiempo. Hoy puedo asegurar que su estela y su influencia perduran en mí. En parte gracias a su música, que me acompaña en los momentos más negros de mis postrimerías gracias a la generosidad de la reina. Ella, que poseía todas las partituras originales de sus sonatas para clave, al carecer de descendencia tuvo a bien regalármelas y aquí las guardo hoy en Bolonia, como un auténtico tesoro, al lado de las de otro buen amigo, Sebastián Albero, quien pese a morir joven llegó a ser compositor de cámara de Fernando VI. Ambas obras me acompañan en el ocaso de mi vida y avivan la melancolía de mis mejores momentos en España.

Junto a Scarlatti llegamos a hacer grandes cosas. Cantamos en recitales nocturnos por todos los palacios de la corte. O en las escuadras del Tajo, quizás el invento más excitante de todos los que llevé a cabo en el reino. Consistía en un espectáculo que mezclaba música, luz y placer como pocas veces hemos podido experimentar. A los reyes les entusiasmaba, incluso más que las óperas que montábamos en el Buen Retiro o en los Caños del Peral, teatro de mi preferencia en la ciudad.

No había límite, nunca me dijeron que no podía hacer esto o aquello por falta de dinero. Pero yo llevé siempre las cuentas y los gastos claros en mi cuaderno de Fiestas Reales. Fui la figura más consentida en la corte y probablemente una de las más odiadas por algunos que preferían no expresarlo no fuera a costarles caro su desprecio. Cuando los reyes montaron por primera vez en una de las escuadras del Tajo, no pudieron olvidarlo. Navegábamos casi siempre al atardecer, pero a veces pasábamos el día pescando y comiendo a bordo de los barcos que nos transportaban a lo largo del cauce del río, con fragatas, jabeques, falúas y botes, que fueron creciendo hasta llegar a la cifra de quince.

En la primera, la Real, que medía un largo de sesenta pies y seis pulgadas, nos montábamos los reyes y yo junto con ocho músicos, que acompañaban

mi voz cuando no querían hacerlo al clave los mismos reyes o el gran Scarlatti. Detrás nos seguía una comitiva que a veces llevaba hasta cincuenta personas, invitados de los reyes que se acuchillaban entre ellos por acudir a una de estas jornadas o veladas, algo que solamente estaba reservado a unos pocos privilegiados de la corte.

Montaban en la falúa de respeto, de color verde y dorado, la fragata *San Fernando y Santa Bárbara*, con sus tres mástiles, o los jabeques *Orfeo y Tajo*. Los botes transportaban la comida y los refrescos, suficientes para pasar varias horas a bordo. Allí se iban depositando también las piezas de jabalíes y venados que se cazaban por el camino y la pesca que algunos practicaban. Los reglamentos eran muy claros y estrictos. Se establecían bien con banderas, si era de día, o con faroles si navegábamos de noche.

Pocas veces falló algo en estas diversiones que servían de total evasión y gozo a nuestros señores. Pero no fue la única locura que se me ocurrió poner en marcha. Los escenarios de algunos espectáculos también asombraron a más de uno. Ahora sé por qué me sobrevinieron aquellos aires de grandeza. La ausencia de mi voz en plenitud me provocaba una ansiedad que logré encauzar gracias a todo aquello. De no haber podido contar con dicha posibilidad creativa a mi antojo, no sé qué hubiera sido de mí. Desde luego, me habría ido antes de la corte.

El esplendor de la ópera durante aquellos años ha sido evidente. Todos los viajeros lo han alabado e ilustres escritores han tenido a bien inmortalizarlo en sus obras. Las temporadas de los Caños del Peral fueron muy celebradas, lo mismo que las del teatro del Buen Retiro, en las que jamás escatimé los mejores medios para hacer de Madrid el centro de la ópera europea. Todas aquellas empresas las contemplo hoy como el culmen de mi carrera y agradezco a los reyes haberme proporcionado la posibilidad de acometerlo de manera grandiosa.

Dirigí comparsas de más de doscientas personas, utilicé caballería, maquinaria sofisticada y fuegos de artificio. Conseguí cumplir uno de mis sueños recurrentes en *Armida Placata* junto a mi adorado Amigoni, mi artista de cámara, quien me ha inmortalizado para la posteridad en numerosos retratos de manera generosísima. No miento si admito que aquellos rasgos de príncipe de las artes que él ensalzaba en mí disfrazaban una realidad más

triste. A pesar del rechazo que me producía el hecho de posar para ser retratado, confieso hoy que el esfuerzo mereció la pena. Mientras realizaba uno de aquellos cuadros en los que me mostraba con la Cruz de Calatrava - uno de los mayores honores que recibí en España- o junto a los reyes, le propuse montar dicha ópera en un templo que fuera por entero de cristal, con un gran sol que produjera extraños reflejos.

Parecía no prestar atención a lo que yo le iba relatando, pero en cuanto salió de su concentración resuelta frente al cuadro mostró un entusiasmo fuera de lo común. En buena hora, pienso hoy, lo engatusé con mi proyecto. La experiencia se convirtió en una auténtica pesadilla. Encargamos a la Real Fábrica de Cristal de La Granja miles de piezas de vidrio de color, con columnas, arañas y el dichoso sol, al que no estábamos dispuestos a renunciar de ninguna manera.

Aquello nos abrasó a todos. Hubo que repetirlo una vez tras otra porque nada más salir del molde que cuidadosamente se había elaborado en la fábrica según nuestras instrucciones, se rompía ante la desesperación de todos los que ponían buen cuidado en realizarlo. Una vez se hubo logrado mediante no sé qué mecanismos de la física y la química pertinentes, tocaba trasladarlo a Madrid. No se nos ocurrió otra manera de hacerlo que mediante una carreta con muelles que amortiguaran los golpes del camino. El invento dio resultado, la ópera pudo montarse finalmente después de varias suspensiones y sustituciones en cartel, y el público quedó deslumbrado.

En aquel proyecto anduvo metido Antonio Joli, que junto con Giacomo Pavia, Francesco Battaglioli y Santiago Bonavera fueron los escenógrafos con los que trabajé en aquella época, más o menos a gusto. Apenas surgieron mínimas discrepancias entre nosotros, pues sentían por mi persona y lo que yo había representado en el mundo de la ópera un respeto demasiado reverencial, casi bochornoso en algunos casos, que me elevaba ya entonces a la categoría de leyenda.

Nunca me sentí cómodo en ese papel y de lejos prefería el trato que siempre me dispensó en la lejanía y por carta desde Viena mi adorado Metastasio, a quien encargué durante la época de Fernando VI los libretos de dieciséis óperas y cuatro serenatas. Sé que se han levantado rumores sobre nuestra relación, que algunos han considerado siempre muy estrecha. Ésta

nunca pasó de un mutuo respeto y una bien forjada amistad. Jamás experimenté inclinación alguna hacia los hombres. He de decir que tampoco es algo que haya considerado nunca contra natura. Es más, en nuestro mundo, el de la ópera y los *castrati*, resulta bien habitual.

Antes al contrario, Metastasio fue todo un desahogo para mí en lo que respecta a una parte de mi vida de la que todavía hoy me da pudor hablar. Me refiero a la historia de mi amor tormentoso, una vez más, con Teresa Castellini. Entró en mi vida un luminoso día de 1748, cuando fui requerido para formarla como cantante. Le doblaba por entonces la edad, pero no le llegaba ni a los pies en cuanto a madurez sentimental. Siempre fui torpe con las mujeres que me gustaron. Hasta que no se establecía un vínculo de amistad, no lograba sobreponerme a ciertas barreras demasiado vergonzosas para mí. Éstas, sin duda, aparecían debido a la transparencia de mi condición, que en esas situaciones, realmente, me avergonzaba.

Quise camuflar mis sentimientos desde el principio con el aura de seriedad y disciplina que deben comportar todas las clases. Pero ella se debió de dar cuenta enseguida de mis verdaderos sentimientos al sorprender más de dos y tres miradas torpes que delataban mi infantil embelesamiento. Si he confesado mis auténticas inclinaciones hacia Vittoria Tesi en un periodo de mi vida, es obligado admitir ahora que Teresa Castellini ha sido el último y, por la fuerza del recuerdo cercano, el más intenso amor de mi existencia.

Nuestra relación platónica, con algunos escarceos que me hicieron todavía más sufriente, duró diez años. Cantó en varias óperas organizadas por mí, pero, pese a la insistencia de Metastasio, nunca nos atrevimos a dar el paso de unirnos para siempre en lazos más rígidos. No por los obstáculos religiosos, morales y de esa categoría, que yo estaba dispuesto a superar, sino porque a esas alturas ya me había acostumbrado demasiado a penar en soledad. Con más de cuarenta años y una carrera intensa como la vida, ya empezaba a ser considerado una reliquia, un vejestorio excesivamente maniático como para atormentar a nadie más de lo necesario. Sobre todo no estaba dispuesto a enfrentarme a la constante frustración de un placer físico imposible que hiciera justicia a nuestra ideal relación. No hay nada que me haya causado más daño en esta vida que desconocer cómo se experimenta el goce carnal de nuestros pálpitos espirituales. No me gustaría detenerme en

esta sensación más de lo necesario, pero pocas cosas me han producido más envidia que los explícitos relatos de las conquistas de Casanova, de mi hermano Riccardo o Metastasio. Su cara sombría cuando yo expresaba mis imposibilidades sexuales daba buena cuenta de lo que me he perdido. Ya nadie podrá remediar el hecho de que yo quede sin conocer qué disfrutes se esconden más allá de la frontera misteriosa interpuesta entre el olor, el pecho palpitante y el beso de una mujer entregada. El insoportable dolor físico que me producía la excitación debe de ser la única cosa comparable en medida a la liberación que a buen seguro proporciona el placer después.

Pero estar con ella me hacía feliz, más cuando pude superar la barrera de mis, como diría Metastasio, «pudores virginales» y vencer todos mis complejos. Se establecía entre ambos una relación llena de complicidades. Yo exaltaba y buscaba en ella su picardía de sexto sentido femenino, que Teresa tenía desarrolladísima. Ella hallaba en mí una seguridad a modo de escudo contra la dulce y a veces histérica fragilidad que muchas veces desarma a las mejores cantantes.

La vida en España junto a Teresa fue más dulce y menos absurda en los momentos duros, que los hubo. A partir de entonces, en esa oscura década de los años cincuenta, la muerte estuvo demasiado presente en mi vida como para darle la espalda. Primero, en 1750, me sorprendió la noticia de la desaparición de Pepoli, a quien adoré toda mi vida y que hoy habita entre estas paredes de mi casa boloñesa al haber sido él quien me procurara tan delicioso retiro. Después me arrugó aún más el ánimo la muerte de mi hermano Riccardo, que tuve la negra fortuna de presenciar. Le acompañé en su agonía hasta el último momento. El hecho de haber sujetado su mano en los días y las noches precedentes al paso definitivo suponía para mí el más pobre de los consuelos. Pero un consuelo, al fin y al cabo. Le juré mantener viva su obra aun en los momentos en que flaqueara mi razón, mi salud y mi ánimo. Pude arrancarle alguna sonrisa que le hiciera despreocuparse del dolor con recuerdos de nuestra infancia. Transmitirle en el último lecho algo similar al orgullo por los éxitos cosechados, para ahuyentar el miedo que se apodera de todo en aquel trance. Quise que saliera de este mundo en paz y consciente de que su vida había merecido la pena, convencido de que lo labrado por él perviviría por los siglos de los siglos.

No quiso él saber de qué moría ni yo tampoco, preferimos en los últimos días ser conscientes de que vivíamos. Todavía recuerdo el olor a flores frescas junto a su ataúd y la sensación de vacío hiriente que mantenía mis ojos abiertos ante la pesadilla de una vida mucho más solitaria.

Se había marchado a Nápoles por un tiempo y había regresado junto a mí. Gracias a Dios pude disfrutar de su compañía en los últimos meses. Habíamos atravesado medio siglo de la mano, recorrimos Europa, conocimos el fracaso y el triunfo, pero sobre todo nos quisimos y sabíamos que en los momentos más oscuros y desalentadores sólo nos teníamos el uno al otro.

En los años postreros, Riccardo, quizá demasiado harto de haber sido mi sombra, cosa que por otra parte jamás llegó a reprocharme, se había dedicado más a la política que a la música. Yo había influido también en las decisiones de Sus Majestades respecto a diferentes materias, algunas delicadas, y por ello me mostraban más confianza que a sus prohombres de la corte, incluyendo al mismísimo marqués de la Ensenada, la figura que hasta la fecha más ha hecho por modernizar España.

El caso es que al morir mi hermano aquella implicación demasiado directa de mi humilde persona en aspectos del gobierno era lo único que me retenía allí. La lealtad a los monarcas, poco tiempo más podía durar. Tan sólo dos años en el caso de la reina y tres en el caso del rey. Todas las luces de nuestro esplendor iban apagándose poco a poco, manteniendo un curioso orden que medía a su vez el inquietante y parsimonioso ritmo de nuestra decadencia.

22

El dolor anduvo siempre presente en la soledad de aquellos últimos años en España. Encuentro ahora, en la moderada distancia, un consuelo renovado en lo que allí padecí. El tiempo y la lejanía me han ayudado a superarlo todo y a que las ausencias, por próximas en nuestros recuerdos y en nuestros sentimientos, cobren una extraña sombra íntima.

Parece que vivo ahora aquí, en Bolonia, rodeado de mis propios fantasmas. Ellos me protegen, me acompañan y ahuyentan ese inevitable miedo a la muerte que todos quienes hemos saboreado a fondo la vida sentimos. Hay veces que hasta los objetos parecen también gaseosos. La capa de polvo que a menudo los cubre tampoco ayuda a que cobren una apariencia real.

Especialmente amargos fueron los dos últimos años en España, desde el momento en que la reina cayó enferma. Su asma ya apenas la dejaba respirar en aquellos postreros meses en Aranjuez y el rey no hacía más que pedir remedios a los mejores médicos del mundo: por carta, mediante correos reales y a través de cualquier conducto rápido y eficaz. La trataron los más afamados doctores de la capital del reino, pero más que en los alivios de los mejunjes y los fármacos, apenas encontraba un pequeño consuelo en las humildes curas que le proporcionábamos Scarlatti y yo con nuestro arte. Así que mi canto volvió a servir de medicina en la corte, tal y como ocurrió al principio con mi señor Felipe V.

Recuerdo la cara y la actitud de la reina en aquella época; estaba como poseída de una ansiedad que le hacía desear cada vez más música, consciente de que se trata de un arte divino, pero sólo en la tierra. Toda nuestra vida giraba entonces en torno al alivio de doña Bárbara. El rey se apoyaba en mí,

deprimido ante ese porvenir ermitaño que le acechaba con cada ataque de tos de su esposa. Morirían ambos sin descendencia, muy solos, únicamente consolados por el hombro de aquellos que teníamos el privilegio de ser considerados sus fieles más cercanos, por no decir sus amigos. Aunque es justo reconocer que lo éramos, más cuando ya no corro peligro de padecer ninguna intriga.

Casi no disfrutaba del aire puro mi señora, viajaba en una carroza cerrada a cal y canto para evitar corrientes perniciosas que después pagaba ahogándose en ataques de tos infames, de los que jamás la oí quejarse. La última ópera que presencié en Aranjuez fue *La forza del Genio*, de Bonecchi, allá por el mes de mayo de 1758. La vi feliz por última vez en su vida, más que cuando pocos meses antes, no recuerdo bien la fecha, abrió las puertas del monasterio de las Salesas Reales, donde la mujer había planeado retirarse en caso de que el rey muriera antes que ella. Visto cómo se fueron desarrollando los acontecimientos después, hubiese sido lo más deseable.

Fue la última vez que el pueblo de Madrid pudo contemplarla en el límite de su esplendor, aunque se palpaba en la calle la preocupación por su estado. La encontraron inevitablemente más pálida y se podría decir que demasiado delgada para lo que siempre había sido. A partir de entonces empezaron a manifestar mayor aprecio por ella. Se tiene por una costumbre muy española esa de apalear a los vivos y alabar a los muertos. El monumental desprecio que siempre demostraron por una reina que jamás les dio peores motivos para ello que otras se fue tornando en un afecto comedido, aunque sincero. Después se retiró a reposar y a tratar de evitar males mayores. Pero nada impidió que se fuera apagando hasta morir. Fue un año duro, aquel; no sólo contemplábamos el declive físico de la reina, sino que advertimos lo que todo el mundo temía: el derrumbe de un rey de naturaleza débil, muy sensible a la amenaza de la soledad y el acecho de la melancolía.

No se había manifestado dicho estado en él de manera preocupante, como ocurrió antes con su padre. Pero el temor a que apareciera en cualquier trance el terrible mal que en alguna parte de su alma se escondía y latía como un volcán apagado dispuesto a entrar en erupción no se descartaba entre las silenciosas sospechas de todos nosotros.

Yo fui el primero en sufrirlo y en darme cuenta de su alcance, algo que

inmediatamente comuniqué a los encargados de los asuntos de Estado. A los pocos días de morir la reina, su esposo me ordenó suspender todos los espectáculos previstos para la temporada que se avecinaba. Romper los contratos con cantantes, músicos, decoradores: en resumen, con todos aquellos implicados en lo que estuviera en marcha. Nada hice para convencerle de evitarlo. Respetaba profundamente su dolor, pero sabía que aquello, lejos de hacerle bien y aun dudando que la misma reina lo hubiese aprobado, anunciaba el preludio de males peores.

Don Fernando hablaba con la mirada ausente y en su rostro se había grabado la marca firme del sufrimiento más atroz. No únicamente se sentía solo, lo estaba de verdad. No quería que ninguno de nosotros inventara nada para aliviar su propio dolor, creo que se mostraba determinado a morir sin que nadie pudiera mover un dedo para evitarlo. La única que podría haberlo impedido ya no se encontraba a su lado y Fernando sobrevivía a merced de sí mismo y sus propios temores. Éstos se acrecentaron sin solución ni freno hasta devorarlo de una manera feroz.

Todo aquel estado de aflicción por la reina y también de luto anticipado por el rey produjo en la corte una sensación de impotencia. Saltaba a la vista cuando más de uno pronunciaba la palabra «destino». Aquellos días no quedaba un solo cura ni un político que no soltara el término o bien se resignara a ver en los acontecimientos la voluntad de Dios. Lo que más preocupaba entre su círculo de confianza era el asunto de la sucesión. Moría Bárbara de Braganza sin hijos y el ánimo del rey no pasaba por que le arreglaran un matrimonio digno de proporcionarle un heredero directo.

Así que poco tardó en actuar directamente Isabel de Farnesio en pro de su hijo Carlos. Poco me hacía suponer que, pese a haber gobernado él en Nápoles y apreciar a las gentes de allí, fuese la opción que menos me convenía. Primero, porque su madre cumpliría su anunciada y deseada venganza por mi supuesta deslealtad. Segundo, porque todos en la corte eran conscientes de que el aspirante al trono despreciaba la música.

Nada tenía que objetar Fernando a que su hermanastro le sucediera en el trono. Mantenían una continua y cordial correspondencia casi mensual y no existían conflictos entre ellos ni a costa de su madre. Nada tenía que objetar Fernando a nada, porque todo le daba igual ya a esas alturas. Se había alejado

voluntariamente de la corte y andaba retirado en Villaviciosa, inmerso en una rigurosísima penitencia real -por sincera- y en absoluto fingida. Así son la mayoría: sencillamente una mera convención que se cumple de manera mecánica.

De aquel lugar llegaban noticias terribles que quise comprobar en persona. Me presenté allí para visitarle y nadie me lo pudo impedir, pues todavía se me reconocía como uno de sus más queridos colaboradores. Pero no logré evitar alarmarme ante la situación. Al entrar, le encontré balbuceante. Parecía un animal herido por una trampa, con los ojos perdidos en no sé qué lugar de su propio mundo. Apenas llegué a intercambiar con él dos frases inconexas tras las cuales tuve que marcharme corriendo, cuando intentó atacarme sin razón aparente. Me gritaba: «¿Habéis venido a cantarme, perro? ¡Vuestras melodías no me curarán, vuestra música infecta no retrasará mi cita con ella! ¿No os da vergüenza? ¡Dejadme en paz! ¡Dejadme todos en paz!».

Huí desconcertado y cerré la puerta con un golpe. Ya después, quienes lo atendían diariamente me confirmaron las peores habladurías. Era cierto que se daba cabezazos contra la pared, que gritaba en la oscuridad cosas horribles, que a veces reía sin motivo y que a menudo clamaba por una pistola o un objeto punzante con que quitarse la vida. Acababa, tristemente, igual que su padre.

Quien sí se interesaba por su salud a diario, me dijeron, era Isabel de Farnesio. Cómo no, pensé yo. No sería por mera caridad, ni por complicidad de viuda tocada por la locura. Más bien lo contrario. Me contaron que no había alterado en el palacio de Riofrío sus hábitos. Seguía viviendo de noche y durmiendo de día, con el comprensible disgusto de sus criados, que se sentían como murciélagos, atrapados entre la sierra y la, a menudo, desesperante llanura castellana.

Pero así, paciente y al acecho, Isabel de Farnesio volvía a ser la protagonista de las intrigas de una corte que una vez más quedaba huérfana. Cumplió su sueño, diariamente acariciado: ver a su Carlos coronado. Nombrada por éste gobernadora del reino hasta que él llegara a la corte desde Nápoles, se mostró incluso impaciente para proceder al entierro de su hijastro. Fernando fue a parar a las Salesas. Allí quedaron sus restos, junto a

su esposa, sin que, como su padre, mostrara interés por descansar en El Escorial. Su lento suicidio apenas le duró un año. No quería comer, no atendía a remedios, sencillamente se dejó ir.

Sin ellos, nada me ataba ya a la corte. Con toda seguridad iba a ser despedido, como así ocurrió. La madre del rey ni siquiera quiso verme. Sin duda fue ella quien aconsejó a su hijo, nada más llegar, deshacerse de mis servicios, algo que él cumplió a rajatabla. Luego me enteraría de que había pronunciado esa desafortunada frase dedicada a mí: «Los capones, en la mesa».

No me negó una merecida y larga audiencia en el Buen Retiro, donde me mandó llamar una mañana luminosa, digna del mayor esplendor madrileño. Me recibió cordialmente, vestido de forma discreta, con una ropa un tanto raída que daba cuenta de sus prioridades a la hora de anteponer lo que para algunos -ciertamente no para mí- son virtudes, como la austeridad, frente a otras características más propias de un rey, como la majestad. Me sorprendió su talle robusto: denotaba su afición a los ejercicios físicos, caso de la caza, que le obsesionaba. Por no hablar de su enorme nariz, que espero se extinga como marca borbónica por los siglos de los siglos.

Yo le di cuenta de todo lo que había hecho en la corte. También le hice entender que mi papel no le sería necesario, con lo que yo mismo forzaba mi marcha, aligerando por otra parte sus escrúpulos. Él estaba prácticamente recién llegado y no había mostrado el más mínimo interés por las artes ni la música. Despreciaba nuestro mundo desde que, de niño, se lo habían inculcado sus mentores por obligación, según él mismo me confesó. Para colmo de males, de entre toda la música, la peor para él era la ópera italiana... Así que mi futuro quedó desde ese momento claro.

Tampoco puso objeción en reconocerlo abiertamente durante esa conversación. En ella pude comprobar que todos los pasatiempos ajenos a la caza no le interesaban. Haber abierto en Nápoles el teatro de ópera más grande de los alrededores no significaba nada especial, tan sólo era un capricho que quiso darle a la ciudad, donde se apreciaban sobremanera esas cosas. De hecho, según me habían informado, había ordenado construir el palco real en el centro, no tanto para ser bien visto, sino para encontrarse lo más alejado posible de la música.

De niño, una vez le habían preguntado cómo quería que le recordaran y contestó: «Como Carlos el Sabio». Sus maneras y su escaso interés por algunas disciplinas no le llevaban precisamente por el camino de la sabiduría. Pero he de admitir que, de haberle gustado la música, estoy seguro que hubiese sido un rey decente para seguir alentando nuestro arte en España.

Su manera ascética y radicalmente práctica de enfrentarse al mundo era lo que, en cierto modo, le hacía renegar de un arte que comportaba mucho dispendio y, por qué no decirlo, capricho. Así me lo confesó en el transcurso de nuestra reunión en el Buen Retiro. Pese a que el encuentro transcurrió en una especie de curioso toma y daca, que dirían los españoles, yo no salí especialmente espantado de sus maneras. Es más, contra todo pronóstico, le cogí simpatía gracias a esa campechanía que supo transmitirme y que no encontré en ningún momento fingida.

Hasta el punto que entendí eso que en algún momento posterior ha dicho o dejado inscrito en uno de sus retratos como lema: «Primero Carlos que rey». Yo quise conocer noticias de los lugares de mi infancia, adonde hacía años que no regresaba. Él me las dio gustoso en un fascinante napolitano. Así fue como los dos deshicimos los prejuicios y las prevenciones que el uno sobre el otro pudiéramos erróneamente albergar, aunque era consciente de que él en ningún momento traicionaría los caprichos de su madre.

Simpático y abierto, con la misma rapidez con que me comunicaba que había decidido alejarme de la corte y mantenerme de por vida la pensión - aunque lejos, en Bolonia-, también me anunciaba que había decidido vender la casa que mandó construir para mí Fernando VI en Aranjuez. Algo lógico y normal.

No me forzó a marcharme en un plazo corto ni inmediato, sino que ofreció todo tipo de facilidades para mi traslado. Su delicadeza conmigo se reveló exquisita, debo confesar, pese a todo lo que se ha escrito sobre nuestra relación. Pero hay más: el ansia por desaparecer al cobijo de mi merecido retiro en Bolonia me empujaba incluso por encima de sus ganas de alejarme. Ninguno de los dos tuvimos que esperar mucho para ver cumplidos nuestros respectivos deseos.

23

Mis criados se bastaron para que todos los enseres, regalos, ropajes y pertenencias no sufrieran daño alguno, pero nadie mejor que yo para supervisar todo el traslado. Un enorme jirón con veinte años de mi vida iba a quedar atrás, y quería que parte del mismo me acompañara el resto de mis días en el alma de todos estos objetos que hoy todavía contemplo y me despiertan recuerdos fastuosos.

Más de cinco carretas tuvieron que acompañarme a lo largo del viaje hasta Barcelona, donde embarqué hacia Nápoles dispuesto a recuperar el añorado territorio de mi infancia y adolescencia. No había vuelto allí desde que salí treinta años antes. En la ciudad, donde mi madre había muerto ya, vivía todavía mi amadísima hermana, Dorotea, acompañada de sus hijos, a los que yo ardía en deseos de conocer antes de instalarme definitivamente en mi casa de Bolonia.

Toda mi vida en España pasaba por mi cabeza aquellos días como un lienzo ya listo para ser colgado en las paredes de mi memoria. Cada bulto cargado me trasladaba a la sugerente dimensión de un tiempo y un espacio superados, pero muy gratos en el balance final: una tarde, una cara, un momento de gozo, alguna decepción ya olvidada. Conmigo cargué mis cuadros, las piezas de Amigoni, sus maravillosas pinturas. Ese espléndido autorretrato del genial Velázquez que Isabel de Farnesio me regaló junto a otras obras de mis admiradísimos Murillo, Ribera y Rubens, recopiladas con el tiempo.

Me aseguré de que resultara imposible que mis incomparables tesoros fueran maltratados en el camino. Aunque algunos llegaron en mejores condiciones que otros, no tuve que lamentar ninguna desgracia digna de

mención. Especial preocupación sentí por los instrumentos que mi otra reina, doña Bárbara, me regaló. Mis claves, que aún siguen aquí en Bolonia, conmigo, a los que ya entonces bauticé con nombres de artistas famosos: el *Leonardo*, mi *Tiziano*, *Raffaello*, al que los demás miran de reojo por ser sin duda mi favorito y que pocos días he dejado inactivo ya que, despojado de mi voz, me consuelo aún con lo que puedo extraer de sus teclas. No habrá nunca pianoforte, pese a que muchos digan ya que será el instrumento rey en un futuro no muy lejano, que iguale la fascinante armonía de mi *Raffaello*. Mis violines y violas también me sirven de eficaz fármaco contra la nostalgia. El Amati, ese poderoso milagro que es mi Stradivarius, cuyo sonido inefable me ha hecho soltar ríos de lágrimas de pura emoción estos últimos años...

Todo esto, mis cuadros y mis instrumentos, que es lo más querido para mí, queda ahora para mi sobrino Matteo, como he especificado en mi testamento hace ahora dos años, tras conocer la muerte de Dorotea. Seguramente él apreciará más la casa, las piedras preciosas y los relojes. Aunque no sé por qué muestra esa obsesión casi enfermiza por estos últimos: desde el día en que decidí hacerme cargo de él, no ha hecho otra cosa que malgastar el tiempo. Sobre todo en los últimos años, con esa esposa suya a la que detesto, la infame Anna Gatteschi, y toda su maldita familia. Eso pienso de ellos, por más que mi admirado y docto amigo Casanova se haya empeñado en que mi desprecio por ella denota en realidad una enrevesada atracción sexual. Desde luego, no me siento en absoluto consciente de tal extremo, y dicho argumento ha sido causa de múltiples disputas entre él y yo.

No me costó apenas despedirme de España. En realidad, creo que no lo he hecho todavía. La potente y eterna presencia de los recuerdos que de allí me llevé, mis habitaciones decoradas con los esbozos de escenografías de las óperas que puse en marcha en el Buen Retiro, en los Caños del Peral, el recuerdo más que recurrente de la flota del Tajo me impiden separarme de aquella etapa de mi vida.

A veces me siento como un baúl que encierra en sí todas las experiencias de sus viajes y su vida, esparcida por los centros más importantes de Europa. Junto a mi admirado sabio musicólogo Charles Burney, que me ha visitado a menudo con el padre Martini, mi amigo más fiel en la ciudad, he pasado grandes veladas recordando mis años por Inglaterra. Las luchas entre las dos

compañías de ópera enfrentadas, la frustración por haber fracasado en el intento de unir mi nombre al de Haendel por otro medio que no fuera el de la rivalidad.

Viena también sigue presente en esta casa. Cuando Martini tuvo a bien presentarme al joven Mozart, compartí con el muchacho muy interesantes conversaciones en los escasos cuatro días que pasó en Bolonia, acerca del arte de los *castrati*. Sólo espero de su generación el comienzo de una lenta extinción de los de mi especie en pos de otras voces. Pero también me regocijé al recordar mis años en aquella corte. Por más que allí anduviera a punto de morir, aprendí a tomar conciencia de mi propia debilidad. Me trajeron noticias jugosas tanto él como su padre, Leopold. Y en esto insisto aun a riesgo de que, por repetirme, querido lector, hayas advertido en mí preocupantes signos de chochera: creo que se trata de un violinista algo frustrado, empeñado en querer reflejar sus irremediables incapacidades en las excelentes dotes de su hijo. Sólo espero que no lo malogre.

Estoy seguro de no equivocarme al haber vislumbrado en ese muchacho tan avisado y alegre el futuro de una música que apenas tiene que ver con la que a mí me hizo triunfar. Creo que la ópera se dirige con él hacia uno de sus inaplazables destinos: desnudarse de demasiado ornamento vacío y revestirse de una autenticidad mucho más eficaz para describir las emociones humanas. Ése debe ser su cometido en la futura modernidad que a ellos aguarda y ya no tanto a mí ni a los míos.

Es lo mismo que ha hecho este otro compositor de sensibilidad extrema: Christoph Willibald Gluck. Me transmitió parabienes de mi mellizo Metastasio, con quien ha colaborado ya en algún libreto de sus óperas y de quien opina que es el mayor poeta vivo en Europa, como yo también creo. Con Gluck ha cambiado ya la manera de cantar de los capones, que han pasado a un plano más discreto, aunque volcados hacia una función distinta que también resulta eficaz. Al haber conocido con detalle a ambos, me atrevo a decir que un día nuestro protagonismo desaparecerá y quién sabe si nosotros también, como casta. Vislumbro nuestra decadencia, pero estoy seguro de que no llegaré a ser testigo de ella.

También confieso que Casanova me ha entretenido contándome divertidísimas historias de sus andanzas en una Venecia que compartimos y

de la que se vio obligado a salir huyendo, como de España y Francia, con la amenaza de las autoridades pisándole los talones. Fue una pena que no nos conociéramos ya entonces, cuando éramos más jóvenes, porque bien hubiese podido darme algunos de sus consejos amorosos.

Su obsesión por las mujeres es algo que me turba, aunque no tanto como esa malsana indiscreción que le empuja a preguntarme constantemente por detalles de mi vida íntima. No da crédito al malgaste de mi actividad sexual, ni a esa excesiva prudencia que ha hecho de mí una persona de continuo desgraciada en amores. Pero así ha sido, por mucho que se empeñe él en negarlo y en vincular mis frustraciones con mi actual relación emponzoñada con mi sobrina política.

No me gustaría abundar en este capítulo, el que más me ha marcado en la etapa final de mi vida. Pero sí debo dejar constancia de que mi regreso a Nápoles supuso el reencuentro con mi familia y un renovado compromiso con mis raíces que me ha acarreado, además de magníficas vivencias, otros muchos disgustos. Muerta mi madre y mi hermano, quedaba viva a mi llegada a Nápoles mi hermana Dorotea, viuda a su vez y madre de dos muchachos, Angelo Antonio y Matteo, y cuatro mujercitas, Rosaria -que a su vez tenía ya dos criaturas, Giovanni Battista y Onofrio-, Anna Maria, Fortunata e Irene.

Así que de golpe me encontré feliz en mi nuevo estado de tío y tío abuelo, nada menos. Resolvimos que Matteo me acompañara a Bolonia. Su madre había claudicado de sus constantes luchas contra su carácter rebelde y caprichoso. Allí podría labrarse un futuro más cómodo, lejos de una ciudad en la que no encajaba. Yo apreciaría la compañía y sabría, con mi visión de mundo, enderezar un camino que se presentaba duro.

De todos mis fracasos en la vida, el que más me ha costado asumir sin duda ha sido éste. No he logrado hacer un hombre de provecho de mi, por otra parte, adorado Matteo. En cierto modo, hay algo que agradezco a Dios y esto me lo he confesado muchas veces ya íntimamente, por medio de un sacramento que me sirve de constante desahogo: ha sido una suerte que el destino no me convirtiera en padre. No hubiese sido capaz de señalar el camino correcto a mis hijos.

No obstante, sin ningún rencor, he decidido legar a mi sobrino todos y

cada uno de mis bienes: desde el dinero ahorrado de mis generosas pensiones hasta las joyas, los cuadros, los instrumentos, la casa, mis criados, si le place seguir haciendo uso de ellos. Sé que estas riquezas no contribuirán mucho a enderezar su carácter débil, pero no puedo permitirme el lujo de considerar la crueldad de privarle de ellas, porque hasta el mismísimo purgatorio -ese desconcertante lugar que estoy seguro será mi próximo albergue- me perseguiría el remordimiento de haberle desprovisto de un medio de vida digno.

Al fin y al cabo, la culpa de su fracaso también es mía. Por todo, pero principalmente, ya al final, por haberme obsesionado demasiado en que no contrajera matrimonio con esa muchacha. Ella nos venció a todos, empezando por la imprudencia de Matteo. Fue a causa de su embarazo que se precipitó la boda, un nefasto 7 de julio de 1768. Al final tuve que ceder, ante su familia y ante las presiones de mis amigos también, para que se llevara a cabo una unión de la que jamás he dejado de arrepentirme. Esa tozudez, veo ahora, ha sido mi condena en este caso. Pero nunca he podido soportar ese aire de suficiencia, esa soberbia que penetró en mi casa de su mano a partir de entonces.

La música y las visitas han sido mi último consuelo. También las cartas de Metastasio, que a día de hoy continúa con vida en Viena. Espero que me sobreviva, porque el golpe de su muerte sería definitivo también para mí. De pocas personas -si exceptuamos a Porpora, a Pepoli y a Riccardo- me he sentido tan cercano en la distancia. Gracias a Metastasio pude también pagar mi deuda con mi maestro Porpora al pasar por Nápoles.

Tuve noticia de sus desgracias y de que estaba al borde de la indigencia gracias a una carta suya enviada desde Viena a España. Nada más llegar a Nápoles, salí en su busca y arreglé todo lo necesario para que no pasara ninguna necesidad. Poco duró el frío recibimiento que me dispensó en un primer instante, con un reproche que logré repeler inmediatamente gracias a mis acciones.

Me dijo con la cara marcada por el fracaso y las cicatrices de la incomprensión: «Creí que os habíais olvidado de vuestro maestro». Yo le contesté: «No sabéis el dolor que esas palabras me causan. He venido a poner remedio a vuestros males. A partir de hoy, no os faltará de nada».

La vida es una casa de préstamos en la que nunca se acaban de pagar deudas. Unas se satisfacen con mayor gozo que otras, sin apenas una pizca de carga o resquemor. Por mí, bien está que todas sean materiales, que todas puedan rendirse así, con dinero contante y sonante. En cuanto a las que se refieren a asuntos del alma, no existe remedio eficaz que las borre para siempre de la nunca satisfecha lista del ánimo.

Ha sido grato para mí hacer cuentas a lo largo de estos días, atado a la pluma y al papel. Apenas algunos podrán poner en duda lo que escribo, por eso de que cada cual guarda en lo más íntimo una verdad propia. A nadie quise ofender con esta última deuda que pago sobre el papel, ya demasiado emborronado, quizá, por asuntos de escaso interés para quien esto lea, pero que en cambio a mí me resultaron cruciales. Sentir que reviven encerrados en estas letras calma un poco la sensación de vacío que me invadía antes de empezar a enunciarlas.

Bien es cierto que mi juicio ha podido ser más severo con unos y menos dulce con otros. Pero todos somos esclavos de nuestros afectos para bien y para mal. Me considero hombre de mente abierta y quizá por eso soy de los que no han dejado que su vida llegara a verse demasiado dominada por los rencores. Lejanos quedan los que me embargaron hace décadas. Muchos de ellos, hasta olvidados. Es probable que resten más vivos en mi ánimo los que me han abocado hacia el seco pantano del sufrimiento a lo largo de estos últimos tiempos.

Yo, Farinelli, el capón, el más celebrado de los *castrati* que jamás conocieron los años hasta el presente, pido perdón si en algún momento falté a la verdad de quienes aquí aparecen mejor o peor parados. Ellos mejor que nadie saben que el prisma del tiempo, a veces, nubla la realidad de acuerdo con nuestros deseos. Quiero constatar que no lo hice a propósito y que Dios, aparte de todos aquellos que de verdad me quisieron a lo largo de mi más que afortunada vida, se mostrará comprensivo con este humilde pliego de descargos.

Bolonia, año del Señor de 1780

NOTAS Y AGRADECIMIENTOS

No creamos que la extravagancia y el difícil arte de pasar a la historia con pocos méritos son un signo de nuestro tiempo. No hay más que preguntárselo a Farinelli a través de los siglos. El hecho incontestable, según las crónicas, de que fuera el cantante *castrato* más famoso por talento artístico de su tiempo no ha sido suficiente para que se reparara en él. Buena parte de la culpa es suya porque, a pesar de su enorme talla como cantante y músico precursor en algunos aspectos, se empeñó en ser discreto, y ya se sabe que dicha virtud en campos como la ópera puede volver en contra todo un catálogo de logros probados.

Una zarzuela de Bretón de los Herreros quiso hacer justicia a su figura, que recaló en España durante veintidós años. Pudo haber vivido como un cura, de las rentas, nadie le exigía más. Pero quiso unir a su cometido diario - cantar en privado a Felipe V, cuya esposa, Isabel de Farnesio, lo mandó llamar para curar la melancolía del monarca- un papel más que activo como introductor de la ópera italiana de su época en España. Lo hizo y con éxito entre 1737, año en que llegó a La Granja de San Ildefonso, y 1759, cuando Carlos III decidió echarlo de la corte. Entre los dos reyes también prestó sus servicios a Fernando VI, un personaje, como Farinelli, tan discreto y modesto en sus ambiciones que nadie en este país repara hoy en él, ya que actualmente es imposible encontrar una biografía suya en las librerías.

Una cosa llama la atención sobre Farinelli más que toda la parafernalia barroca que lo acompañó en vida: nadie habla mal de él. Su discreción, su inteligencia, su perpetuo agradecimiento y su disposición para con sus

amigos, ese carácter retraído, nada provocador y alejado de los ridículos caprichos de los divos de su condición, como Caffarelli o Senesino, lo convirtieron en una figura más apasionante si cabe por haber hecho de su vida una obra a contracorriente en ese sentido.

Nació en Andria, cerca de Nápoles, en la época correcta y fue rey de una estirpe, la de los *castrati* o capones en España -memorable es *Los atributos del capón*, el libro de Ángel Medina sobre la huella que dejaron principalmente en Europa entre la Edad Media y el siglo XIX-, que alcanzó su máximo esplendor en el Barroco, cuando se convirtieron en las auténticas estrellas del espectáculo, equivalentes hoy a los cantantes pop o a los actores de Hollywood.

La gente se rifaba la entrada a los teatros de gran parte de Europa para escuchar el misterio de aquellos seres que con su cuerpo de hombre multiplicaban las posibilidades de su voz femenina, parecida a la que prestan hoy las mezzosopranos o los contratenores. Eran los favoritos de los compositores de la época y tuvieron en Scarlatti, Porpora, Hasse, Corselli, Vivaldi, Pergolesi y en genios como Haendel, entre otros, a sus grandes defensores. Durante centurias se ha ido perdiendo el legado principal de todos ellos, hasta que a mediados del siglo XX, sobre todo gracias a los músicos expertos en Barroco recuperadores de obras antiguas con instrumentos originales en el movimiento que se denomina la Corriente Auténtica, volvieron a la primera línea de los gustos del público.

Muchos de ellos tuvieron vidas trágicas. La mayoría quedaba sólo para formar parte de los coros de las iglesias, que los demandaban en todo el mundo y hacían la vista gorda a la hora de combatir los salvajes e insanos métodos de castración. La mitad de quienes se sometían a las operaciones no las superaban, morían o no conseguían su propósito, que en aquella época suponía una salida de la pobreza y la marginación.

Algunos triunfaban a escala global y eran demandados en los mejores teatros y salones de las cortes europeas. Fue el caso de Farinelli. Pero la deuda que existía en España con su figura era tan clamorosa que estaré siempre agradecido a Ana Rosa Semprún y a Santos López por el empeño en hacer un libro sobre este músico que resulta para nosotros un gran desconocido y que durante años ha sido sólo objeto de los anecdotarios en los

libros de historia. El agradecimiento se multiplica en el caso de Joan Tarrida, que junto a Monika Zgustova se empeñó en resucitar este libro para Galaxia Gutenberg. Cabe dentro de nuestro proyecto musical para esta maravillosa editorial, comenzado en 2015 con *Contar la música*, tan minuciosamente vigilado, como éste, por Lidia Rey.

Si no hubiera sido por el estudioso francés Patrick Barbier, autor de una biografía fundamental sobre el músico, además de su *Historia de los castrati*, habría sido difícil comenzar a delimitar una ruta fiable. Su aportación es tan fundamental al mundo de estos poderosos cantantes que hoy sería imposible adentrarse en dicho asunto sin contar con la referencia de Barbier como punto de partida básico.

Hay otros estudios ejemplares sin cuya aportación me hubiese sido muy difícil escribir este libro. El gran prólogo de Stefano Russomano para la edición de *El teatro a la moda*, de Benedetto Marcello (Alianza), me descubrió todo un mundo, lo mismo que los de Antonio Bonet Correa y Antonio Gallego al maravilloso libro *Fiestas reales*, manuscrito del mismo Farinelli sobre los espectáculos que organizaba en la corte española, publicado por Turner y que tan amablemente me proporcionaron José Méndez y Santiago Calella.

También encontré interesantísimas aportaciones sobre el cantante y su paso por la España de la época en la gran biografía de Isabel de Farnesio de María Ángeles Pérez Samper (Plaza & Janés) y en otros estudios históricos como *La España del siglo XVII*, de John Lynch; *La vida en la época de Felipe V*, de José Antonio Vidal Sales (Planeta); *Felipe V, esclavo de sus mujeres*, de Phillippe Erlanger (Ariel); *Felipe V y los españoles*, de Ricardo García Cárcel (Plaza & Janés); *Carlos III, el rey de los ilustrados*, de Vicente Palacio Arard (Ariel); *Vivaldi*, de Michael Talbot (Alianza); manuales como *La música en España en el siglo XVIII* (Cambridge), o el magnífico compendio *Crónica de la ópera italiana en Madrid*, inspirado por Emilio Casares (Colección Retornos).

Me fueron más que instructivos para conocer los usos, las costumbres y el pensamiento de la época manuales como *Razón y sentimiento en el siglo XVIII* (Galaxia Gutenberg) de Carmen Iglesias; *Locos egregios* (Booket), de Juan Antonio Vallejo-Nágera, que estudió los casos de Farinelli y Caffarelli

desde el punto de vista de la psiquiatría, o el maravilloso *Viaje de Londres a Génova*, de Giuseppe Baretti, publicado en el Reino de Redonda, además de las *Cartas a su hijo*, de Lord Chesterfield (El Acantilado).

Disfruté de lo lindo con las lecturas de Voltaire: desde *El siglo de Luis XIV* (Fondo de Cultura Económica) o *Las preguntas de Zapata* (Barataria) a la tan necesaria como magnífica edición de sus *Cuentos completos en prosa y verso* de Siruela, así como las memorias de Lorenzo da Ponte -que en su día me regalaron Jesús Robles y María Silveiro- y Giacomo Casanova, que conoció a Farinelli en persona y que hallé en Buenos Aires gracias a mis sabuesos bibliófilos Javier Rioyo y Luis García Montero, aguardados en la puerta por la santa paciencia de nuestra gran Celia Davara -qué cercana hoy, cuánto la añoramos- y, en la distancia, por Almudena Grandes. También con la novela *Canto castrato*, de César Aira, que me pasó mi amigo el escritor Fernando Royuela, cómplice de venenos literarios. Me acompañó en muchas ocasiones con su maravilloso canto Carlos Mena, que también me envió dibujos sobre Farinelli. Me empujó a adentrarme en el reto telepáticamente mi mentor y maestro, Manuel Gutiérrez Aragón. Me instruyeron con su sabiduría los maestros Andrés Ruiz Tarazona y Arturo Reverter, me ayudó mi querido José Antonio Municio con una visita tan virtual como eficaz a La Granja. Javier Pouso se fue leyendo el libro y corrigiéndolo en un vuelo de Zúrich a Madrid, mientras yo roncaba a su lado. Robé una idea maravillosa sobre el paso del tiempo a otros de mis maestros, José Manuel Caballero Bonald, y me dieron convenientes y aleccionadores capones en la cabeza para que no me desviara del camino mis editores de cabecera Luis Suñén, Manuel Rodríguez Rivero, José Ramón Sáiz Viadero, Goyo Rodríguez, Miguel Mora, Miguel Ángel Villena, Guillermo Altares y Juan Cruz, a quien me costó convencer de que éste era el título correcto.

Mis Enriques, Viana y Chantaren, lo leyeron también con su devoción de hombres con voces privilegiadas y me dieron ánimos como siempre, lo mismo que Lourdes Manzano y Jaime Valcárcel, hoy nuestros vecinos, me propiciaron un día los espacios de nuestros sueños, donde también caben la música impagable de Rosa Torres-Pardo y la sabia retranca de Miguel Muñiz.

Mi adorada Montse Lago, como siempre, me iluminó sobre las vestimentas de la primera edición del libro. Sin todos ellos y algunos más que

me soportaron a diario, sobre todo quienes eran mis cuatro mujeres de entonces, Conchita, Marta, Paula y Cristina, este libro no hubiera sido posible. Hoy, con Vera en el camino y con el especial vínculo que esta historia nos ha dejado por ser el primero que ella leía de los míos, Farinelli continúa entre nosotros. Gracias a todos.

Madrid, 2016